

ABSTRACT

Title: *EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE DE MARTÍN
LUIS GUZMÁN: UNA MEA CULPA
REVOLUCIONARIA*

Tanya Glee Huntington, Ph.D. 2010

Directed by: Dr. Sandra Messenger Cypess, Department of
Spanish and Portuguese

The effectiveness of the 1910 Revolution in bringing about social change continues to be fiercely debated one hundred years after the fact. The genre called “narrative of the Mexican Revolution” has acted as a literary compass in this regard.

One outstanding example is *El águila y la serpiente* by Martín Luis Guzmán. Written during the author’s second exile in Spain, it quickly became a bestseller. Since then, however, it has been criticized as lacking in genre or as an elitist series of portraits of “*los de arriba*,” or those on top. In order to vindicate Guzmán’s fictionalized memoirs, I take a different approach based on a key character ignored by 20th-century critics: the narrator.

First, the ways in which moral judgment has been wielded against Guzmán by critics such as Fernando Curiel, prevented a clear vision of his literary “I.” Despite his contributions in the political and literary arena, he became in essence the Cortez of the

Mexican literary canon, one whose faults eclipsed not only his name—notable for its absence within the arena of celebratory public manifestations—but also his major cultural and literary contributions. These contributions include: editing newspapers such as El sol and La voz under the 2nd Republic of Spain as a trusted collaborator of President Azaña's, spearheading the independence of Latin American academies of language from the Royal Academy, and founding the National Commission of Free Textbooks in Mexico. Through an analysis of his intellectual agenda and the previous critical readings of El águila y la serpiente I offer new readings of his work, contrasting Guzmán's vision of the Revolution with that of his contemporary, José Vasconcelos, in La tormenta (1935). Finally, I conclude that El águila y la serpiente is a superbly written, *sui generis* vision unlike any others found in the genre, delving into the relationship between memory and guilt at a time that defined both Mexico and its literature. This book stands as a *mea culpa* from a member of the *criollo* intellectual elite, who courageously revealed his social class as a failure and the Revolution itself as a paradoxical wheel of fortune.

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE DE MARTÍN LUIS GUZMÁN:
UNA MEA CULPA REVOLUCIONARIA

By

Tanya Glee Huntington

Dissertation submitted to the Faculty of the Graduate School of the
University of Maryland, College Park, in partial fulfillment
of the requirements for the degree of Ph.D.
2010

Advisory Committee:
Professor Sandra Messenger Cypess, Chair
Regina Harrison
Roberta Lavine
Eyda Merediz
Mary Kay Vaughan

© Copyright by
Tanya Glee Huntington
2010

Dedicatoria

*Para la generación anterior (mi madre)
y para la que sigue (mis hijos). Sin su apoyo,
esta tarea hubiera resultado sisífrica.*

Reconocimientos

Quiero agradecer a todos los profesores de la Universidad de Maryland que me ayudaron a entrar al tema y a llevarlo a cabo, específicamente a: Sandra Messenger Cypess, Carmen Benito-Vessels, Regina Harrison, Roxana Patiño, Roberta Lavine, Eyda Merediz, José Emilio Pacheco, Saúl Sosnowski y Mary Kay Vaughan. También a aquellos amigos que me permitieron sondear mis ideas, por haberme escuchado y por haberme guiado en el camino: Tania Carreño, Tedi López Mills, Pura López Colomé, Susie Porter, Álvaro Enrigue, Héctor Manjarrez, Laura Emilia Pacheco, Rut Román y José Ramón Ruisánchez, entre otros. Y especialmente a Antonio Vizcaíno, por ayudarme a dar los pasos finales.

Índice

Dedicatoria	5
Reconocimientos	6
Índice	7
Lista de Ilustraciones	9
Capítulo 1: A la luz de un siglo	10
<i>El centenario de la Revolución de 1910</i>	12
<i>La consolidación de la mexicanidad</i>	15
<i>El extraño caso de Guzmán</i>	20
<i>El largo aliento de la narrativa de la Revolución Mexicana</i>	28
<i>La paradoja del intelectual frente al azar revolucionario</i>	33
Capítulo 2: Apuntes sobre una personalidad: Episodios vitales de Martín Luis Guzmán	38
<i>Guzmán como criollo viajero</i>	46
<i>Una triple vocación</i>	49
<i>El Ateneo de la Juventud: “La Estrella de Oriente”</i>	52
<i>Afiliación política</i>	57
<i>El primer exilio</i>	63
<i>El golpe delahuertista</i>	77
<i>Segundo exilio</i>	81
<i>De regreso en México</i>	89
<i>Fundación de la revista <u>Tiempo</u></i>	95
<i>La polémica con la Real Academia</i>	101
<i>Guzmán posrevolucionario</i>	114
<i>Una vida en tres etapas</i>	124
Capítulo 3: El engañoso problema del género literario y del “los de arribismo” en <u>El águila y la serpiente</u>	128
<i>Un hombre, tres sombreros</i>	129
<i>El debate crítico principal: ¿historia o ficción?</i>	132
<i>La crítica guzmaniana y el problema del género</i>	140
<i>“Los de arribismo”</i>	147
<i>La ruptura con el eclecticismo</i>	151
Capítulo 4: Crónica de un revolucionario fracasado	163
<i>Falsas esperanzas revolucionarias</i>	167
<i>De “Esperanzas revolucionarias” hasta “La hora del triunfo”</i>	175
<i>El dinero lo cambia todo</i>	181
<i>Ser o no ser villista</i>	183
<i>En defensa propia</i>	186

<i>Juegos revolucionarios</i>	187
<i>La paradoja y el fracaso del criollo</i>	202
<i>El escape final</i>	214
Capítulo 5: La paradoja del intelectual frente al azar revolucionario	220
<i>La realidad irracional</i>	222
<i>Dos revoluciones</i>	225
<i>Paradojas abiertas</i>	228
Bibliografía	232

Lista de ilustraciones

- 1. Ilustración 1.—La tumba de la familia Guzmán.** Fotografía de la autora. p. 24.

- 2. Ilustración 2.—Diego Rivera. *Retrato de Martín Luis Guzmán*.** 1915. Óleo sobre lienzo. Colección de la familia de Martín Luis Guzmán, Ciudad de México. Tomado de Favela, Ramón. *Diego Rivera: The Cubist Years*. 105. pp. 67-68.

- 3. Ilustración 3.—*El gráfico*.** “Alfonso Reyes y las letras mexicanas.” Martín Luis Guzmán. Octubre 1917. p. 75.

- 4. Ilustración 4. —Rogelio Naranjo. *Martín Luis Guzmán. La insurrección de las semejanzas: Regratos de Rogelio Naranjo*.** México, D.F.: UNAM, 2005. 43. p. 229.

La Patria no siempre recuerda y honra

las virtudes de sus hijos

—*Inscripción en la cripta de la familia Guzmán*

Sócrates: Concédeme, entonces, en atención al razonamiento, que hay en nuestras almas un bloque maleable de cera: mayor en unas personas, menor en otras; de una cera más pura para unos y más adulterada para otros; unas veces, más dura, otras, más blanda, y en algunos, en el término medio.

Teeteto: —Lo concedo.

Sócrates: —Pues bien, digamos que es un don de Memoria, la madre de las Musas: aquello de que queremos acordarnos de entre lo que vimos, oímos o pensamos, lo imprimimos en este bloque como si imprimiéramos el cuño de un anillo. Y lo que se imprimió, lo recordamos y lo sabemos en tanto su imagen (*eidolon*) permanezca ahí; pero lo que se borre o no se pudo imprimir, lo olvidamos (*epilelesthai*), es decir, no lo conocemos (191d).

Platón, Diálogos, “Teeteto”

CAPITULO UNO

A la luz de un siglo

La literatura de Martín Luis Guzmán (Chihuahua, 1887 – México, D.F., 1976), que forma parte indiscutiblemente del canon literario mexicano, ha sufrido sin embargo embistes relacionados, principalmente, con la biografía del autor. Esto, combinado con una pobre lectura crítica, ha hecho que a diferencia de la novela política La sombra del caudillo (1929), que ha aguantado mejor el paso de los años, sus memorias ficcionalizadas de la Revolución Mexicana de 1910, El águila y la serpiente (1928), se lean cada vez menos. El propósito central de esta tesis doctoral consistirá en explorar su tratamiento *sui generis* de la Revolución como tema y, más específicamente, del papel que él mismo tuvo como miembro de la clase criolla intelectual de 1913 a 1915. Examinar el “yo” literario de Guzmán mostrará que, lejos de ser meramente un retratista de “los de arriba”, este autor se representa de manera cómica como un bufón y, ya en son más trágico, como un revolucionario fracasado. Su historia es también la de toda una clase política e intelectual, que no supo estar a la altura de una posibilidad de transformación histórica sin precedentes en México. Sin duda, 2010 es un buen año para dedicar una relectura y una reivindicación a esta *mea culpa*, que nos resulta esencial para comprender temas tales como la memoria y la rendición de cuentas, los cuales nos servirán como catalejo literario

para examinar otros aspectos de un hecho histórico que sigue siendo muy presente, tanto para México como para su literatura.

El centenario de la Revolución de 1910

Pero antes de entrar directamente al tema de Guzmán y su obra, primero debemos abordar el tema de la Revolución de 1910 en sí. ¿Cuál fue este proceso en que se vio inmerso el joven Guzmán, a los veintitantos años? Ahora, con la marcha inexorable del tiempo, ha llegado su centenario —que fue, a su vez, el centenario de la Independencia de México. Y sin embargo, a la luz de un siglo, no existe ningún consenso acerca de este parteaguas de la historia nacional, desatado por el fraude electoral cometido por el régimen de Porfirio Díaz contra el candidato antireeleccionista Francisco I. Madero. Aun a estas alturas de la retrospectiva, gracias a la cual aquella guerra civil se ha vuelto un *fait accompli*, discrepan los historiadores sobre hechos tan fundamentales como, por ejemplo, si la Revolución era inevitable o no, o si fue exitosa o no. Si, en efecto, la disciplina de la historiografía peca a menudo *per se* de cierta soberbia —en el sentido de dar el pasado por hecho—, con la Revolución Mexicana pasa lo contrario: este proceso se percibe de manera, me atrevería a decir, mucho más literaria, como algo que fue contundente y que sigue siendo, a la vez, extraordinariamente presente y abierta a la interpretación, maleable aun en la tabla de cera de nuestros recuerdos, los cuales a estas alturas son necesariamente heredados.

No es demasiado aventurado afirmar inclusive que la Revolución como evento histórico varía dependiendo de cómo la vean. Por ejemplo, según el historiador John Mason Hart, lejos de ser un fenómeno aislado o incluso una anomalía, la Revolución Mexicana de 1910 puede relacionarse con otros procesos similares y (más o menos) coetáneos que tuvieron lugar en otras partes del mundo:

The causes of the Mexican Revolution were duplicated in Iran, China, and Russia. Those countries underwent growing foreign influence and abuses; humiliating subordination to foreign regimes; state collaboration with international financiers while excluding domestic capitalists; and the social, political, cultural, and economic displacement of provincial and local elites, artisans, and peasants. (Revolutionary Mexico, 188)

Mason Hart sostiene que estos factores de soberanía socavada, junto con el desplazamiento económico de distintas clases sociales —más una errática economía internacional, que se alternaba entre la inflación y la recesión— se combinaron explosivamente con la falta de nuevos empleos y bajos salarios para exacerbar los contrastes sociales tanto en los ámbitos rurales como en los urbanos, impulsando así las causas revolucionarias (188). En cuanto a su calificación del proceso en sí, Mason Hart dictamina que la Revolución Mexicana, lejos de ser un fracaso, fue el primer levantamiento exitoso del tercer mundo en el siglo XX.

Al otro lado del debate histórico, Alan Knight retrata no una sino muchas revoluciones mexicanas, deshebrando en su análisis los hilos negros políticos y sociales. Knight postula que la Revolución no solo no formaba parte de un proceso global ineludible, sino que fue de alguna manera accidental. En ese sentido, hace hincapié en

que la querrela principal de las facciones que se sublevaron originalmente en contra de Porfirio Díaz era política, no social. Según Knight, el régimen de Porfirio Díaz —que literalmente, se estaba envejeciendo— había tenido más de una oportunidad de negociar la sucesión con el General Bernardo Reyes, o con Francisco I. Madero, quienes de hecho lo habían abordado con ese fin. Podría haberse asegurado así la continuidad del porfirismo, con líderes políticos dispuestos a seguir apoyando las pautas socioeconómicas de los “Científicos” —el apodo utilizado para referirse al equipo de ministros que desarrollaban y sostenían las políticas del porfirismo en diversos rubros:

...[I]t was not that Científico social philosophy fundamentally erred (Científico political authoritarianism was, of course, a different matter), it was rather that the regime had failed to implement the philosophy, that it appeared to tolerate in practice the ingrained vices it condemned in principle. (The Mexican Revolution, Tomo I, 31)

Knight argumenta que, en un principio, no había desacuerdo en cuanto al sistema porfiriano en sí, sino la manera en que era sostenido por agentes viejos y corruptos, que negaban a las nuevas generaciones su entrada al banquete del poder.

Lo más insólito es que ambas versiones de la Revolución, tan dispares entre sí, son persuasivas y están bien respaldadas en los hechos. Encontramos factibles y aceptables a las dos. Tal vez eso se deba a que ya pasó la Guerra Fría. Quiero decir: vivimos en una época que se halla bastante cómoda con sostener más de una versión simultánea de los eventos (o incluso más de una verdad,) en la que ya no es necesario disponer de una “historia oficial” ortodoxa o entrar en un debate dicotómico para poder abordar al calidoscopio del pasado.

Como sea, hoy en día, debido a nuestra muy humana fascinación con los periodos que corresponden a números redondos —nos resulta más fácil como especie contemplar el paso de los siglos que, digamos, los intervalos de 69 años— esta coyuntura de centenarios comienza a adquirir un aire de hado que recuerda al cumplimiento de los ciclos calendáricos precolombinos, los cuales siempre coincidían con el fin del mundo tal y como se conocía. Eso, a un nivel chónico que correspondería a lo que se suele llamar el “México profundo”. A un nivel más racional, este ciclo nos invita a especular sobre qué es lo que se ha consolidado, durante todo ese tiempo, en términos de la Nación o, mejor aún, de la identidad mexicana; y por otra parte, qué es lo que se ha desvanecido. O si más bien, desde una perspectiva derrotista, la historia mexicana relata un eterno retorno ineludible. Volviendo al verbo *consolidar*: se emplea aquí en el sentido de lo que permanece, lo que perdura impreso en esa tabla de cera platónica de nuestras memorias, heredadas a través de las letras, en oposición a lo que se ha borrado con el tiempo: aquello que se ha consolidado en oposición a aquello que, de plano, nunca estuvo afianzado en la realidad mexicana.

La consolidación de la mexicanidad

Tal vez esta perspectiva nos permita evitar ciertos escollos que han resultado hasta el momento infranqueables, para poder llevar a cabo una crítica de las manifestaciones culturales de la Revolución Mexicana de 1910 en general, y de la obra de Guzmán en particular. Dicha crítica suele servir de fachada para otro dilema que es más fatalista o,

cuando menos, está más cargado de pesimismo, que los cauces de la Revolución en sí: ¿por qué ha sido un fracaso la Revolución? O, siguiendo una veta más caritativa: ¿cuáles son los logros de la Revolución, si es que éstos existen? Desde que Juan Uribe Echevarría colocó la etiqueta en 1936 a El águila y la serpiente como un libro sobre “los de arriba”, en contrapeso al libro de Mariano Azuela, estudiosos de la talla de Antonio Castro Leal, Fernando Curiel, Andrés de Luna, Manuel Pedro González y Donald L. Shaw, entre muchos otros, han considerado que una obra como *El águila y la serpiente* nos resulta útil solo en la medida en que puede responder a esas preguntas. Es decir, por medio de ofrecernos un retrato del poder.

Ahora bien, si se adopta la perspectiva de la consolidación cultural, se vuelve interesante observar a la luz de un siglo cuáles figuras han resistido el paso del tiempo y siguen siendo consideradas como fundamentales para el establecimiento y la consolidación de una nueva identidad mexicana a partir de la Revolución de 1910, y por ende, de nuestra memoria, necesariamente indirecta, del evento. Lo cual no es un reto menor, si tomamos en cuenta de que se trata nada menos de elaborar una permanencia. Es decir, una identidad estable, utilizando paradójicamente como material el cambio constante: la Revolución. Eso, insistiendo siempre además en el hecho de que existen fuertes lazos en México entre la historia, la cultura y la identidad nacional. Porque existen artistas comprometidos hasta el punto en que resulta muy difícil separar su trayectoria del suceso histórico que fue la Revolución de 1910. Artistas como, por ejemplo, José Vasconcelos en el campo del pensamiento y las letras; Diego Rivera en el de las artes plásticas; o Carlos Chávez dentro del ámbito musical fueron todos consagrados bajo el régimen de Álvaro Obregón (1920-1924) y su “revolución cultural”, encabezada por el

propio Vasconcelos, primero como rector de la Universidad Nacional y luego como Secretario de Educación. Sus nombres adornan una amplia gama de bibliotecas, fondos, calles, y escuelas; algunas de sus casas son ahora museos. Más aún que por su arte en sí, sus restos y los de otros próceres culturales descansan ahora en la Rotonda de las Personas Ilustres porque, como artistas, ayudaron a consolidar el concepto de “lo mexicano”.¹

El historiador Enrique Krauze se refirió en su libro Caudillos culturales en la revolución mexicana (1976) a Vicente Lombardo Toledano y a Manuel Gómez Morín, junto con otros miembros de la generación de los “Siete Sabios” y del Ateneo de la Juventud que la precedió, como “caudillos culturales”, tal y como su título indica. Se trata de un término algo peyorativo que ha sido acogido por otros historiadores y críticos, tales como Javier Garciadiego o Antonio Lorente Medina, quienes lo utilizan para referirse a figuras como Antonio Caso, José Vasconcelos o el propio Martín Luis Guzmán. Con todo respeto, yo prefiero acuñar aquí el término “próceres culturales” porque, en lugar de emplear la fuerza para dirigir y mantener una estructura de poder con tintes autoritarios —que es lo que hacen los caudillos— aquellos ilustres enterrados en la Rotonda han sido más bien fundadores, que contribuyeron a consolidar algo nuevo: la mexicanidad. Adoptando una visión más optimista de esta mexicanidad como identidad relativamente exitosa, que ha durado casi un siglo y que, además, se defiende sola, pienso

¹ Según la enciclopedia en línea Wikipedia, fuente de información básica para el público en general, en la Rotonda de Personas Ilustres —anteriormente conocida como la Rotonda de Hombres Ilustres—, ubicada en el Panteón Cívico de Dolores entre la segunda y tercera sección del Bosque de Chapultepec, “...se localizan los restos mortuorios de aquellas personas que hayan realizado importantes contribuciones a lo largo de la Historia para el engrandecimiento de México. En particular, los héroes nacionales y aquéllos mexicanos que han destacado en sus acciones al servicio de la Nación en cualquier ámbito, ya sea militar, cívico o cultural”. La lista incluye figuras tan diversas como Dolores del Río, Agustín Lara, Cantinflas y Octavio Paz. [[http://es.wikipedia.org/wiki/Rotonda_de_los_Hombres_Ilustres_\(México\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Rotonda_de_los_Hombres_Ilustres_(México))], página consultada el 14 de mayo de 2007.]

que los que han sido consagrados por la cultura nacional merecen el matiz de eminencia y dignidad que confiere la palabra “prócer”, según la Real Academia.

Afirmaría, inclusive, que llegar a poseer y sostener a lo largo de tantas décadas, más allá de la muerte, un estatus de prócer cultural no es de ninguna manera fortuito; es decir, no se debe únicamente a haber nacido casualmente en el lugar adecuado, o en el momento adecuado, o a tener los conocidos adecuados; ni siquiera es necesario haber sido un testigo ocular o haber participado en los sucesos revolucionarios que dieron luz al México moderno, aunque eso claramente ayudaba, especialmente en el campo de la literatura.² Tampoco es necesario el haber tomado la decisión de celebrar la Revolución como motivo o tema a través del arte —al contrario, algunos autores que se encuentran en la Rotonda, como Mariano Azuela, fueron muy críticos de la Revolución; mientras que otros, como Carlos Pellicer, del grupo de los Contemporáneos, no estaban políticamente comprometidos, o se encontraban en el bando opuesto a Vasconcelos y Rivera en la Polémica Nacional. En fin: no existe una serie fija de características que defina a todos estos próceres, más allá de su representatividad de una mexicanidad que nos resulta más bien abstracta en algunos casos. Lo cual no significa que la elaboración de esta identidad mexicana posrevolucionaria haya sido de ninguna manera azarosa. Fue un proyecto, o si se prefiere, un pacto, llevado a cabo deliberadamente, para así poner fin a la guerra civil y la inestabilidad política, dándole permanencia, paradójicamente, a una producción cultural cuya esencia consiste en lograr el cambio a través del arte. Un fenómeno que no

² El propio Diego Rivera se encontraba en Europa durante los años de la Revolución; de hecho, conoció a Martín Luis Guzmán en Madrid, donde le hizo un retrato cubista en el cual portaba un sarape (se hablará más sobre este encuentro en el siguiente capítulo.) Por otra parte, Rivera sí estaba muy presente durante los años veinte, claves para la elaboración de una nueva identidad mexicana, y más tarde en el '32 fue un protagonista de la polémica nacionalista contra el grupo de los Contemporáneos sobre la necesidad de elaborar un arte políticamente comprometido.

puede sino recordarnos el duradero oxímoron de una revolución institucionalizada durante décadas bajo la hegemonía del Partido de la Revolución Institucional.

Ahora bien, si nos resulta interesante examinar a los próceres culturales exitosos, como un Rivera, un Chávez, o un Vasconcelos, con el fin de desentrañar cómo fue que se lograron sus esfuerzos para acabar, literalmente, dentro del panteón la cultura nacional; es aun más revelador explorar algunos de los casos alternativos; como, por ejemplo, el de Juan Rulfo, un titán literario quien llegó tarde a este proceso, y quien además venía de fuera del *establishment* cultural. Su postura ante la herencia de la Revolución fue siempre muy crítica, y nada triunfalista, algo que se aprecia particularmente en los cuentos de El llano en llamas (1953), pero también en la novela Pedro Páramo (1955), dedicada a retratar un México muerto. Es factible postular que Rulfo ni siquiera ambicionaba consolidarse de esa manera —es decir, llegar a formar parte de la genealogía de autores consagrados que se dedicaron a definir “lo mexicano”. De allí que los repetidos intentos para brindarle un estatus de prócer cultural hayan formado parte mayoritariamente de una labor póstuma. Como sea, Rulfo también ha sido enterrado allí, en el mismo canon de los que alababan la Revolución, como si compartiera el destino literario de su personaje Juan Preciado.³ Que sirva el ejemplo para recordarnos que aquí en México, no solo nos pueden decir muchas cosas los muertos mismos, como en el caso del narrador de Pedro Páramo, sino también la manera en que fueron enterrados.

³ En un sentido muy literal, la familia Rulfo ha impedido varias veces que sus cenizas se introduzcan en la Rotonda de Jaliscienses Ilustres, por lo que el gobierno estatal optó finalmente por colocar una estatua suya allí. En cuanto al homenaje a su nombre más ampliamente conocido, el Premio Juan Rulfo de Literatura Latinoamericana y del Caribe, durante un año no se llamó así sino “Premio FIL de Literatura Latinoamericana y del Caribe” debido a los esfuerzos continuos de sus herederos por controlar el uso de su nombre como si fuera una marca registrada, los cuáles tal vez resultarán en la eventual pérdida de su estatus de prócer cultural.

El extraño caso de Guzmán

Ya que hayamos establecido que son reveladores aquellos próceres culturales que reforzaron la mexicanidad cuestionándola, resulta francamente seductor contemplar a aquellos que se quedaron fuera de la Rotonda, y no porque ganas les faltaran de consagrarse: tal es el caso de Martín Luis Guzmán (1887-1976).

Desde que comencé a investigar la obra de Guzmán mientras cursaba la maestría de la Universidad de Maryland, en donde mis compañeros de estudio provenían de toda la región latinoamericana, me llamaba la atención que el nombre de este magnífico prosista —quien fundó el género de la novela política moderna en español con La sombra del caudillo (1929)— fuera tan poco conocido fuera de México. Pero la verdadera sorpresa consistió en darme cuenta, al volver a radicarme en el Distrito Federal, que Guzmán es cada vez menos conocido dentro de México también.

En una ciudad llena de monumentos a la Revolución y a los revolucionarios culturales, la presencia del nombre de Martín Luis Guzmán es cuando mucho fragmentaria. Existe una escuela pública de turno vespertino que lleva su nombre en la calle Coatl de la colonia Pedregal de Santo Domingo, delegación Coyoacán. Fuera del Distrito Federal, en Tequexquahuac, Tlalnepantla, el edificio de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos —en la cual, como se verá más adelante, Guzmán tuvo un papel central— se ubica en una calle que lleva su nombre. En cuanto a su estado natal de Chihuahua, hasta el momento, mi correspondencia electrónica con los delegados encargados de promover lo chihuahuense a nivel nacional no ha logrado identificar

ningún monumento local. En los motores de búsqueda del Internet existen referencias a un Premio Beca Martín Luis Guzmán de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), aunque no hay detalles específicos sobre dicho Premio Beca en la página *web* de la Sociedad. Finalmente, Martín Luis Guzmán no está enterrado en la Rotonda de las Personas Ilustres, como erróneamente indica el crítico Antonio Lorente Medina en su Introducción a La sombra del caudillo, publicada por la Editorial Castalia en 2002, sino en el Panteón Español del Distrito Federal.

Tomando en cuenta que las necrópolis o ciudades de los muertos a menudo reflejan no solamente las genealogías, sino las sociedades que las han construido, en el sentido de que cada cementerio puede ser leído como una maqueta de su civilización, decidí visitar la tumba de Guzmán. De entrada, es significativo que se encuentre en el Panteón Español, y no solamente por no ser la Rotonda de las Personas Ilustres: su nombre refleja la identidad que compartía Guzmán con otros miembros del exilio republicano español (su pertenencia a ese grupo, a pesar de su nacionalidad mexicana y falta de herencia española, se explicará más adelante, en el capítulo dos.) El Panteón Español fue originalmente creado junto con la Sociedad de Beneficencia Española en los años cuarenta del siglo XIX para cubrir los gastos de hospital y sepelio exclusivamente de aquellas personas que tenían herencia española. Fue a partir el Decreto de Secularización de Establecimientos de Beneficencia en 1861, bajo la presidencia de Juárez, que cualquier persona tiene acceso a esos servicios (“Beneficencia pública y privada”, Boletín Informativo: De la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa, 3).

Actualmente, por los azares de una urbanización descontrolada, el Panteón Español ha quedado naufragado en medio de una de las franjas más arrabalizadas del Distrito Federal: aquella que existe entre los límites de la capital y del Estado de México. Es un cementerio cuyos muros lo resguardan del caos que reina afuera: entre montones de basura depositados en la calle y largas filas en las paradas de transporte público improvisado (la última estación de Metro de la línea azul, Cuatro Caminos, queda a unas cuabras) los coches se enfilan por calles mal señaladas. Tal vez no sea un entorno único en el megalópolis caótico que es ahora el Distrito Federal, pero es sin duda de los menos turísticos. Ciertamente no se compara con la relativa belleza y tranquilidad del Parque de Chapultepec, en donde se encuentran el Panteón Cívico de Dolores y la anhelada Rotonda de las Personas Ilustres.

Cuando me presenté en la administración del Panteón Español, amablemente me prestaron los empleados su ayuda, localizando la tumba de Martín Luis Guzmán entre los miles que están allí. Por su reacción inicial al nombre del autor, era evidente que las visitas del público no abundan: no solo les era desconocido, sino que hubo que primero deletrearlo y luego escribirlo sobre una hoja de papel. Cuando les pregunté si solían recibir visitas a las tumbas de otros autores o artistas, solo les vino a la mente el caso de León Felipe, a cuya tumba había ido hacía poco un equipo de filmación de la televisión española.

A Guzmán no lo encontraron en la base de datos de la computadora, y hubo que recurrir al catálogo de tarjetas —el cual recordaba mucho a aquellos que permanecen aun en los sótanos de algunas bibliotecas modernas. Fue necesario darles el apellido materno de Guzmán (Franco) y su fecha de muerte (23 de diciembre de 1976) antes de dar con la

tarjeta amarillenta y rectangular correspondiente. Pude anotar de allí la ubicación de su tumba: el Cuartel VI, Fosa 1-A. Le encargaron a uno de los empleados acompañarme hasta allí, en parte para que no me perdiera, en parte para asegurar que no sacara yo con mi cámara imágenes digitales aparte de la cripta Guzmán —al parecer, desafortunadamente, han sufrido demandas legales.

Mientras caminábamos hacia la esquina indicada, me fue explicando ese hombre, Joel Martínez, que en efecto, el panteón había cambiado, manteniendo el paso con los tiempos. Me comentaba que desde el reconocimiento oficial que tuvo la Iglesia Católica bajo el sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), y el resultante cobro de impuestos a sus instituciones, el panteón se había vuelto, en sus palabras, un “negocio”. Había la obligación de vender las criptas disponibles lo más caro posible. Por otra parte, me insistió que, legalmente, los que ocuparan las tumbas no tenían que ser ni católicos ni españoles: ya no podía haber ninguna discriminación en ese sentido. Le respondí que menos mal, dado que el autor que buscábamos había sido un mexicano ateo.

Cuando al fin llegamos, reconocí desde lejos los rasgos de un monumento civil en medio de las cruces. Esta tumba (Véase la Ilustración 1 más abajo) no posee, en efecto, ningún ícono, figura o símbolo que pueda interpretarse como religioso. Su plancha vertical de concreto pintado de blanco es fácilmente dos veces más alta que las criptas con techo de dos aguas que se encuentran alrededor. En grandes letras negras colocadas hasta arriba, se lee: “Coronel Martín L. Guzmán”. Pero para mi gran sorpresa, al ver las fechas de nacimiento (21 VI 1853) y de muerte (29 XII 1910), me di cuenta de que este monumento había sido erigido en memoria del padre del autor, el militar yucateco Martín Luis Guzmán y Rendón, el primer oficial federal en morir durante la Revolución de

1910, a raíz de un balazo recibido mientras combatía la rebelión orozquista en Malpaso, Chihuahua (Quintanilla, 149). Lleva la superficie del monumento, a mano derecha, una reprimenda sugerente abajo del apellido de Guzmán: “La Patria no siempre recuerda y honra las virtudes de sus hijos”. Nuestro autor está metido adentro de la cripta, bajando unas escaleras a mano izquierda. No pude entrar, porque la puerta estaba cerrada con llave, pero se percibía su nombre claramente a través del vidrio polarizado. En el exterior, más allá del genérico “Familia Guzmán”, no hay ninguna mención del autor de El águila y la serpiente, tampoco ningún busto, o placa conmemorativa. Aunque no fracasó en sus intentos de consolidarse dentro de la genealogía cultural del país, ahora Guzmán ha sido relegado al anonimato relativo de su propia genealogía familiar.



Ilustración 1.—La tumba de la familia Guzmán. Fotografía de la autora.

Su marginalización y, en algunos casos, exclusión del gran panteón cultural mexicano no fue azaroso. Sus razones tuvo, y han sido más biográficas que literarias; por lo tanto, el siguiente capítulo se dedicará a esclarecer la aventurada trayectoria de este hombre, no solo dentro del campo literario, sino también los de la política y del periodismo. Por el momento, basta notar que era un hombre que, durante la primera mitad de su vida, no solo fracasaba en sus diversas empresas políticas y periodísticas, sino que se veía obligado por lo mismo a huir y quemar sus naves continuamente.

Un botón de muestra: mientras José Vasconcelos, como rector de la Universidad Nacional (de mediados de 1920 a diciembre de 1921) y ministro fundador de la Secretaría de Educación (hasta mediados de 1924), estaba ungiendo a la primera generación de próceres culturales posrevolucionarios en el gobierno de Obregón, Guzmán tuvo que exiliarse por su papel en la serie de eventos que desencadenaron el fallido golpe delahuertista en 1923. Tampoco le convenía, en un plano más personal, la enemistad que había surgido entre él y Vasconcelos, aparentemente por un “lío de faldas” que involucraba a la joven enfermera Elena Arizmendi, a quien corresponde el papel protagónico de la amante “Adriana” en La Tormenta —las memorias de Vasconcelos que tratan sobre el periodo revolucionario (Krauze, “Prólogo”, 6-7 y Cano, 120-122). Tendría que haberse dado cuenta Guzmán de las posibles consecuencias de convertirse en la némesis del hombre cuyo camino había secundado siempre, y cuyo destino había gobernado el suyo en varios ámbitos. Como el historiador y profesor del Colegio de México Javier Garciadiego nota en su libro Cultura y política en el México posrevolucionario (2006) que desde la segunda mitad de 1914, la Universidad Nacional que se había inaugurado en 1910 —antes del levantamiento maderista— fue confiado a

Félix Palavicini, Valentín Gama y José Vasconcelos. Luego, bajo Eulalio Gutiérrez, la política educativa también fue confiada a José Vasconcelos. Después de una breve ausencia durante el retorno del carrancismo a la capital, vuelve triunfalmente: “...con la llegada de Vasconcelos, quedó claro que la Universidad era pieza clave en la construcción, en todos sus aspectos, del México nuevo” (21).

La mayor parte de la crítica guzmaniana olvida este detalle en particular, o no ha considerado debidamente su impacto en la vida de Guzmán. Esto no era un asunto frívolo o menor. “Adriana” era para Vasconcelos un objeto amoroso romántico, imposible, y único en el sentido más decimonónico de *idée fixe*: estaba obsesionado, y recurría a ella como si fuera un *leit motif*. Ella lo abandonó durante su exilio en Lima, Perú, y Vasconcelos la persiguió hasta Nueva York. Allí fue donde la encontró enredada con “Rigoletto” [Guzmán], y donde nació un rencor no solo letrado, sino personal que se expresa con detalle en La tormenta (y que se explorará con más detalle en el capítulo cuatro de esta tesis.)

Difícilmente puede subestimarse la importancia que tiene hasta la fecha en el medio cultural mexicano la generación literaria a la que pertenece un autor en términos de su trayectoria profesional. México no es un país de escritores solitarios, que se aíslan en bosques para escribir sus obras maestras. El entorno sociocultural le brinda al autor, que suele ser una figura pública, una red de apoyo y también una identidad: un gremio al cual pertenecer. Al poner en riesgo ese vínculo con la enemistad del miembro más poderoso del Ateneo de la Juventud, Guzmán quedaría condenado a navegar por aquellos canales culturales no dominados por Vasconcelos, lo cual implicaba tener que construirlos él mismo.

En cuanto a los años 20, se puede argumentar que Martín Luis Guzmán había, en efecto, quemado sus naves (o que prefirió viajar por transatlántico.) No volvería a trabajar más en las iniciativas encabezadas por Vasconcelos, tan centrales en la construcción de una nueva mexicanidad para la generación de Guzmán.

Hoy día, la calle Martín Luis Guzmán que figura en el índice de la exhaustiva Guía Roji de la Ciudad de México invita a preguntarnos qué opinaría el propio Martín Luis Guzmán al verla. Le parecería, sin duda, poco céntrica. Tampoco lo complacería, me imagino, encontrarse a unas escasas dos cuadras de Plutarco Elías Calles. En cuanto al aspecto de la calle misma, es otra más dentro de la urbe, sin características que la distinguan, sin ningún rasgo para redimirla o para delatar su origen onomástico. El tema de la geografía de la Ciudad, cuando ésta aun era la “más transparente”, le apasionaba a Guzmán:

En mi modo de escribir lo que mayor influjo ha ejercido es el paisaje del Valle de México. El espectáculo de los volcanes y del Ajusco, envueltos en la luz diáfana del Valle, pero particularmente en la luz de hace varios años. Mi estética es ante todo geográfica. Deseo ver mi material literario como se ven las anfractuosidades del Ajusco en día luminoso, o como lucen los mantos de nieve del Popocatepetl. Si no, no estoy satisfecho.

(Carballo, Protagonistas, 84)

Hoy día, Guzmán ocupa dentro de la ciudad que tanto amaba un lugar de relativo anonimato.

El largo aliento de la narrativa de la Revolución Mexicana

Sin embargo, para críticos de la talla de Christopher Domínguez —editor de la antología de literatura mexicana del siglo XX para el Fondo de Cultura Económica, casa editorial que se dedica a establecer y mantener un canon de autores desde 1934— Martín Luis Guzmán es nada menos que el mayor exponente de aquel género nacional conocido como “novela de la Revolución Mexicana”, inaugurado en 1915 por el autor Mariano Azuela con la publicación por entregas de Los de abajo en un periódico de El Paso, Texas. Esta clasificación literaria categórica, que lleva el nombre del evento histórico que cambió el rumbo del país a partir de 1910, abarcó gran parte de la prosa mexicana durante décadas y, curiosamente, no se ha agotado todavía.⁴

Porque la “novela de la Revolución” es un género literario *sui generis* para la nación mexicana. Aunque por otro lado, es esquivo, dado que abarca no solo la novela, sino también los cuentos, las memorias, y otras prosas. Mientras existen algunos autores del siglo XX de la talla de Alfonso Reyes que han prescindido de esta narrativa —en ese caso particular, por razones personales ligadas a la participación de su propio padre, el General Bernardo Reyes, en el golpe de estado de la Decena Trágica—, son muchos los casos de autores mexicanos que, incluso después de los años cincuenta, han escrito por lo menos un libro relacionado con la revolución mexicana: Juan Rulfo con los cuentos de El llano en llamas (1953) y la novela Pedro Páramo (1955), Carlos Fuentes con La muerte de Artemio Cruz (1962), Elena Garro con Los recuerdos del porvenir (1963),

⁴ También este género literario ha sido la inspiración o el precedente —de modo semejante a la propia Revolución en sí— para subsecuentes movimientos latinoamericanos, como por ejemplo la novela de la violencia colombiana, que de igual manera se circunscriben a una circunstancia nacional y, generalmente, se limitan a autores que provienen de ese país.

Jorge Ibarguengoitia con Relámpagos de agosto (1964), Elena Poniatowska con Hasta no verte Jesús Mío (1969), Ángeles Mastretta con Arráncame la vida (1985), Carlos Fuentes de nuevo con Gringo viejo (1985), Ignacio Solares con Madero, el otro (1989), Laura Esquivel con Como agua para chocolate (1994), Ignacio Solares de nuevo con Columbus (1996) y Pedro Ángel Palou con Zapata (2006). Mucho más allá de que los historiadores como Jesús Silva Herzog se preguntan si está en crisis la Revolución Mexicana, o como Cosío Villegas declaran su muerte, los narradores siguen allí. Quizás podemos suponer que mientras siga abierto el debate acerca del éxito o fracaso de ese proceso histórico, se seguirán publicando obras narrativas dedicadas a ella.

Por otro lado, no deja de sorprender el continuo éxito editorial de estos títulos revolucionarios (Gringo viejo, para dar un solo ejemplo, fue el primer *bestseller* de Estados Unidos escrito por un mexicano; mientras que según la página *web* de la editorial Planeta, en diez años, Como agua para chocolate había vendido 4 millones 600 mil ejemplares en 35 idiomas. Es significativo que ambas novelas fueron adaptadas para el cine.) No obstante, la longevidad del género, que ha durado mucho más que el evento que lo inspiró, le ha hecho perder algo de su autenticidad. ¿Por qué entonces seguir adelante? A lo mejor es simplemente, como indica Marta Portal desde 1977, que el “autognosis” de la primera generación revolucionaria se vuelve “heterognosis”, es decir, el reconocimiento de que “el mexicano no es sin los otros” (Proceso narrativo de la novela de la Revolución mexicana, 19). Tal vez otra clave se halle en el fenómeno que Mauricio Tenorio Trillo ha denominado “la Atlántida morena”, con referencia a la visión reduccionista de los intelectuales extranjeros sobre México, y la manera en que algunos intelectuales mexicanos han reforzado repetitivamente las mismas imágenes nacionales:

Para la década de 1940 había un México sinónimo de Acapulco y la industria turística moderna, y un México sinónimo de la gran inversión en infraestructura e industrialización en el DF o Monterrey, pero esas postales no derrotaban jamás a la estampa más poderosa de México: fiestas, sombreros, revoluciones, violencia y muerte al son de la flor de cempasúchil (Literal, 18).

Aunque el enfoque de Tenorio Trillo en este artículo no era la Revolución Mexicana, su perspectiva tal vez nos ayude a entender por qué el género narrativo asociado con ella sigue siendo tan fecundo hoy día: porque no representa ningún desafío para aquella “estampa” de lo mexicano.

Cabe preguntarnos por qué ha sido tan resistente la imagen del villista con sus cartucheras cruzadas, o su contraparte del sur, menos acogido por la literatura, el zapatista de sombrero ancho, recuperado en 1994 como emblema representativo del poco ortodoxo grupo guerrillero, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. A lo largo del mismo siglo, la figura estereotípica de, por ejemplo, los Estados Unidos ha pasado del vaquero al soldado, del soldado al astronauta, del astronauta al hombre de negocios. Parece incluso como si, en el caso mexicano, se hubiera mantenido con respiración artificial la figura del revolucionario durante décadas, hasta poder reemplazarlo con la igualmente violenta (pero menos ideologizada) figura del narcotraficante. Esta línea de reflexión, que indaga sobre cómo la literatura cumple con las expectativas nacionales e internacionales de una versión de la mexicanidad que es también una identidad nacional reduccionista, nos ayuda tal vez a explicar la supervivencia de Guzmán en antologías hasta la fecha, dado que El águila y la serpiente describe tanto villistas como zapatistas

—el primero más que el último, dado que el autor se afilió con Villa. Previsiblemente, el capítulo de Guzmán que predomina en estas selecciones es el más abiertamente violento que escribió: “La fiesta de las balas”, sobre una masacre encabezada por Rodolfo Fierro (véase las numerosas ediciones de Knopf a partir de 1948 de The Golden Land: An Anthology of Latin American Folklore in Literature traducido y editado por Harriet de Onís,) seguido por “Zapatistas en el Palacio Nacional” el cual plantea la amenaza que representa para la civilización occidental una invasión masiva y anónima de indígenas que representan una otredad inasimilable e imbatible (véase The Mexico Reader: History, Culture, Politics, editado por Gilbert M. Joseph, publicado por Duke University en 2002.) Para el crítico Seymour Menton, por ejemplo, el capítulo “La fiesta de las balas” es “una de las obras mejor logradas” de Guzmán y debería de considerarse por separado, como un cuento aislado (Menton, “Martín Luis Guzmán y Rafael Muñoz”, 1). Estos dos fragmentos son los que han sido reimpresos y traducidos con más frecuencia, llegando a representar para muchos la totalidad de la prosa guzmaniana.

Su recurrencia remite a una peligrosa comodidad, inclusive dentro del ámbito académico, con la reafirmación de una visión derrotista, bajo la cual la Revolución de 1910 fue un fracaso, y México resulta ser un país ingobernable sujeto a la barbarie. En ese sentido, el tema predominante de la narrativa de la Revolución será tal vez la violencia mexicana —como sea, como género literario, está lejos de morir.

Por otra parte, la tesis de Tenorio Trillo apunta hacia la falta de disposición entre los intelectuales extranjeros (y de los mexicanos también) para romper con estos estereotipos, aunque a fin de cuentas, le niegan a México la silla que le corresponde en la mesa de la cultura occidental. La implicación detrás de la letanía de “fiestas, sombreros,

revoluciones, violencia y muerte” es que México es una especie de mítica tierra perdida o hundida, una Atlántida morena que resulta incomprensible desde una óptica occidental. Esto resulta paradójico si volvemos a las obras de los miembros del Ateneo de Juventud tales como Guzmán, porque, como han señalado críticos como Álvaro Enrigue,⁵ lo que tenía en mente el autor de El águila y la serpiente como precedente histórico para la revolución era Roma, no Tenochtitlán.

Abundarán en la obra de Guzmán imágenes como las señaladas por Tenorio Trillo como limitantes, pero a diferencia de muchas de las obras del género narrativo de la Revolución que vendrían después, lo que se encuentra en su prosa no es únicamente lo indígena como inescrutable (aunque sin duda eso forma parte del panorama, heredero el autor como es del positivismo) sino también un trazo paralelo con el imperio fundador de Occidente.

Aparte de comentar la salud —sobretudo, mercadológica— de un género que sigue produciendo libros hoy día, cabe preguntar si obras ya canónicas como El águila y la serpiente (1928) de Martín Luis Guzmán tienen algo que comunicarnos todavía como lectores, más allá de la arqueología crítica que pueda realizarse. Es decir, el desempolvar un libro considerado caduco en alguna medida, para poder llegar a tener una idea de las vidas y costumbres, de cómo se pensaba o escribía en aquella época, cada vez más remota, de hace casi un siglo.

Precisamente ahora que nos encontramos en pleno centenario de la Revolución, que es a su vez conmemorativo de la Guerra de Independencia de 1810, surgen preguntas como ¿qué tan remota es realmente para nosotros la Revolución Mexicana de 1910? Si es

⁵ Álvaro Enrigue, en su ensayo inédito “El quemador de un territorio en llamas: La ciudad de México en la novela de la Revolución” defiende la idea de que el Distrito Federal como urbe es descrito por Martín Luis Guzmán y otros autores de su generación como una nueva Roma.

que falló en sus propósitos de lograr cambios políticos, sociales y culturales radicales, ¿podemos decir que hubo una Revolución? O yendo concretamente a lo nuestro, ¿puede decirnos algo ahora Martín Luis Guzmán que todavía queramos escuchar? ¿Su obra cabe dentro de o sirve como motor para una teoría que nos ayude a explicar no solo el pasado mexicano, sino nuestra realidad actual? Las respuestas, como se verá a lo largo de esta tesis, son afirmativas, pero igual y como hemos señalado sobre otras manifestaciones culturales de la Revolución, operan de una manera paradójica.

La paradoja del intelectual frente al azar revolucionario

A veces, para entablar una teoría crítica a partir de la obra de un autor, conviene comenzar con una definición. La paradoja o *παραδοξος λογος* es, en principio, lo contrario al sistema de las creencias comunes. Por otra parte, se trata de la elaboración de secuencias lógicas que se contradicen o son, aparentemente, imposibles. Un ejemplo conocido en las letras hispanoamericanas, gracias al escritor argentino Jorge Luis Borges, es la paradoja del movimiento expuesto sobre la carrera entre Aquiles y la tortuga por el filósofo presocrático Zeno. Estipulaba Zeno que, aunque más rápido, Aquiles jamás podrá rebasar la tortuga en la carrera, debido a que cada vez que el héroe avanza, la tortuga, que lleva la ventaja inicial, también lo hace. La secuencia de distancias, luego, se vuelve progresivamente infinitesimal, sin que las dos trayectorias coincidan jamás.

¿Y si la tortuga fuera simbólica de todos aquellos que se nos adelantaron en la carrera, porque nacieron antes? Es decir, ¿de la historia que nos esforzamos

imposiblemente por alcanzar, para poder así asimilarla? Desde Arquímedes existen fórmulas para apoyar la causa de Aquiles como ganador de aquella carrera, pero de cualquier modo, sigue habiendo algo muy atractivo en la paradójica complejidad que encierra la persecución de nuestros precursores.

Por otra parte, se antoja repensar dentro del contexto de la Revolución de 1910 la figura del criollo eurocentrista, como la liebre y la realidad mexicana, que encarnan revolucionarios como el General Francisco Villa, como la tortuga. En su soberbia, la liebre confía en que llevará siempre la ventaja sobre aquel otro animal; sin embargo, en el caso de la Revolución Mexicana, paradójicamente, nunca lo alcanzará.

Aunque claramente no tenía predilección por esos temas borgianos, Martín Luis Guzmán es representativo de varios estados que podrían denominarse paradójicos. Primero, el de escribir desde España obras sobre la Revolución Mexicana que indagaban sobre su propio origen, identidad y memoria, provocando con la publicación de ellas su propio exilio editorial: es decir, la imposibilidad de volver a escribir sobre los sucesos ocurridos a partir de 1910 bajo la amenaza personal de Plutarco Elías Calles en lo que es tal vez uno de los casos más flagrantes conocidos de censura literaria, y que se describirá con más detalle en el siguiente capítulo. Segundo, el saldo de ejercer simultáneamente los oficios dispares de periodista, político y narrador, no siempre diferenciando entre los sucesos vividos, leídos o narrados por él. Tercero, la paradoja de la comedia: representarse como un bufón con tal de expresar así verdades más profundas. Cuarto, la paradoja inherente al dilema moral que representa la guerra, particularmente desde la perspectiva de un intelectual humanista que cree en el derecho ajeno: de que para liberar

a la gente, hay que matarla. Y finalmente, el enigma que representan aquellas paradojas relacionadas con el viaje por el tiempo: el de vivir en dos épocas diferentes.

Vale la pena explorar este último punto con un poco más de detenimiento. No es demasiado aventurado afirmar que la Revolución de 1910 alteró drásticamente la sociedad mexicana, aunque en general la novela de la revolución mexicana deploraba la violencia del proceso y la falta de cambios profundos o duraderos que le siguió. Existe un México prerrevolucionario porfiriano, y otro posrevolucionario muy distinto, ya sin haciendas, asociado con la industrialización masiva del país, la expropiación del petróleo, el sistema ejidal, la prohibición de los cultos que era al menos nominal.

Muchos han argumentado que el gran arte de una sociedad se produce gracias a un auge económico, es decir, los periodos de gran estabilidad y riqueza, como serían por ejemplo el Renacimiento italiano, o los siglos de oro de España. Sin embargo, tal vez uno de los rasgos de la modernidad sea que ahora sabemos que el arte se ha beneficiado también de las rupturas políticas o tecnológicas, no necesariamente por la ruptura en sí, sino por el hecho de que aquellos artistas no silenciados por la violencia de un siglo turbulento o callados por las penurias del exilio pueden extraer algo más del hecho de tener un pie en dos épocas diferentes. Son artistas cúspide que, mal que bien, se encuentran a horcajadas entre dos mundos, como el segundo movimiento de una sinfonía, como una flor entre dos abismos; o bien, son capaces de transitar entre ambos como si fueran viajeros en el tiempo. Manrique ejemplifica tanto la cúspide de la poesía medieval como el brillo del renacimiento. O Shakespeare, una obra que conversa entre lo renacentista y lo barroco. De allí que Martín Luis Guzmán, igual que contemporáneos como Mariano Azuela o Nellie Campobello, estuviera mejor capacitado que otros autores

que nacieron después, como Carlos Fuentes o Laura Esquivel, para dedicarse a la narrativa de la Revolución. No sólo porque tenía la ventaja de haber estado allí, sino porque vivió antes, durante y después de ese proceso histórico. Y si quisiéramos agregarle otra dimensión a la ecuación: lo vivió por dentro y por fuera, desde el exilio.

La inquietud de Martín Luis Guzmán —que parte de su propia experiencia interior, no solo de sus observaciones o sus retratos de “los de arriba”— se centra en la cuestión de si los grandes cambios políticos o las luchas revolucionarias forman parte en México de una tradición inteligible, una historia; o si más bien son el producto del azar y la barbarie. Martín Luis Guzmán tenía la asombrosa modernidad de declarar que estos eventos y las figuras que los protagonizaron son producto del azar, o de una realidad que no se conformaba a los patrones tradicionales que habían gobernado su propia formación. Lo cual no es insólito en sí. Pero luego da un paso más allá —reconoce su propia necesidad de insertarlos en una gran narrativa épica, producto de la tradición latina, para volver así inteligible el mundo: ése es su *hubris* particular como narrador y, por ende, su talón de Aquiles. Porque lo lleva a examinar también a sí mismo y reconocer su propio fracaso como revolucionario y, por extrapolación, el de su clase social de criollos intelectuales.

Pero antes de explorar con más detalle El águila y la serpiente, veremos a continuación algunos “botones de muestra” o episodios vitales de la biografía de Guzmán, los cuales nos ayudarán a indagar más sobre la recepción inadecuada que ha recibido su obra, mientras exploramos a la vez algunas de sus más duraderas contribuciones y sorprendentes primicias como un periodista, político y autor mexicano.

“He hecho esto”, dice mi memoria. “¡Imposible!”, dice mi orgullo, y permanece inflexible. En fin de cuentas, la memoria es la que cede.

—Federico Nietzsche, Más allá del bien y del mal

Llega a ser el que eres

—Píndaro, Pítica II, v. 73

¿Por qué mantenemos a Guzmán en un sitio equívoco que al compás que reconoce su significación, la escamotea y suspende? Las cosas por su nombre. Martín Luis Guzmán es mala compañía, figura apestada.

—Fernando Curiel, La querrela de Martín Luis Guzmán, 25

I do not think altogether the worse of a book for having survived the author a generation or two. I have more confidence in the dead than in the living.

—William Hazlitt, “On Reading Old Books”

CAPITULO DOS

Apuntes sobre una personalidad: Episodios vitales de Martín Luis Guzmán

Volvamos ahora sobre el tema de la consolidación. La novela de crecimiento o *bildungsroman* trata sobre la formación del carácter y de la personalidad del protagonista, además de la forma en que se establece su inserción en la sociedad. Varios libros de este

género privilegian especialmente el oficio de escribir. Por ejemplo, A Portrait of the Artist as a Young Man de James Joyce, o Balún-Canán de Rosario Castellanos, parten de la temprana niñez para concluir en el momento en que el sujeto se hace literato: Stephen Dedalus rechaza el seminario para participar en tertulias universitarias y componer una *villanelle* a su amada; la anónima hermana mayor de Mario comienza a deletrear obsesivamente con lápiz el nombre del niño muerto en los ladrillos del jardín. Se tratan de versiones noveladas de cómo Joyce y Castellanos llegaron a ser lo que eran: autores de libros.

En el caso de Martín Luis Guzmán y El águila y la serpiente, el punto de partida de la trayectoria autobiográfica resulta tan importante como su fin. En lugar de la niñez, elige comenzar desde su participación activa en la Revolución. Describe únicamente su periodo de insurgente de 1913 a 1915, sin tocar sus antecedentes literarios, editoriales o periodísticos —y los tenía, como se verá más adelante— o su posterior dedicación profesional a esos campos. Parece sugerirnos que para efectos de sus memorias, el nació con la Revolución, engendrado por el ultraje que provocó el asesinato del Presidente Francisco I. Madero durante el golpe de estado de Victoriano Huerta.⁶

El enfoque formativo es, por lo tanto, político y no letrado. Y más allá de ese giro inesperado, la metodología de Guzmán —como adelantamos en el capítulo anterior— resulta hasta paradójico: porque no relata cómo se hizo revolucionario, sino más bien cómo *no* se hizo revolucionario. El joven —que, lleno por un lado de indignación profunda contra el usurpador Victoriano Huerta y por otro, de “esperanzas revolucionarias”, se embarca en el *Morro Castle* desde Veracruz con el fin de llegar a los

⁶ En ese sentido, nos recuerda Guzmán a figuras como Frida Kahlo o Nellie Campobello, quienes cambiarían su fecha de nacimiento a 1910 para hacerla coincidir con la Revolución.

campos de batalla del norte de México— deviene en el hombre que, dos años después, actúa de manera inversa: abandona al general Francisco Villa, fugándose en un tren hacia la frontera con los Estados Unidos.

Una fallida conspiración o maniobra política, seguida por la necesidad de huir, es un episodio que se repite muchas veces durante la agitada primera mitad de la vida de Guzmán. Desde luego, el fracaso de sus ambiciones revolucionarias en esta ocasión no significa que Guzmán haya renunciado a la política, ámbito en el que seguiría activo de manera intermitente durante el resto de su vida. Como bien señaló el biógrafo y crítico Ermilo Abreu Gómez⁷, “su vida y la política estarán en perpetuo diálogo; de allí la necesidad de presentar los episodios de una y otra parte en un solo cuadro” (Martín Luis Guzmán, 163). El problema es que, extrañamente, la crítica literaria generada a lo largo del siglo XX no se ha dedicado a seguir el rastro del narrador dentro de El águila y la serpiente –al menos que fuera para insinuar que exageró la importancia de su papel dentro de un proceso histórico de magnitud excepcional. Es en ese sentido que Guzmán se ha descrito como un autor que no solo se enfoca en “los de arriba”, sino que también es, para colmo, arribista. Y peor aún: dada esta tendencia a divorciar el autor del texto, ha dominado en general el dictamen crítico de que se trata además de una estructura narrativa fragmentada o episódica, y, por lo tanto, fallida. En otras palabras, ha llevado a la crítica de ver solamente las partes, y no el todo.⁸

⁷ Cabe señalar que Abreu Gómez fungía durante muchos años como empleado de Guzmán en la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito fundada por el autor. Su crítica favorable es anterior. La adulatoria data de ese periodo.

⁸ Una reciente excepción a esa tendencia, pero con fines únicamente biográficos y no de crítica literaria, sería A salto de mata de Susana Quintanilla (Tusquets, 2010), libro que identifica lo precario o lo inestable como signo definitorio de la vida de Martín Luis Guzmán antes y durante de la Revolución de 1910, basándose en gran parte en El águila y la serpiente como fuente de información.

Aparte de recordar que Aristóteles señaló en su Poética la necesidad de incluir lo episódico tanto en la tragedia como en la epopeya, hay varias razones viables que pueden explicarnos esta omisión del “yo” narrativo por la crítica: primero, la desaprobación contemporánea de aquellas estrategias analíticas que exponían “Vida y Obra” a favor de otras, que examinaban y aislaban la escritura en sí. Segundo, para un siglo que favoreció al autor latinoamericano intelectual e ideológicamente comprometido, Martín Luis Guzmán resultó ser una figura esquiva e incómoda, una piedrita oculta bajo el colchón del canon literario. Ya hemos adelantado en el primer capítulo de esta tesis algunas de las razones biográficas por las cuales le ha sido negado el estatus de prócer cultural, independientemente de la calidad de su obra literaria.

Ahora en este capítulo, entraremos en más detalle sobre las maneras en que Guzmán el hombre ha opacado el lugar privilegiado dentro del canon de las letras mexicanas que merece su obra. Puesto que no es mi objetivo en esta tesis escribir una biografía cronológica completa de Martín Luis Guzmán, he elegido más bien ahondar en la exploración de algunos episodios vitales que se han vuelto temas polémicos dentro de la crítica guzmaniana, pero desafortunadamente de manera demasiado superficial, tales como: su clase social, su pertenencia a la generación del Ateneo de la Juventud, su papel en el golpe delahuertista, su apoyo al régimen del PRI.⁹ Veremos en qué tienen razón sus críticos, y en qué no. Por otra parte, agregaremos algunos otros episodios biográficos que han sido poco notados o reconocidos, y que aportan elementos que favorecen las contribuciones de Guzmán no solo a la literatura, sino a la política y la cultura también. Estos episodios incluyen: su pertenencia al exilio de los intelectuales revolucionarios, su

⁹ He elegido no tratar sobre otros temas de interés biográfico, tales como su relación literaria y personal con Nellie Campobello, por juzgar que no incidieron mayormente en la recepción crítica de Guzmán como autor.

desempeño como editor dentro de la República Española como amigo personal del presidente Manuel Azaña, su defensa de la independización de las Academias de la Lengua de las Américas de la Real Academia Española y, sobretodo, su crítica acérrima de los criollos mexicanos, que data desde 1915. De lo que se trata aquí es tanto armar una defensa que logre reinsertar a Guzmán en su propia generación como prócer cultural, como explicar las razones biográficas por las cuales no ha sido aceptado como tal. Digamos que vamos a complicar un poco el asunto, porque la excesiva simplificación ha resultado en la pérdida de un autor valioso dentro de un género nacional fundamental, que es la narrativa de la Revolución Mexicana, a pesar de que hay un consenso general acerca del valor de su obra.

Uno de los efectos más desafortunados del proceso de canonización de la literatura, en el sentido de establecer una genealogía de las letras, ha sido precisamente la depuración de las vidas de sus autores. Tal vez debido al consumismo y la cultura *pop* que dominan más que nunca nuestra sociedad, las capas acumulativas de los estudios críticos tienden a condensar cada vez más las biografías a modo sedimentario, tapando sucesivamente gran parte de sus experiencias o actividades y aplanando a las figuras letradas hasta reducirlas a una imagen oficial, una anécdota memorable, una sola perspectiva demasiado coherente. Es de esta manera que la consolidación se vuelve reduccionista.

En el mejor de los casos, la cápsula final con la que nos quedamos resulta ser bastante acertada —el equivalente, digamos, a una especie de haikú biográfico— pero en el caso de El águila y la serpiente, se asemeja más bien a una ronda juvenil de teléfono descompuesto, en que se termina siempre reiterando a Guzmán como el criollo aquel que

retrató a “los de arriba”. A veces, resulta que la línea de ensamblaje de la canonización se mueve con demasiada presteza. Pero como críticos literarios, debemos detenerla para poder fijar bien la mirada y percatarnos de que la literatura no se trata de una maquiladora, en que todas las piezas son iguales. A pesar de las tendencias actuales hacia la estandarización y la homogenización, productos a su vez de la mercadotecnia cultural, hay que evitar en lo posible la simplificación o *packaging* de los creadores y sus obras para consumo masivo, recordando siempre que son sus complejidades y anomalías, sus contradicciones internas, las que nos ayudan a mejor comprender a veces sus posturas o sus mensajes. Aunque el sentido del arte consista en entablar un orden a partir del caos del mundo —algo de que Guzmán era muy consciente— no de allí son necesariamente minimalistas o simplistas las obras que se crean con ese fin.

Ahora bien, el ejercicio de la crítica literaria vuelve a ordenar lo ya ordenado por las obras, pero desde la perspectiva del mundo real. Lo cual tampoco es del todo absurdo: hay que privilegiar ciertos datos extraídos del mar inabarcable de las letras para poder formular ideas concretas y encontrar u otorgar cierta coherencia, cierto orden, a géneros como, precisamente, el de la narrativa de la Revolución Mexicana. Pero dado el auge de la hiperespecialización empírica que afecta ya no sólo las ciencias, sino también las humanidades —durante una época en que uno se dedica no al estudio de las letras, como en siglos anteriores, sino, por ejemplo, a la aplicación de la teoría X a lo publicado de tal a tal año en el lugar Y por autores que comparten el rasgo Z— tampoco debemos olvidar que nos corresponde también indagar sobre aquellos elementos que pueden ser particulares, enigmáticos, únicos, o inclusive contradictorios.

Volviendo a lo que se llamó en el primer capítulo el “extraño caso” de Guzmán, lo que esta crítica literaria totalizadora no ha tomado en cuenta es el hecho de que es como personaje dentro de sus propias memorias donde él funge no sólo como narrador, sino también como un hilo conductor que recorre aquellos supuestos fragmentos de El águila y la serpiente, uniéndolos. La crítica ha dado por hecho que el Guzmán-narrador no es más que un par de ojos —aunque eso sí, con una mirada aguda capaz de retratar con ingenio las grandes figuras revolucionarias. Pero en este caso, Guzmán no es ni siquiera solo un autor; también es el protagonista de sus memorias, un “yo” cuyas acciones o, como veremos más adelante, cuyas *inacciones* forman parte vital de la obra. El estudio de este “yo” también arroja una nueva luz sobre la perspectiva del propio Guzmán, no solamente ante las grandes figuras revolucionarias, sino también ante sí mismo como representante de la clase intelectual criolla.

Ahora bien, por todo lo anterior, antes de proceder a analizar a Guzmán como protagonista de su obra, conviene repasar en este capítulo algunas dimensiones de su biografía. Conviene también destacar aquellos elementos que contribuyeron a que llegara a ser lo que era: un exiliado, por encima de los detalles de su vida íntima y familiar, dado que ésta última no figura en absoluto en su obra. En eso se diferencia enormemente de la aproximación elegida por su contemporáneo y coetáneo José Vasconcelos en La tormenta, sus propias memorias del periodo correspondiente a 1913 hasta 1920, y que están repletas de los pormenores de sus relaciones amorosas. En una entrevista célebre de 1963, Emmanuel Carballo interpela a Guzmán, diciéndole que “sus lectores también nos preguntamos: ¿por qué usted casi nunca escribe sobre los acontecimientos íntimos de su vida?” Él responde:

Porque mi propósito no es describirme sino interpretar la vida del país.

Las intimidades o los valores exclusivamente personales sólo influyen en el devenir de un pueblo cuando son susceptibles de convertirse en temas de lo épico o de lo dramático. La lírica debe expresarse, leerse o cantarse cerrada la puerta con doble llave. (Carballo, Diecinueve protagonistas, 107)

Pero en este capítulo, a nosotros sí nos conviene explorar tanto algunos acontecimientos públicos como algunos íntimos de la vida de Guzmán, porque nos dará algunas llaves (claves) útiles para abrir esas puertas.

Procederemos de manera tematólogica, y a la vez cronológica, sin limitarnos a aquellos episodios vitales que coinciden con la Revolución de 1910 o la escritura de El águila y la serpiente. Dado que, como ya hemos indicado, el libro comienza no con la niñez sino *in medias res*, saber algo de los años formativos de Guzmán nos ayuda a llegar a tener una idea más clara de quién era este rebelde primerizo –aparte de ser un miembro de la clase criolla, lo cual es uno de nuestros datos claves— y cómo llegó a unirse a la Revolución. Si postulamos que su trayectoria como autor se caracteriza especialmente por haber vivido en dos épocas diferentes, por haber experimentado el “antes” y el “después” del México moderno tanto como el “durante” de la Revolución de 1910, es necesario saber algo de su vida antes de esa fecha. Luego, es de igual importancia conocer su trayectoria posrevolucionaria para poder dilucidar las perspectivas del hombre que escribió El águila y la serpiente desde un segundo exilio en España. Finalmente, conviene también considerar las últimas cuatro décadas de su vida, después de que

volviera a México de manera definitiva en 1936, para así despejar algunas de las circunstancias que han afectado a largo plazo la recepción de su obra.

Guzmán como criollo viajero

Tal vez el punto más sensible de la crítica sobre Guzmán tenga que ver con su clase social criolla, lo cual no carece de lógica en un país como México, de fuertes contrastes socioeconómicos. Antes que nada, amerita definir y explorar el significado de ser un “criollo” a la hora de la Revolución Mexicana de 1910. Agregarle el aspecto de “viajero” puede ayudarnos a mejor comprender tanto la circunstancia como la identidad particular de la generación de criollos a la que perteneció Guzmán, y que fue convertida en diáspora a partir de la Revolución.

Originalmente, este término –cuya derivación etimológica aparentemente deriva de “criólo”— se refería exclusivamente a una persona de padres españoles quien nació y fue criado en las colonias. De allí, la definición de la Real Academia: “Dicho de un hijo y, en general, de un descendiente de padres europeos: Nacido en los antiguos territorios españoles de América y en algunas colonias europeas de dicho continente” (Diccionario de la RAE, <http://buscon.rae.es/draeI/>, página consultada en 03 mayo 2010). A partir de allí, la definición se vuelve divergente, dependiendo del país: si bien puede referirse a una persona de descendencia negra que no nació como esclavo, o a una canción, o a un estafador; en México, con el paso de los siglos, se sigue usando el término para referirse a todo lo que muestra una preeminencia europea genética o cultural. En términos políticos,

estos criollos formaron un grupo esencial: son ellos quienes encabezaron los movimientos independentistas y que recuperaron la simbología indígena o local (como por ejemplo el estandarte de la Virgen de Guadalupe, o el escudo de la bandera mexicana) para reafirmar su diferencia con la metrópoli española. A la hora del asesinato de Madero, los miembros de esa clase social también sintieron el deber histórico de iniciar y encauzar cualquier proceso de guerra civil.

Ahora bien, en el caso de la Revolución de 1910, se introduce un elemento de conflicto interno adicional. Tal y como ocurrió cuando se dividieron los criollos entre independentistas y realistas, cien años después, se dividieron entre revolucionarios y huertistas. Todos, obviamente, eran de padres porfiristas o habían sido ellos mismos porfiristas. Y la necesidad de definir su identidad y su papel a partir de 1910 fue no solo drástica, sino también, según Adela Pineda Franco, “accidentada” (“Entre el exilio y el fuego revolucionario”, 33).

Desde que Guzmán nació el 6 de octubre de 1887 en Chihuahua, México, quedó sujeto a esa vida agitada —y a menudo polémica— que correspondió a su generación. Su madre era Carmen Franco Terrazas;¹⁰ su padre, el Coronel Martín Luis Guzmán Rendón: un criollo yucateco que había dado clase en el Colegio Militar de Chapultepec bajo el porfiriato.

Incluso durante la niñez del autor hallamos uno de los temas que acompañaría a Guzmán durante la primera mitad de su vida y que dominaría el periodo de alta productividad literaria: el del viaje. Desde mucho antes de que su participación en la Revolución lo pusiera en marcha, Guzmán llevaba una existencia de tráfuga. En 1888,

¹⁰ Una niña expósita adoptada por la acaudalada familia Terrazas, la cual, según el historiador Friedrich Katz, era la dinastía de caudillos *nouveau* más poderosa del norte central de México, en un par con la familia Madero en el noroeste (*The Secret War*, 15).

la familia vivía en Tacubaya, donde fue inmerso como niño en una tradicional educación católica; para 1899, se había trasladado a Veracruz. Allí fue inscrito en la escuela cantonal pública Francisco Javier Clavijero, dirigida por don Delfino Valenzuela. Ésta fue la “verdadera antítesis de la escuela de Tacubaya, donde poco a poco abandona sus resabios de religiosidad en beneficio de una concepción laica del universo” (Lorente Medina, “Introducción”, 10). Allí también coeditó con un compañero de estudios su primera y efímera revista quincenal infantil, Juventud, en 1900.

En 1904, la familia regresó a la Ciudad de México, donde Guzmán ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en San Ildefonso. Esta institución está descrita por Arturo Delgado González en Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano como una institución positivista que fungía como “la piedra angular de la instrucción científica y literaria del país” (17). Por otra parte, el que haya estado en Veracruz para luego llegar a la capital es un dato importante, porque era una constante entre los jóvenes intelectuales que se volverían maderistas y luego tomarían parte en la Revolución el que provinieran de lo que en México se conoce como “provincia”. Según el historiador John Mason Hart, eso tenía su razón de ser: la participación de la pequeña burguesía de provincia y las élites regionales fueron vitales en la Revolución, porque desafiaban a la clase mercantil y al grupo de “Científicos” porfirianos que gobernaban en la Ciudad de México y que había sido corrompida por la penetración y la influencia extranjeras (Revolutionary Mexico, 74). Aquí y en este momento, según el crítico Antonio Lorente Medina, es donde nace la vocación literaria de Guzmán, cuando le encargan la dirección del Boletín de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria en 1907 (“Introducción”, 13).

En 1908, inició una carrera en Derecho. A la vez, comenzó a escribir bajo el pseudónimo de Puck¹¹ en El Imparcial, “el más importante diario capitalino” según el caritativo Abreu Gómez (161), pero también una institución del régimen, poblada de “*seasoned Porfirian hacks*”, según Alan Knight (The Mexican Revolution, 391). El propio Guzmán se refiere a él como un “periódico inmoral e infame” en La querrela de México (Obras completas, 17). Lo notamos aquí, porque es significativo que Guzmán no haya surgido de otra tradición periodística, donde ya había publicaciones tales como Regeneración o El hijo del Ahuizote que apoyaban la causa social del Partido Liberal. En ese momento, seguía formando parte de la hegemonía porfiriana. De hecho, es en calidad de reportero oficial que asiste a la segunda sesión de la Sociedad de Conferencias impartidas por los futuros ateneístas de la juventud.

De allí que vemos que Guzmán no fue de los que nacieron revolucionarios, sino que se hizo revolucionario a partir del ascenso y asesinato de Madero. Su origen nos ayuda a entender por qué, como muchos otros criollos de la clase intelectual, entró a la Revolución desde el lado político y no social. A pesar de las múltiples mudanzas, su formación era como un cauce estable que apuntaba hacia la continuidad de un régimen envejecido, en que a lo mejor ya había oportunidades de disentir, pero todavía no, en su caso, causas mayores.

Una triple vocación

¹¹ Firma Guzmán con el mismo pseudónimo shakespeariano empleado por Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), fundador del modernismo mexicano, en algunas de sus crónicas.

Es a partir de estos tabiques básicos que comienza a lucir el desarrollo constante del autor a lo largo de su vida como un hombre de triple vocación: el periodismo, la política y las letras. Sobretudo, es indispensable destacar desde un principio que ninguno de estos intereses funcionaba de manera independiente; siempre estuvieron relacionados y fueron interdependientes.

Ahora bien, dentro de este triángulo político-periodístico-literario, lo que menos debe sorprendernos es el equilibrio que mantenía Guzmán entre los medios y la literatura. Desde el modernismo se había consolidado en Latinoamérica el doble oficio periodístico y literario que protagonizaron sus grandes autores. A partir de las crónicas de Gutiérrez Nájera, Martí, y Darío, se hizo cada vez más común que el escritor latinoamericano se ganara el pan a través de los artículos que publicaba. Esta relación simbiótica entre los dos campos abarcaba además la costumbre, ahora casi olvidada, de difundir los capítulos de novelas por entregas en los periódicos. La prensa era el campo de prueba o de vanguardia, en estricto sentido, de la novela. Las obras del propio Guzmán llegaban a manos del público por primera vez de esta manera.

Nada de lo cual alzaría las cejas de un crítico literario. Lo que sí deja perplejos a aquellos que han abordado la obra de Guzmán no es su trayectoria periodística en sí, sino el hecho de que no priorizaba los temas culturales sobre los políticos dentro de esa actividad. Al contrario, tendía a favorecer estos últimos, lo cual resulta incomprensible bajo el esquema cultural que califica al periodismo como una disciplina limitada por la actualidad, en contraste con la permanencia y, por lo tanto, preeminencia de la tradición literaria. Bajo esta visión, el periodismo cultural sería apenas justificable como un *modus*

vivendi y el político, perdonable solamente dentro de la rúbrica de una literatura comprometida.

En cuanto a Juventud, su primer encuentro con el cuarto poder, Guzmán recuerda la experiencia años después en el discurso autobiográfico “Apunte sobre una personalidad”¹² que pronunció ante la Academia Mexicana de la Lengua en 1940:

La empresa editorial no duró arriba de cuatro o seis meses, e igual suerte habrían de correr otras semejantes. Pero gracias a esas aventuras, que no por breves o precoces eran menos definitivas dentro de su significado espiritual, el adolescente iba formándose y quedando apto para pisar con pie firme los umbrales de la juventud, esa juventud que propugnaban las incipientes columnas de su periodiquito. Sus directrices más hondas estaban hechas. (44)

Nótese que según el propio Guzmán, la primera experiencia formativa con las letras que le marcaría para siempre fue editar aquella hojita quincenal. No distingue aquí entre una prosa y otra, o bien, se identifica primordialmente como periodista en lugar de minimizarlo como un oficio menor. Se percibe que para él, fue más una pasión que meramente una necesidad económica. Según Federico Patán, fue este hondo interés en el periodismo que después le enseñaría al narrador cómo extirpar todo embellecimiento y preciosismo de su obra escrita: “En la puesta de la pluma a las tareas variadas que el oficio exige, Guzmán aprende con rapidez la necesidad de ser claro y parco en el estilo, condiciones que llevará con provecho a su narrativa” (80). Al principio, editar o colaborar con los medios no es para Guzmán una especie de maldición, que le resta

¹² En este ensayo, igual que Julio César en La guerra de las galias y La guerra civil, Guzmán habla de sí mismo en tercera persona.

tiempo de su actividad literaria, sino otra cara de la misma moneda. Sería hasta años después que tanto el periodismo como la política consumirían su vocación literaria. Esta multiplicidad es una característica fundamental para la comprensión de su obra literaria.

El Ateneo de la Juventud: “La Estrella de Oriente”

El primer paso para entender a un autor consiste generalmente en establecer su pertenencia a una escuela, movimiento y/o generación que tenga elementos definitorios. Se han ocupado demasiadas páginas en debatir la pertenencia de Guzmán al Ateneo de la Juventud, y son demasiados los críticos que han intentado negarle su propia generación con tal de restarle importancia. Me refiero aquí particularmente a Fernando Curiel, en La querrela de Martín Luis Guzmán, quien nota que “no figura ni entre los disertantes de la Sociedad de Conferencias –1907, 1908—ni entre los conferencistas del primer ciclo organizado por el Ateneo de la Juventud; tampoco en la nómina de socios fundadores y corresponsales, aunque sí en las listas de Reyes y Henríquez Ureña” (114). Como si figurar en esas últimas dos listas no fueran suficientes, junto con el hecho –que reconoce Curiel—de haber compartido el exilio con Reyes, Henríquez Ureña, y otros miembros del Ateneo.¹³ La pertenencia de Guzmán a este grupo es, como veremos a continuación, innegable.

¹³ Cabe aquí preguntarse, como lo he hecho yo misma con frecuencia al leer la crítica de Curiel (la cual carece por completo de objetividad) por qué le habrá dedicado tantas páginas a un autor que le inspira tanto encono. Sin duda su estatus como guzmanista es un factor mayor en lo que ya hemos descrito como el opacamiento de Guzmán como autor.

Afirma González de la Mora (Estructura, mito y política) que fue el arquitecto Jesús T. Acevedo quien lo introdujo entonces formalmente en el grupo intelectual conocido después como el Ateneo de la Juventud —formado en 1909 en la Escuela Nacional Preparatoria— después de escucharlo hablar sobre “Morelos y el sentido social de la Guerra de Independencia” desde la tribuna durante la Marcha de las Antorchas conmemorativa de la independencia el 16 de septiembre de 1908. Durante los siguientes años, de hecho, Guzmán se dará a conocer y accederá a los círculos literarios principalmente a través de sus discursos, género que seguía siendo predilecto para él durante muchas décadas bajo muy diferentes circunstancias. El dato de la Marcha de las Antorchas, que sostiene también Susana Quintanilla (A salto de mata, 81) contradice la versión de que los futuros miembros del Ateneo lo conocieran después de su discurso fúnebre en honor a Justo Sierra. Pero en cualquier caso, remite a que estaba bien dotado como orador, tanto así que lo notaron y lo admitieron a su círculo los ateneístas.

González de la Mora señala por otra parte que Guzmán tenía pocas afinidades ideológicas con ellos; según él, más que relaciones estrechas con el Ateneo, Guzmán habría sostenido una “entrañable amistad” con Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Eso, a pesar de que Henríquez Ureña lo colocarían en el quinto lugar de la nómina —que llegaría a tener más de cien nombres— y a pesar de las duraderas relaciones sostenidas a lo largo de las siguientes décadas con miembros de este grupo, quienes lo apodaron socarronamente, como señala Susana Quintanilla, “La Estrella de Oriente” (A salto de mata, 166)¹⁴, y con quienes viviría luego en el exilio. Pero más allá de la amistad o las listas exclusivas de membresía, había entre ellos una identidad indiscutible de

¹⁴ Aunque ella misma lo define como un “cuasiateneísta” (113) que no formaba parte de la rígida jerarquía del grupo (119).

generación. En mi opinión, este problema ha sido abordado al revés por la crítica. Claramente los del Ateneo no hubieran considerado a Guzmán, en aquel entonces un diletante inédito de provincia, como miembro central. Pero el Ateneo indiscutiblemente fue el grupo que marcó y determinó su entrada tanto a la Revolución de 1910 —donde siguió los pasos de José Vasconcelos— como a las letras —bajo el tutelaje de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Yo vería incluso la larga enemistad sostenida entre Vasconcelos y Guzmán por un “lío de faldas” como síntoma de que pertenecían a la misma generación literaria. Este tipo de rivalidad es uno de los elementos básicos de considerarse contemporáneos. Independientemente de las amantes, en cuanto a las ideologías políticas compartidas o no compartidas, el propio Guzmán señaló en 1958 que la aportación cultural del Ateneo tenía más que ver con un fuerte compromiso con las letras y la seriedad: “La fidelidad a la vocación, el amor al oficio, el repudio de la improvisación” son lo que unía al grupo, más que una visión política común (Carballo, Diecinueve protagonistas, 93). Y en efecto, mientras que Guzmán y Vasconcelos siguen en la etapa revolucionara tratada en El águila y la serpiente una trayectoria política casi idéntica, otros ateneístas como Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes elegirían otros caminos muy distintos, aunque todos llevarían eventualmente al exilio temporal.

Fue ya como miembro del Ateneo de la Juventud —llamado así, según Fernando Curiel, por la dedicatoria del libro seminal Ariel, escrito por José Enrique Rodó, a la “Juventud de América” (La revuelta, 242)— que Guzmán pronunció un discurso fúnebre en el Panteón de México en el entierro de Justo Sierra. Comenta el historiador Javier Garcíadiego sobre el proceso de fundación de este grupo que se comenzaron a ofrecer cursos “libres” a partir de 1912 debido a los rezagos y sobretodo, la indefinición de la

educación formal en la Escuela de Altos Estudios. El curso “libre” sobre filosofía impartido por Antonio Caso era uno de ellos, y atrajo a noventa alumnos, muchos de ellos ateneístas (45). Poco después, la introducción a cargo de Alfonso Reyes de una subsección de Lengua Nacional y Literatura contaba con la participación de Pedro Henríquez Ureña, Jesús T. Acevedo, Mariano Silva y Aceves, y Federico Mariscal, entre otros. Garciadiego no ve en esto el triunfo del humanismo, sino el fracaso de la introducción de un sistema de educación más rigurosa. No da por hecho *a posteriori* la infalibilidad de la cátedra intelectual de los ateneístas:

El proyecto original para Altos Estudios se modificó del todo cuando se entendió que era virtualmente imposible hacer investigación científica seria en un país sin tradición al respecto, y que era muy difícil sostener estudios similares a los de posgrado sin programas completos, sólo a partir de inconexos cursos “libres” o extraordinarios y, para colmo, sin previos estudios profesionales conducentes. (46)

Entonces, para Garciadiego, el Ateneo sería una especie de generación autodidacta y subversiva que intentaba suplir las carencias del programa académico disponible en la ciudad de México en aquel entonces, restándole poder a los “Científicos” de antaño que recién habían fundado la Universidad Nacional, como si fuera un golpe de Estado académico. Sobre esta “total modificación” del proyecto inicial de la Escuela de Altos Estudios, comenta:

...en 1912 su manejo pasó de los *Científicos* a los ateneístas; de ser un centro de investigación y especialización se convirtió en un área de difusión cultural; pasó de representar la dependencia universitaria

consentida y más promisoría a ser una institución amenazada y severamente cuestionada... (97)

Además, surgió un interés a raíz de las conferencias impartidas por Vasconcelos y Pedro González Blanco en promover una educación superior menos elitista. A sugerencia de Pedro Henríquez Ureña, nació la Universidad Popular Mexicana como una “organización paralela y subsidiaria del Ateneo” (Garcíadiego, 55). Como partícipe de este maderismo triunfante, Guzmán fue nombrado secretario de la nueva Universidad Popular, creada como alternativa a la Universidad Nacional que había sido inaugurada dos años antes. En esa labor asistía a otro ateneísta, Alberto J. Pani, que era el rector.

Si bien nunca se planteó como el resultado de una escisión, ni fue el producto del espíritu latinoamericanista de los jóvenes o de la competencia entre *Científicos* y revolucionarios por el control de la educación superior, la creación de la Universidad Popular fue consecuencia, en última instancia, de que la Universidad Nacional haya sido incapaz de ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país. Así, la propuesta tuvo que provenir de otras esferas; en concreto, de algunos de los miembros del grupo cultural Ateneo de la Juventud que tenían más intereses políticos, como José Vasconcelos, Alfonso Pruneda, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán. (Garcíadiego, 55)

Todo eso, no solo para disipar cualquier duda en el sentido de que Martín Luis Guzmán fuera un miembro activo del Ateneo y considerado prontamente por ellos como un académico digno de su generación, sino también para establecer algunas de las relaciones que serían determinantes para Guzmán a lo largo de su larga vida. De hecho, utilizando

un criterio como el anterior, que consiste en examinar las actividades de Guzmán, sus mentores y su red social, resulta imposible divorciarlo del Ateneo. Otro ejemplo: se inicia en este momento su colaboración con otro provinciano con antecedentes reeleccionistas que luego se volvería revolucionario, Alberto J. Pani —cuyo nombre es un referente constante en El águila y la serpiente— la cual perduraría de una forma o otra hasta 1915, reiniciándose después del regreso de Guzmán de su primer periodo de autoexilio en los Estados Unidos y España.

Afiliación política

Otro de los temas que afectaría a largo plazo tanto la producción literaria como la aceptación de Guzmán fue su villismo. De no haber estallido la Revolución, es posible que haya seguido siendo un abogado con pretensiones artísticas. Pero a la hora de la violencia, había que tomar partido político necesariamente. Más allá que elegir no ser huertista, parecería que Guzmán se vio metido en un juego de sillas musicales, en que iba turnándose dependiendo de qué silla se encuentre disponible entre las facciones maderistas, todas las cuales dejaban qué desear. Conviene trazar su trayectoria política durante los momentos turbulentos antes y durante el comienzo de la Revolución de 1910, en parte porque recalca el tema de la inestabilidad y del movimiento, además que el de la juventud, que resultan tan importantes para nuestra lectura de El águila y la serpiente.

Comencemos con el ocaso del porfirismo. Se interrumpieron los estudios de derecho de Guzmán en 1909, cuando fue nombrado canciller del consulado de Phoenix,

Arizona. El ambiente circundante a las controvertidas elecciones presidenciales ya se estaba calentando. Es muy probable que se vislumbraran en el horizonte los futuros meteoros políticos, en un paralelo con la inminente llegada del cometa Halley. Lorente Medina se pregunta, de hecho, si este nombramiento estaba relacionado con un “coqueteo con el Club Reelectionista” (“Introducción”, 16) lo cual refuerza la teoría de que en este momento, la identidad ideológica de Guzmán seguía siendo porfirista, acorde con sus antecedentes familiares. También en 1909, se casó con Amalia West Villalobos, hija de un británico y una oaxaqueña, lo cual agrega un toque íntimo a la decisión de salir del país. Lorente concluye:

La marcha de Martín Luis Guzmán (“Estrella de Oriente”) causa extrañeza al grupo; pero hoy no debe sorprendernos excesivamente. Durante este año y el siguiente, México vive un estado de agitación casi permanente, y no parece descabellado el que Guzmán, recién casado, piense en un lugar apacible para vivir, a la par de observatorio privilegiado desde el que mirar los acontecimientos que se desarrollan en su país. (16)

Pero evidentemente, no era su intención quedarse fuera de la Revolución, porque viajó de regreso Guzmán a su patria al mes siguiente de su estallido cuando su padre murió en Chihuahua, balaceado por los rebeldes en el Cañón de Malpaso el 25 de noviembre. Según su propia versión de los hechos, Guzmán pudo ir a su encuentro, aunque existen dudas al respecto de una dramática reunión en el lecho de muerte del Coronel. Según Antonio Castro Leal, “poco antes de morir confiesa a su hijo que la justicia asiste a los insurrectos” (La novela de la revolución mexicana, 203), aunque probablemente ésta sea una leyenda dorada, promovida por el propio Guzmán años después en su discurso

“Apunte sobre una personalidad”. Allí cuenta que su padre le dijo en su *momento moris* que no creía que fueran los revolucionarios la “mala yerba”. Como sea, Guzmán era nada menos que el hijo “del primer oficial muerto por las balas de los rebeldes” (Quintanilla, 149). El padre de Guzmán había sido señal y víctima de los tiempos, miembro de lo que era, según el historiador Friedrich Katz, un ejército débil y anticuado, con un presupuesto mínimo debido que Porfirio Díaz temía más la posibilidad de un golpe militar que la de levantamientos populares, a diferencia de las fuerzas armadas de otros países latinoamericanos (The Secret War, 27-28). Parecería que su muerte fuera suficiente —una especie de señal familiar que funcionara como sinécdoque del drama nacional— como para alejar Guzmán del viejo régimen para siempre.

Castro Leal afirma también que Guzmán participó en las manifestaciones maderistas sobre las cuales dispararon en la Plaza de la Constitución, aunque Fernando Curiel contradice eso, declarando que “de su participación en el maderismo subversivo no tengo pruebas” (“Los remitentes”, 26). En caso de que sea cierto este dictamen, vale la pena señalar que en esto, como en tantas otras cosas, Guzmán no fue sino un hombre de su siglo. Según Alan Knight, la trayectoria política de muchos políticos civiles había sido igual que la suya: no habían contribuido gran cosa a la derrota del porfirismo y aun así, cosecharon luego los beneficios de haber sido nombrados oficiales de la administración de Madero (The Mexican Revolution, Tomo II, 289).

Curiel agrega que para 1911, Guzmán ya enseñaba Literatura Nacional en la Escuela Superior de Comercio, fue bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios y asistió a la Convención Nacional del Partido Liberal Progresista (26), donde pronunció un discurso que reflejaba las secuelas de la pérdida de su padre y define el nuevo

conflicto como generacional —lo cual no es del todo sorprendente, tomando en cuenta nuevamente que historiadores como Knight hacen hincapié precisamente en el envejecimiento literal del porfirismo y de su ejército federal. Quizás una de las primeras contribuciones de Guzmán a nuestra visión de la Revolución de 1910 es el haber constatado que en su primer momento, el conflicto no era una guerra civil entre hermanos, sino entre padres e hijos. En sus palabras:

Si algún día, y así lo esperamos, madura el fruto de la Revolución, no lo saludaremos como la conquista de quienes pelearon bajo determinada bandera, sino que, unos y otros, los que vimos morir a nuestros padres bajo las balas revolucionarias y los que supieron de sus hijos destrozados por la metralla de los fieles, habremos de recibir ese fruto como el don preciso, impregnado en una sola gloria y un solo sacrificio, de todos cuantos lucharon: de quienes murieron clamando por su libertad y de quienes se inmolaron en nombre del deber. (Obras completas, Tomo I, 115)

Por otra parte, este discurso también apoya la tesis de Knight en el sentido de que, para los maderistas, la Revolución era en primera instancia una respuesta a una afrenta política, no una afrenta social. Este punto, creo, es clave para llegar a una crítica más profunda de El águila y la serpiente, el libro que se analizará más a fondo en los siguientes capítulos. Uno de los temas importantes que veo allí es la transformación del joven idealista, lleno de indignación política, quien paulatinamente debe confrontar la necesidad y los méritos de la lucha social —es decir, tiene que llegar a entender que la guerra representaba mucho más que una lucha intestina entre la clase política para tomar

el poder. Este contraste entre la reforma política maderista y la reforma social que se plantearía a través de la Revolución es simbólico del “antes” y “después”, de las épocas pre y posrevolucionarias que definieron tan marcadamente a la nación y que Guzmán, como tantos otros, experimentó a horcajadas, con un pie plantado en el porfiriato mientras que con el otro exploraba tentativamente nuevas posibilidades.

A los 23 años, sacó junto con Pani en plena Decena Trágica el periódico maderista El Honor Nacional, cerrado por el gobierno tres meses después en mayo de 1913, donde escribió contra el huertismo.¹⁵ Un dato curioso: sobre este mismo suceso, Curiel afirma que Martín Luis Guzmán fue el emisario de Madero que comunicó a la familia Reyes que el presidente le perdonaría la vida al General encarcelado si su hijo, Alfonso Reyes, podía garantizar su paso a la vida privada (“Los remitentes”, 27). Años después, en una carta personal a Guzmán, Reyes confirma que en efecto, Pani le había pedido que se encargara de esa misión fallida de diplomacia interna, debido a la confianza que tenía con el hijo del general (Quintanilla, 153).

Después del golpe de Huerta a principios de 1913, no había espacio para una oposición política desde la academia. Había miembros del Ateneo que se asimilaron al huertismo, como Pedro Henríquez Ureña. Pero eso no fue posible para aquellos otros maderistas que habían apoyado e integrado el proyecto de la Universidad Popular:

Obviamente, Huerta sufrió la oposición y rebeldía de varios miembros de la comunidad —funcionarios, profesores y estudiantes— de filiación maderistas cuya postura respondió a la actitud del gobierno hacia ellos. A quienes presionó severamente pronto se incorporaron a la lucha

¹⁵ Señala José Emilio Pacheco en sus comentarios al borrador de esta tesis doctoral que “nadie ha visto este periódico.” Tampoco pude encontrarlo.

constitucionalista, como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela y Alberto J. Pani. (Garcíadiego, 102)

Tras un primer intento fallido, en que tiene que volver de los Estados Unidos a México, Guzmán logró unirse a las fuerzas de Carranza en el norte. Mientras tanto, publicó en la revista Nosotros sus modernistas “Viajes de Puck”, conservando el mismo pseudónimo que había manejado en El imparcial.

De otro estilo son los eventos descritos en las memorias de Guzmán: según la cronología de El águila y la serpiente, varios meses después del asesinato de Madero y golpe militar de Victoriano Huerta en febrero 1913, huyó de México por el puerto de Veracruz. Se unió a los revolucionarios en el norte del país, pasando sucesivamente del mando de Ramón F. Iturbe al de Álvaro Obregón, Venustiano Carranza, y Francisco Villa. En 1914, quedó preso en la capital por orden de Carranza. Se liberaron él y los otros villistas encerrados en Lecumberri gracias a la Convención de Aguascalientes, a la cual asistieron en octubre. Luego Guzmán acompañó al nuevo presidente, Eulalio Gutiérrez, de vuelta a la capital.

También se dedicó a algunas otras actividades durante este periodo, antes de dejar el país, que no están descritas en sus memorias. Por ejemplo: aunque no lo describa en El águila y la serpiente, de diciembre de 1914 a marzo de 1915, fungió precisamente como director de la Biblioteca Nacional, nombrado por el nuevo Secretario de Instrucción, José Vasconcelos. Podemos concluir que, igual que los detalles de su vida íntima, Guzmán eligió suprimir los aspectos de sus actividades durante este periodo no relacionados directamente con la política. Aun siendo un libro sumamente literario, lo literario en la vida de Guzmán no figura allí.

El primer exilio

Ya hemos señalado que la inestabilidad y el movimiento incesante marcaron tanto la vida de Guzmán como su prosa en El águila y la serpiente.¹⁶ El exilio —otro fenómeno que compartía con su generación literaria— resulta ser una combinación de ambos factores biográficos que, conversamente, enriquecería enormemente su obra literaria. Son relativamente pocos los críticos, con la notable excepción de Héctor Perea, que hayan reparado en la importancia del exilio como marco para las obras maestras de Guzmán, por lo que ahondaremos ahora sobre este tema central, que igual que la Revolución misma, afectó no solo las circunstancias sino la materia de su producción literaria.

Después de que Gutiérrez rompiera con Villa en 1915, Guzmán, entre la espada y la pared, decidió huir de nuevo. La situación nacional en aquel momento era sumamente peligrosa: en menos de dos años había habido cinco gobiernos en la ciudad de México. Guzmán pasó el siguiente lustro en España y los Estados Unidos, reanudando allí su oficio periodístico.

En Madrid, se encontró con otros cuatro miembros del Ateneo de la Juventud, todos exiliados por motivos relacionados con la política revolucionaria y posrevolucionaria. Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos tuvieron todas sus respectivas estancias en Madrid por diferentes motivos. La colaboración entre Guzmán y Reyes sería particularmente nutrida durante este

¹⁶ En *A salto de mata*, Susana Quintanilla también elige la fuga como signo predominante para Guzmán, postulando que más que a las circunstancias históricas, Guzmán compulsivamente anhelaba escaparse de sí mismo (181).

periodo, nuevamente poniendo en ridículo críticos tales como Fernando Curiel, que hayan cuestionado en algún momento la pertenencia de Guzmán al Ateneo. De hecho, Acevedo, Reyes, y Guzmán compartían un edificio en la calle de Torrijos no. 42, “donde por las tardes realizaban dramatizaciones pictóricas o ‘cuadros plásticos’ inspirados en los clásicos españoles del Museo del Prado. También iban a los toros y hacían las veces de ‘marchands’ para tratar de colocar —esfuerzo siempre infructuoso— las coloridas y poco comerciales acuarelas de Acevedo” (Perea, “Martín Luis Guzmán en la tertulia y la prensa de España”, 10).

Después de su llegada en 1915, Guzmán colaboró con Alfonso Reyes bajo el pseudónimo “Fósforo” escribiendo reseñas de cine —retomando la estafeta que les había dejado Federico de Onís, el primero en dedicarse a la crítica cinematográfica en lengua española, con cuatro reseñas firmadas como “El espectador”— para el semanario España de José Ortega y Gasset. La sección de cine se llamaba “Frente a la Pantalla”, y las notas de Guzmán fueron reunidas al final de su libro A orillas del Hudson. Según Alfonso Reyes, fue la última vez que escribió sobre el cine. (Reyes, Frente a la pantalla, 7).

Generalmente al parecer alternaban la tarea de escribir la reseña, aunque a veces sin duda alguno intervino en el texto del otro, como por ejemplo en la nota sobre el “Féretro del Cristal”, publicada el 9 de diciembre de 1915, donde Reyes nota la presencia de la pluma de Guzmán (Frente a la pantalla, 18.) Evidentemente los dos tenían el entusiasmo de abordar un nuevo arte correspondiente a la época vanguardista. Este interés de Guzmán en el cine es un punto sobre el cual se hará hincapié más adelante, porque lo considero sumamente útil en la interpretación de su obra. No en el sentido de que su literatura resulte cinematográfica por la fuerza de su imaginería visual: como se verá en el

siguiente capítulo, me parece más bien que el séptimo arte nace de lo narrativo, y no vice versa. Sin embargo, el hecho de que Guzmán haya sido cinéfilo me parece muy importante, porque introduce un elemento que no ha sido tratado por la crítica: el humor en El águila y la serpiente. Por ejemplo, menciona en un ensayo suyo sobre el tema que las películas tipo Keystone son insuperables cuando tratan asuntos humorístico-grotescos (Frente a la pantalla, 57). Se me antoja plantear aquí la hipótesis que ciertas figuras que protagonizan las películas de la época de los exilios de Guzmán pueden haber sido fundamentales para Guzmán a la hora de construirse a sí mismo como personaje literario: me refiero a Buster Keaton, cuya actuación como soldado en la Guerra Civil estadounidense tiene mucho de bufo en The General (1926), o Charles Chaplin, cuyo alter ego travieso anda a salto de mata en The Immigrant (1917). Sobre éste último, Guzmán escribe:

Chaplin no es ya un actor, sin un tipo; tipo fuerte y avasallador, ante el cual desaparecen todos los Max Linders de la tierra. Chaplin, personaje heroico—aristocrático, desinteresado, irónico—, ignorante de su ridiculez y superior a ella, es el ejemplar acabado de las creaciones cinematográficas de Keystone... [El cine] ha creado un nuevo personaje, héroe de una risueña epopeya occidental... (Frente a la pantalla, 62)

Algo así, como veremos luego en el capítulo cuatro, resulta ser el personaje de Guzmán mismo en El águila y la serpiente, la primera narrativa de la Revolución mexicana en adoptar una perspectiva a ratos lúdica sobre ese suceso histórico.

Además de su actividad como reseñista cinematográfico, colaboraría en la Revue Hispanique de Raymond Foulché-Delbosc y la Revista de Filología Española del Centro

de Estudios Históricos de Madrid. Alfonso Reyes había conocido a Foulché-Delbosc en París cuando fue a trabajar como secretario agregado del Consulado Mexicano en 1913. De hecho, según el crítico Robert T. Conn, Foulché Delbosc era el modelo del tipo de figura intelectual en el que Reyes esperaba convertirse (The politics of philology, 27). Ya en Madrid, Guzmán trabajó junto con Alfonso Reyes y Enrique Díez-Canedo (otro de los socios con quienes luego fundaría EDIAPSA) en un estudio sobre Góngora firmado por el primero, tanto como la edición de poemas inéditos escritos por un poeta del siglo XVI llamado Gregorio Silvestre.

En este sentido aparece un artículo suyo, “Algunas poesías atribuidas a Gregorio Silvestre”, en el Revue Hispanique No. 88 de diciembre, 1915. Esta revista dirigida por R. Foulché-Delbosc era editada por The Hispanic Society of America en Nueva York y en París por la Librairie C. Klincksieck de 11, Rue de Lille. Es un breve trabajo filológico de tres páginas que nada tiene que ver con la actualidad, mucho menos con la mexicanidad: la obra, pues, de un literato. Se trata de rescatar a un poeta olvidado.

Algunos de los poemas de Silvestre que siguen a su breve introducción tratan sobre el deseo por una dama, lo efímero del amor, el sufrimiento que provoca el amor: nada que ver con los temas que se identificarían después con Guzmán. Solo el número 4 tiene algo que ver tal vez con la muerte:

LETRA.

Si mi fue tornase a es,

Sin esperar mas será,

O si fuese el tiempo ya

De lo que será después.

(Revue Hispanique 448-450)

Luego, en 1917, publicó cuatro sonetos atribuidos a Góngora que dice que encontró “hojeando algunos cartapacios del siglo XVII—de la Biblioteca Nacional de Madrid” (Revue Hispanique, no. 7, diciembre 1917, 680). Al año siguiente, apareció un artículo gongorino de Reyes, lo cual sugiere que trabajaban muy de cerca no solo sobre el cine, sino sobre otros temas también. Y sobretodo, que Guzmán estaba siguiendo en este momento el ejemplo de Reyes como autor: pura poesía, nada de prosa política. Se trata de una revista completamente literaria.

Mientras tanto, Guzmán también era un miembro activo de la tertulia española que incluía, entre otros, a Ramón Gómez de la Serna y Ramón María del Valle Inclán. Y seguía activo en el ámbito político: colaboraba con el Boletín publicado por la Agencia Informativa del Gobierno Mexicano con informes villistas, además de escribir algunos de los artículos que poco después se publicarían en Nueva York bajo el título de A orillas del Hudson, incluyendo un texto sobre Diego Rivera que complementa el retrato cubista que éste le hizo con todo y sarape mexicano en 1915.



Ilustración 2.—Diego Rivera. *Retrato de Martín Luis Guzmán*. 1915. Óleo sobre lienzo. Colección de la familia de Martín Luis Guzmán, Ciudad de México. p. 62. Tomada de Favela, Ramón. Diego Rivera: The Cubist Years. (Phoenix: Phoenix Art Museum, 1984) 105.

El crítico Ramón Favela acredita a Guzmán, de hecho, con concientizar a Diego Rivera—cuando éste todavía era un expatriado cubista—acerca de la temática revolucionaria de su país de origen:

Rivera's recent contact with Mexican exiles from the Revolution in Madrid and Paris, and conversations over the deteriorating situation in Mexico, in particular with his charismatic and dynamic friend, Martín Luis Guzmán, had much to do with Rivera's resurgent interest in his native land and in Mexican Revolutionary iconography... The Portrait of Martín Luis Guzmán was painted in the artist's Parisian studio in sessions where the conversation flowed between abstruse Cubist theories and Mexican political activity. Rivera posed the future chronicler of Pancho Villa in a "Zacatecan sarape" and sat him on his own large Mexican equipal. (99-100)

Aparte de ayudar a determinar lo que sería la ideología política de uno de los artistas comprometidos más importantes del siglo XX mexicano, esta anécdota sirve para recalcar el compromiso del propio Guzmán desde el exilio con la Revolución en sí como proceso histórico. A diferencia de Alfonso Reyes, quien daría la espalda a la política, Guzmán no solo no se consideraba en calidad de exiliado como víctima de la violencia

revolucionaria, sino que seguía considerándose un patriota mexicano, quien se interesaba por los acontecimientos del día. El exilio no afectó, pues, su propio nivel de compromiso con México, su identidad, y su futuro.

Su primer libro, una colección de ensayos titulada La querrela de México, fue publicado ese mismo año (Perea, “Luis Guzmán” 10). Aunque en términos sociológicos no haya aportado nada novedoso al estudio de los problemas que aquejaban México, tan de moda en aquellos años, es importantísima La querrela para llegar a comprender obras posteriores como El águila y la serpiente. Aquí, igual que en aquella viñeta describiéndolo como el mentor ideológico de Diego Rivera, vemos a un autor cuya crítica no se reduce, como en tantos otros casos, a un hondo pesimismo acerca de México como un país sin remedio, plagado por males de origen que derivan desde la colonia, como sería el caso de Los grandes problemas nacionales de Andrés Molina Enríquez (1909). Agrega además un elemento que difícilmente se encuentra entre otros autores de la época: una crítica acérrima de la clase criolla, es decir, la autocrítica. Dice Arturo Delgado González acerca del ensayo “Barro y oro”:

El consideraba [...] que México había propendido siempre a solucionar sus problemas inspirado en conceptos extranjerizantes, sin tomar en cuenta la posibilidad de una idea nacional a la cual amoldar las teorías foráneas. Estos influjos, aparecieron en la mente de los mexicanos como modelos a seguir y no como complementos a su personalidad, de donde resultó que México careciera de autonomía intelectual. Casi nadie se había detenido a pensar en la realidad social mexicana. ‘Por estar acostumbrados al brillo e interés de los aspectos últimos del pensamiento europeo –decía Martín

Luis Guzmán—, no buscamos tener vida intelectual auténtica ni en lo que arranca del corazón mismo de los problemas sociales mexicanos’. (53)

En esta aproximación ensayística de Guzmán, encontramos una crítica *avant la lettre* de lo que después se llamaría el “malinchismo” de los intelectuales mexicanos. Este término, acuñado por Salazar Mallén y consolidado por Octavio Paz en El laberinto de la soledad (1950), se refiere a la tendencia de dar preferencia a lo extranjero a la hora de tratar la problemática nacional. En esto se distingue marcadamente de, por ejemplo, José Vasconcelos, quien privilegiaba la cultura hispana sobre la indígena en La tormenta sin reparar en sus posibles defectos.¹⁷

Sin duda, a estas alturas, ya se estaba conformando el aspecto autocrítico de Martín Luis Guzmán, tan importante para nuestra interpretación de El águila y la serpiente. Lejos de dedicarse a pregonar que el lastre que sufre México es su población indígena, o sentir ultraje como víctima de un exilio provocado por la barbarie y la violencia, Guzmán abre fuego contra su propia clase.

Dice en el prólogo de La querrela, por ejemplo, que el problema esencial de México no es la tenencia de la tierra:

Las fuentes del mal están en otra parte: están en los espíritus, de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse en la obra educativa.

(Obras Completas, I, 10)

¹⁷ Por ejemplo, escribe Vasconcelos acerca de Zapata: “De Zapata se llegó a inventar tanto que, antes de la revolución rusa, el mito internacional socialista era el de Zapata Land. Un reino semiindígena en que la tierra era de todos y la autoridad de uno solo, a estilo despotismo incaico o azteca. Una zona mexicana que pronto ya no hablaría español porque el general Zapata iba a imponer el nativo otomí. En vano tratábamos de negar, desprestigiar estas consejas. Ellas corrían, como parte del plan viejo, el plan de la destrucción de lo hispánico y lo criollo para mejor dominio de lo que sin lo español sería México: una colección de tribus incapaces de gobierno propio” (74).

Después de tachar a la clase criolla por ser *dilettanti*, recomendó trabajar el barro de México como tal, y no ilusoriamente como si fuera oro. Con esta metáfora, Guzmán está aclarando que México ya no debe ser tratada como si fuera una mina de oro, una fuente de materia prima que sirve únicamente para ser explotada desde la hegemonía europea. Sugiere que el barro, que carece de valor en sí, es un elemento mucho más útil a partir del cual moldear una identidad nacional.

Dedica un capítulo a “La inconsciencia moral del indígena”, en que efectivamente peca de ver al indio como pasivo, como paisaje. Pero también reflexiona: “El día en que las clases criolla y mestiza, socialmente determinadoras, resuelvan arrancarlo de allí, él se desprenderá fácilmente y se dejará llevar hasta donde empiecen a servirle sus propias alas” (Obras completas, 15). Lo cual, ciertamente, es paternalista; pero dista de lamentarse que por culpa de los indígenas, el país jamás podrá avanzar, lo cual resume lo que luego sería la posición de Francisco Bulnes en Los grandes problemas de México, o del propio José Vasconcelos en La tormenta. Esta sería una posición que critica duramente en “Bovarismo y crimen”, dentro del mismo libro.

En contraste, “La inmoralidad del criollo” comienza hablando sobre “El mal de origen” como producto criollo, no indígena. Sobre la Independencia, afirma: “El grupo de la sociedad mexicana que se creó entusiasmado por la idea de libertad pertenecía a la clase opresora y no a la clase oprimida de la Nueva España; no era el material más a propósito para inflamarse al contacto de las nuevas ideas francesas” (Obras completas, Tomo I, 16). Sobre el porfiriato y la generación de su padre, es tajante:

Piénsese en toda la clase dirigente de entonces, en los jóvenes de veinte años del 70, en los intelectuales maduros de 1890, en los venerables

sesentones que recalentaron sus carnes al sol del Centenario. Todos éstos, herederos directos de la obra informe, pero generosa, de los reformadores —las excepciones, algunas de ellas preclaras, no cambian el cuadro—, ¿qué hicieron por su patria? ¿Dónde está el acto o la palabra que los vincula con sus antepasados? ¿Qué esfuerzo hicieron ellos para acabar con la abyección política nacional, con la ruindad política y la mentira política nacionales, con la injusticia nacional, con la profunda, profundísima inmoralidad política mexicana? (Obras completas, Tomo I, 17)

Dictamina Guzmán en “Bovarismo y crimen”:

Sólo sin ojos ni memoria puede decirse que todos los mexicanos somos hábiles para las prácticas de la democracia; salta a la vista que los indígenas no tienen las cualidades menores que requiere el funcionamiento orgánico de un Estado democrático; salta a la vista de cualquiera que esté medianamente enterado de las cosas de México, que si el indio no tiene esas cualidades, menos aún que el indio las tiene el criollo. (Obras completas, Tomo I, 19)

Hemos aquí un variante del liberalismo que se me antoja nuevo en el pensamiento mexicano, que generalmente se compadecía con la carga del criollo, como si fuera un huérfano político y cultural que continuaba lo mejor que podía el difícil mando que había heredado (un fenómeno apologista que se asemeja a lo que en inglés se conoce como “*the white man’s burden*”, por el poema de Rudyard Kipling) en lugar de criticar su papel directo en la opresión del pueblo indígena. No encuentro antecedentes para esta posición autocrítica entre los autores decimonónicos que sostenían “el sueño criollo” de una

grandeza mexicana dentro de un marco de desengaño político y social (véase sobre esta vertiente el ensayo de Pablo Mora, “El sueño criollo”). Tampoco entre los “científicos” positivistas que fundaron la Escuela Nacional Preparatoria y que traicionaron las ideales liberales de la Reforma, entregando el país a intereses extranjeros. El entusiasmo de Guzmán por la educación como una solución, su esfuerzo sincero por encontrar una identidad nacional que fuera basada en la tradición y su interés en la figura del mestizo como exponente de lo mexicano sin duda se heredan de Justo Sierra, una figura de transición entre la oligarquía de los científicos y los ateneístas, que combatía la ignorancia y “pensaba que la conducta personal debía tener como guía ideológica la responsabilidad nacional” (23), algo que nota Arturo Delgado González en su tesis titulada Martín Luis Guzmán y su sentido de la mexicanidad.

Delgado también observa que antes de que se publicara El perfil del hombre y la cultura en México de Samuel Ramos en 1934, libro que generalmente se identifica como el primero en analizar lo mexicano profundamente, además del libro de Guzmán, había estudios publicados por Antonio Caso, Ezequiel A. Chávez, Manuel Gamio, Julio Guerrero, Andrés Molina Enríquez, Moisés Sáenz, Félix Palavicini y Carlos Trejo Lerdo de Tejada. Uno de los temas fundamentales de estos libros fue lo inadecuado que habían resultado modelos de Europa o Estados Unidos para definir y solucionar los problemas mexicanos. Pero Guzmán es el primero en no aceptar “que el criollo haya cumplido su papel histórico en la dirección política y social del país” y de adoptar una postura acusatoria hacia su propia clase social (Delgado, Martín Luis Guzmán y su sentido de la mexicanidad, 51-52). Esta implacable autocrítica, sin menoscabo de una entusiasta

mexicanidad que mira hacia el futuro, es una de las contribuciones originales de Martín Luis Guzmán.

Sobre las causas de la Revolución de 1910, Guzmán coincide con lo que luego postularía Knight y con su propia biografía, en el sentido de que eran más políticas que sociales, desde su perspectiva:

La veleidad de los criollos –movidada por el despecho, por el odio, por el dinero, y por el afán de hablilla cruel y despiadada con que se alimenta la ociosa maldad de los perversos y los cobardes—inmoló a Madero, ídolo de la víspera, y con él la mejor oportunidad de México, para júbilo de los reaccionarios y a beneficio de los políticos ambiciosos y los militares sin honor. Victoriano Huerta fue el premio.

Así entendemos los criollos de democracia; así, o como la entendían los diputados de la paz porfiriana: infamia en un caso, ceguera en el otro, crimen en los dos. (Obras completas, Tomo I, 20)

Se impacienta con “el teorema criollo de ser la ignorancia pavorosa de los indígenas el obstáculo principal para la felicidad de México” (Obras completas, Tomo I, 22). Señala que el “viejo problema de la educación y la regeneración del criollo” son “infinitamente más necesarias que la educación y la regeneración de los indios” (24). Pero a pesar de ser un crítico muy duro de su propia clase, Guzmán también propone. La solución para México, según él, sería la educación. Curiosamente, la reforma educativa sería la labor que se le encomendaría a Vasconcelos, precisamente, dentro de pocos años.

De regreso en Nueva York desde marzo de 1916 en el buque *Spagne*, Guzmán colaboró con la revista carrancista El Gráfico¹⁸ —algo extraño, tomando en cuenta que fue Carranza quien lo encarceló cuando era revolucionario— y fundó la Revista Universal. Es en El gráfico que publica una reseña sobre Alfonso Reyes y también, en marzo de 1918, su trabajo “Mi amigo de la credulidad”, sobre su máquina de escribir *Remington*.

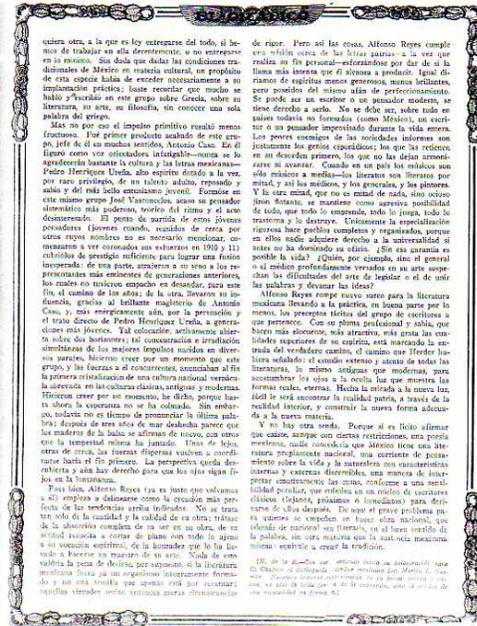
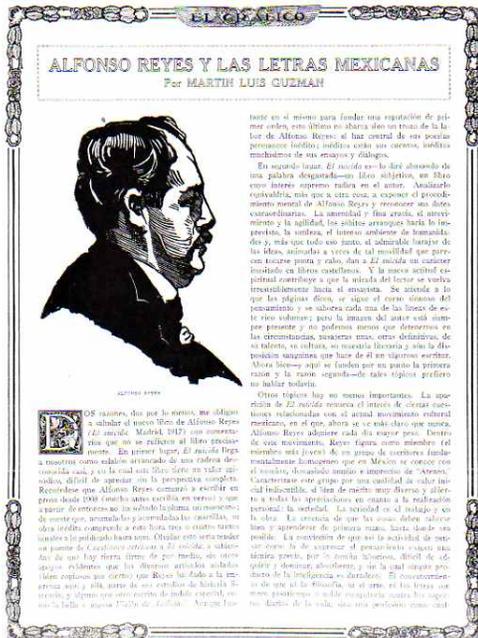


Ilustración 3.— Martín Luis Guzmán, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, El gráfico (Octubre 1917) 69.

¹⁸ Esta publicación, un posible antecedente de Tiempo, destacaba noticias de índole cultural, social y político no solo de México, sino de todo el mundo. El Director Gerente fundador, Francisco Pendas, la define como una publicación apolítica, panamericana, hija espiritual del fundador, Joseph Brnays, quien murió de tuberculosis antes de que apareciera el primer número. El nombre de Martín Luis Guzmán no figura en la lista de escritores y poetas colaboradores. En esta lista inicial, que se va atrofiando con el tiempo —igual que el contenido de la revista— sí están en cambio Antonio Caso, Max y Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Palma, la Condesa de Pardo Bazán, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Leopoldo Lugnes, Antonio y Manuel Machado, Amado Nervo, José Juan Tablada, etcétera. Martín Luis Guzmán aparece por primera vez con el ensayo “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, publicado en octubre de 1917 por Director Gerente M. Ordorica. La nota de la Redacción dice: “Con este artículo inicia su colaboración para EL GRÁFICO el distinguido escritor mexicano Lic. Martín L. Guzmán. Nuestros lectores encontrarán en su prosa, serena y castiza, no sólo la bella forma de la expresión, sino la solidez de una mentalidad ya formada”. (359)

En este último número está Federico de Onis, “El espectador”, cuya esposa Harriet de Onis traduciría años después El águila y la serpiente al inglés en 1930. Dice que este ensayo pertenece a un libro inédito titulado: *El Derecho de Enloquecer* (492.) Algunos biógrafos afirman que también enseñó en la Universidad de Minnesota (no la de Illinois, como señala erróneamente Lorente Medina) durante una temporada gracias a la influencia de Pedro Henríquez Ureña, quien era maestro allí. Pero según mi correspondencia con Karen Klinkenberg, quien trabaja en los archivos de esa Universidad, los registros del Consejo de Regentes fechados el 24 de octubre de 1916 confirman que fue contratado Martín Luis Guzmán como profesor de lenguas romances para el año académico de 1916 a 1917. Los mismos registros, fechados el 8 de noviembre, confirman que renunció tal puesto el 31 de octubre de 1916. Se queda en Nueva York, donde tuviera lugar el fugaz amorío con Elena Arizmendi que le ganaría una enemistad con José Vasconcelos que las diferencias políticas ampliarían, sellando el destino de Guzmán como figura *non grata* en la revolución cultural encabezada por éste pocos años después.

Desesperado por la falta de dinero, tomó la decisión Guzmán de intentar sostener sus aspiraciones literarias con éxitos empresariales, como por ejemplo la venta del henequén, lo cual inspiró una oleada de viajes de negocios por varias ciudades de los Estados Unidos. Pero igual que el ejercicio de sus encomiendas revolucionarias, en últimas instancias, esta iniciativa resultó ser un fracaso. Al fin y al cabo, se vio obligado por sus circunstancias financieras a huir de su propio autoexilio y volver a la patria, probando su suerte con Carranza, quien ya lo había encarcelado una vez.

El golpe delahuertista

En 1919, Guzmán regresó a México y entró a El Heraldo de México¹⁹ como jefe de editorialistas. Allí publicó artículos que recuerdan sus ideas de La querrela, como por ejemplo el artículo “Nuestro mensaje a los revolucionarios”, al que atribuye Lorente Medina (“Introducción”, 31) la idea de formar un partido político bajo los preceptos totalizadores que luego se adoptarían a través del PRI:

Nosotros hemos propugnado la unión revolucionaria por tres motivos: primero, porque siendo uno el partido de la Revolución, las elecciones quebrarían su esencia y su sentido nacional y se les hiciera en vista de varios grupos, varios programas parciales y varios candidatos; segundo, porque sólo la Revolución entera es capaz de pensar, sentir y defender el programa reestructivo e innovador que México necesita, y, tercero, porque sólo en unas elecciones de principios —no de grupo, ni de personas, ni de intereses privados, ni de pasiones— participará el país en grado suficiente para que la paz no sufra ni la ley se viole. (Obras completas, I, 165)

Encontramos aquí una expresión del anhelo de Guzmán, sin duda compartido por muchos mexicanos, de volver a la estabilidad política después de casi una década de luchas entre distintas facciones revolucionarias. No se imaginaban en aquel momento que con la consolidación de un partido revolucionario, se privilegiaría el poder, y no los principios.

¹⁹ Periódico dirigido por el General Salvador Alvarado, quien había tratado de imponer el socialismo en Yucatán, México.

Durante la repentina inestabilidad política que terminaría en la sublevación de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, y Adolfo de la Huerta, culminando con la muerte de Carranza, Guzmán se escapó nuevamente con su familia rumbo a San Diego, acompañando al general Iturbe. En cuanto se calmaron las aguas, volvió a México para reintegrarse a El Herald y trabajar una vez más bajo Alberto J. Pani, el mismo amigo para quien había trabajado antes y durante la Revolución, en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Dos años después, fue elegido diputado. (Lorente Medina, “Introducción”, 34). Como a lo largo de toda su vida, logró entrar simultáneamente a los rubros de la política y el periodismo —el de la literatura todavía se estaba incubando lentamente. Pero fue hasta que fundó el diario El Mundo en 1922, que el periodismo cobraría un papel central no solo en su vida, sino en la del país.

Fernando Curiel ofrece un panorama de los hechos polémicos asociados con El Mundo en su libro titulado La querrela de Martín Luis Guzmán (1987). A la vez que dirigía el nuevo periódico, Guzmán era diputado en el Congreso en representación del Partido Cooperativista. Adolfo de la Huerta, a quien había conocido durante los primeros años de la Revolución, era en aquel entonces Secretario de Hacienda. El subsecretario era Pani, el jefe de Guzmán.

Según las Memorias de Adolfo de la Huerta, publicadas en el periódico Excélsior desde 1930, éste ve en el periódico de Guzmán el 22 de septiembre de 1923 un encabezado diciendo que había presentado su renuncia ante el presidente Álvaro Obregón. De hecho fue así, pero había también acordado con Obregón a puerta cerrada la suspensión de ésta. Haciendo memoria, recuerda De la Huerta que Martín Luis Guzmán había venido a visitarlo donde vivía, en la Casa del Lago, aquella noche y que

seguramente había visto una copia de la renuncia sobre su escritorio mientras esperaba para hablar con él. De acuerdo con esto, Guzmán no había podido evitar el impulso de dar un periodicozo. Los resultados fueron desastrosos: “El Presidente creyó que De la Huerta había faltado a su palabra; éste que Obregón entregó la renuncia a la prensa. Furioso, el Presidente dio instrucciones a Pani, para que presentara, a su ex secretario, a la opinión pública, como un despilfarrador; muerte política a la que seguiría la otra” (Curiel, La querella, 156).

Cuando salieron las Memorias delahuertianas años después, Martín Luis Guzmán, de vuelta en México, dio otra versión de aquellos hechos —que culminaron en una sangrienta y fallida rebelión contra el gobierno de Obregón durante la cual se sublevó la mayor parte del ejército, en la cual murieron muchos de los principales generales de la revolución, dejando a De la Huerta exiliado en Estados Unidos y abriendo el camino para Plutarco Elías Calles— en una serie de artículos titulados “Cómo y por qué renunció Adolfo de la Huerta”. En estas colaboraciones que aparecieron en su revista Tiempo, insistió que el “periodicozo” había sido idea del propio De la Huerta, candidato predilecto del Partido Cooperativista, dada la negativa de Obregón de llevar a cabo una reforma electoral. Según Guzmán, De la Huerta le enseñó una copia de la renuncia antes de entregársela a Obregón y después le hizo llegar otra por medio del General José Domingo Ramírez Garrido, quien la entregó el 25 de septiembre en las oficinas de El Mundo.

A fin de cuentas, resulta imposible saber con certidumbre cuál de las dos versiones es la verdadera. En cualquier caso, Guzmán sufriría los efectos de esta “grilla” o maniobra periodística-política. Según Lorente Medina, el desenlace fue así:

Unos días antes de la insurrección armada se le hace saber, a través de Pani, que su vida está en peligro. El 25 de noviembre llega a un acuerdo con el gobierno, por el que alquila a éste sus medios de comunicación, y prepara su marcha de México, que ocurre el mismo día del levantamiento armado. Al día siguiente (5 de diciembre) cruza la frontera estadounidense, en dirección a Nueva York. Por espacio de dos meses su situación económica es bastante holgada, entre el dinero que recibe del gobierno mexicano y sus colaboraciones en la prensa estadounidense. E ignorante de la campaña que se está desatando en México contra él, decide viajar a Europa. En Italia le alcanzan las represalias gubernamentales: se le acusa de faltar al compromiso empeñado y de haber viajado a Italia para conseguir armas en favor de De la Huerta. Se le confiscan sus bienes en la ciudad de México y antes de salir del país transalpino (febrero de 1924) se le retira el pasaporte diplomático, a pesar de sus cartas de protesta. Ya sin inmunidad diplomática, regresa a Nueva York, donde permanece por unos meses, hasta que decide embarcarse hacia España. (“Introducción”, 35-36)

Una vez más, Guzmán se había visto obligado a escaparse en vísperas de una batalla condenada al fracaso que él mismo ayudó a desatar. Mas sus conspiraciones fallidas no dejaban de tener sus consecuencias. Le tocó empezar desde cero y con las naves quemadas de nuevo. Así se inicia su segundo y más largo exilio, que duraría hasta 1936.

Para algunos, Guzmán había apoyado De la Huerta hasta el fin; para otros, lo había abandonado, tal y como hicieron todos los demás, en su hora más difícil. Más allá de la polémica que lo sitúa como defensor o traidor de la causa delahuertista, Guzmán

como figura periodística y política salió quemado por los sucesos. No era aún una figura literaria, dado que lo opacaban por completo otros ateneístas como Vasconcelos o Reyes. Para Fernando Curiel, esta derrota lo motivó a entrar al mundo de las letras a los 38 años de edad (La querrela, 155) —aunque no se debe olvidar que Guzmán siguió siendo muy activo como político y periodista durante su estancia en España. En la misma vena, tampoco se puede ignorar el hecho de que sus obras literarias lo deben todo a esos otros dos ápices del triángulo de sus oficios. Ligando de otra forma la prosa de Guzmán con su experiencia profesional, postula Carlos Javier González de la Mora que la novela política de Guzmán La sombra del caudillo (1929), claramente basada en la rebelión delahuertista, por un lado, y la lucha antireeleccionista del General Francisco R. Serrano, por otro, “es un ensayo sobre cómo una perspectiva periodística puede enfrentar a una historia oficial y decir la verdad a través de la ficción” (86-87). Matizaríamos que en todo caso, La sombra del caudillo sería otra versión en que el destino trágico, no los actos moralmente cuestionables de los personajes, ofrece una explicación alternativa, inventada, de lo ocurrido.

Segundo exilio

Al llegar a Madrid en 1925 con su esposa y sus hijos, le costó a Guzmán incorporarse a la prensa local y siguió colaborando con algunos periódicos de México. En agosto de 1926, se fue a París, donde vivió durante una temporada que luego describiría en Crónicas de mi destierro (1964). De vuelta en Madrid en abril de 1927, sin que pudiera haber sabido

que no será definitivo su exilio, Guzmán otra vez formó parte de la generación perdida conocida como “El México de Afuera” de la tertulia del Café Regina, encabezada por Manuel Azaña (un político y escritor que luego sería el presidente de la Segunda República española,) la cual reunió a varios miembros del Ateneo de la Juventud con el Ateneo de Madrid. Según Andrés Iduarte, durante su estancia en Velázquez #27, barrio de Salamanca,²⁰ pasó de la periferia de un Ateneo a la del otro; aunque tal y como he establecido antes que amerita considerarse como miembro del primero, más adelante veremos como Guzmán tampoco resultó ser tan marginal en el segundo.

Es durante esta segunda estancia en Madrid que Guzmán comienza a ejercer más plenamente sus tres campos definitorios —periodismo, política, y literatura—, manteniendo mal que bien los tres platos en el aire hasta la llegada de la Guerra Civil Española. Durante estos años, Guzmán escribió y publicó numerosos libros, incluyendo sus dos obras maestras: El águila y la serpiente (1928), que apareció primero por capítulos —sujetos a la censura— en el periódico mexicano El Universal, y La sombra del caudillo (1929). En una entrevista con Emmanuel Carballo, Guzmán cuenta las consecuencias que tuvo esta novela en su producción literaria posterior:

Cuando llegaron a México los primeros ejemplares de La sombra del caudillo, el general Calles se puso frenético y quiso dar la orden de que la novela no circulara en nuestro país. Genaro Estrada intervino inmediatamente —intervino por propia iniciativa— e hizo ver al Jefe máximo de la Revolución que aquello era una atrocidad y un error. Lo primero, por cuanto significaba contra las libertades constitucionales y lo

²⁰ Ésta es una muy buena dirección que significaba un alto nivel de ingresos. La casa fue quemada después por los franquistas y lamentablemente, se perdieron muchos de los papeles y archivos de Guzmán.

segundo, porque prohibida la novela circularía más. El gobierno y los representantes de Espasa-Calpe —editorial que publicó la obra—, a quienes se amenazó con cerrarles su agencia en México, llegaron a una transacción: no se expulsaría del país a los representantes de la editorial española, pero Espasa-Calpe se comprometía a no publicar, en lo sucesivo, ningún libro mío cuyo asunto fuera posterior a 1910. (“Diálogo con Martín Luis Guzmán”, 238)

Una vez más, vemos cómo eran interdependientes los tres oficios de Guzmán: en este caso, su literatura, que debía todo a sus intereses periodísticos y políticos, se vio directamente comprometida por ellos. En lo que debemos considerar como uno de los momentos más cruciales de su vida como autor, Guzmán decidió atenerse a esta censura impuesta desde el más alto círculo del poder en México. Es por eso que luego se dedicó a escribir libros sobre figuras históricas que figuraban no en la Revolución de 1910, sino en la Independencia de 1810, tales como Javier Mina, héroe de España y México, o una biografía inconclusa sobre Fray Servando Teresa de Mier para una colección de la misma editorial titulada “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX”, dirigida por Ortega y Gasset (Perea, “Luis Guzmán”, 7). Mientras tanto, El águila y la serpiente se volvió un *best-seller*, convirtiéndolo en el novelista mexicano que más éxito había tenido en España hasta esa fecha. (Iduarte, 81).²¹

En el campo periodístico, sus actividades nuevamente se ligaban estrechamente a órganos políticos de las más altas esferas de la nación: “Surgido prácticamente de la

²¹ Iduarte señala que en una reseña, Ramón del Valle Inclán recomienda a El águila y la serpiente “porque enseña el desprecio de la vida y la obligación de ponerla en riesgo frente a las tiranías” (82). También para Iduarte fue esta obra la que motivó a varios guerrilleros españoles de años posteriores a luchar bajo el nombre de Pancho Villa durante la Guerra Civil.

nada, la vinculación principal de M. L. Guzmán con el gobierno de la República viene dada por su trabajo al cubrir las necesidades de la prensa al servicio de la corriente ideológica representada por Manuel Azaña. . ." (Velasco Moreno, 29). Comenzó colaborando como uno de los redactores de cultura del diario católico El debate: un foro mediático bastante curioso para un autor cuya postura religiosa constante había sido una no de agnosticismo, sino de franco ateísmo. Recordemos la opinión expresada en La querrela de México sobre "el decaimiento del espíritu criollo, desmoralizado y embrutecido por la Iglesia católica" (Obras completas, I, 23). El tema de México surgía con bastante frecuencia en las cabezas de este periódico, debido a que en estos años (de 1926 a 1929) se peleaba allí la Guerra Cristera, un conflicto regional y predominantemente rural entre las fuerzas del gobierno, encabezado por Plutarco Elías Calles, y milicias dirigidas por sacerdotes.

Su anticlericalismo es, de hecho, de las pocas constantes ideológicas que se mantienen a lo largo de la vida de Guzmán, quien décadas después en 1950 encabezaría en la Academia Mexicana una exitosa polémica en contra del uso de ropas talares en ese recinto. Dice Perea sobre esta incursión periodística en España del que, por su pasado revolucionario, ameritó el apodo "El Generalito"²²:

Aunque Guzmán trabajó dentro del mismo diario, en un escritorio dispuesto expresamente para él en el Archivo, su presencia real en las páginas sería más bien velada. De hecho, en esos años difíciles en la vida de "El Debate", cerrado un par de meses a principios de 1932, coincidiendo la medida con un decreto del gobierno de Manuel Azaña que

²² Ofrezco aquí la teoría de que "Generalito" podría haber sido también una referencia al personaje picaresco interpretado por Buster Keaton en The General (1926).

disolvía la Compañía de Jesús –conflicto que, junto con la frustrada reforma agraria, propiciaría la sublevación del 10 de agosto y el cierre masivo de diarios-solo aparecen dos artículos firmados por él y dedicados a explicar al lector español el fenómeno del Niño Fidencio—personaje que se esfumaría, según la información del periódico, solo unos cuantos días después y sin haber realizado las curaciones milagrosas prometidas. (12-13)

Según Perea, en las páginas de El Debate también aparecían fragmentos poco católicos sobre la piratería y la conspiración política que luego aparecerían en Javier Mina, héroe de España y de México (1932) y Filadelfia, paraíso de conspiradores (1933) y también en Piratas y corsarios (Obras completas, 1961).

Mi propia investigación revela que los datos sobre los “Prodigios del ‘Niño Fidencio’” publicados el Domingo 1 de abril de 1928 aparecían en una columna llamada “Apuntes sobre Méjico”. Allí mismo aparecen notas en días posteriores asociadas con la Guerra Cristera, sobre los detenidos por decir misa en “México” (Jueves 3 de abril de 1928), o “En Méjico van fusilados cincuenta sacerdotes” (primera plana, 11 de abril de 1928) o “Más católicos detenidos en Méjico” (primera plana, viernes 12 de abril de 1928) junto con grandes imágenes de Santos, Vírgenes, Cristos, y extensa información sobre el santoral y los cultos.

Además, Guzmán ya colaboraba con La Luz y Ahora llegó a ser gerente de El Sol y La Voz, “los más importantes diarios de Madrid tanto por ser los órganos del régimen como por la alteza literaria de sus páginas” (Iduarte, 78). Fue él quien entró el 13 de abril de 1931 a la Granja del Henar para informar a los miembros de las tertulias de Valle-

Inclán y de Ortega y Gasset sobre el resultado de las votaciones y el comienzo de la II República Española (Perea, “Luis Guzmán”, 23). Había entrado al círculo íntimo del Presidente de la Segunda República, Manuel Azaña, como recompensa por haberlo amparado en su casa durante los últimos días de la monarquía (Curiel, “Vivir en Madrid”, 267-268).

De hecho, fue idea de Guzmán consolidar El Sol, La Voz, y La Luz, con el apoyo del empresario catalán Luis Miquel, ostensiblemente para que la prensa republicana fuera por primera vez lucrativa y comunicara más eficazmente la agenda nacional. Según consta en los Diarios del Presidente Azaña, eso fue el 4 de septiembre, 1932:

Cuando Guzmán me dio a conocer los planes de Miquel, yo dije que me parecía deseable para la República que la empresa de unos periódico importantes pasase de manos monárquicas... a manos republicanas; que la República tiene poca prensa todavía, y era conveniente asegurarla más. Eso ha sido todo. Guzmán es el que lleva estos asuntos como idea e interés personalísimos suyos, y hace tiempo que habla de ello con Aznar, Miquel y otros.

Cuando en los planes de Guzmán —de los que me he burlado amistosamente alguna vez, tachándolos de quiméricos— ha aparecido el señor Miquel, me he permitido decir que se aseguren bien de quién sea el tal señor y de sus propósitos, porque nadie le conoce más que como condueño de Ahora y marido de una señora aristócrata y adinerada. Guzmán me dijo: “A Miquel no le importa la política; es hombre de negocios y quiere adquirir periódicos para anunciar sus empresas”. (57)

Este y otros pasajes revelan el nivel de confianza que había entre Guzmán y Azaña —son múltiples las referencias a visitas nocturnas y conversaciones que duran hasta la una o dos de la mañana— y su importancia en manejar lo que entonces era conocido no peyorativamente como propaganda, y ahora como relaciones públicas o *spin*. A fin de cuentas, se otorgó la gerencia de El Sol y La Voz a Guzmán en reconocimiento al papel que tuvo en su transformación. Recibió durante esta breve temporada un sueldo de 5,000 pesetas mensuales, según Perea una cantidad “realmente significativa para ese tiempo” (“Luis Guzmán”, 25). También hubo roces con el peligro durante este periodo. Según anota Azaña en sus Diarios el 24 de diciembre de 1932: “Unos sicarios del partido radical han aporreado a un señor, confundiéndolo con Guzmán, gerente del Sol y La Voz. El enojo de los radicales proviene de un artículo publicado en La Voz” (110).

La empresa siguió perdiendo dinero y fue necesario elevar el precio de los periódicos —contra los deseos expresos de Azaña. Escribe en sus Diarios el 15 de enero de 1933: “Sentiré que ocurra un catástrofe, porque los republicanos nos quedaríamos sin periódicos. Y lo sentiré también por Guzmán, y un poco por Miquel.” (138) Su dictamen sobre lo que ha pasado con El Sol para el 12 de junio es lapidario. Después de una larga defensa de la libertad de expresión y de que El Sol no está para tomar dictado, nota:

Guzmán y Amós se quejan —no delante de mí— de que no les digo nada. El caso es que por falta de tino, de habilidad, de conocimientos políticos, y, en fin, de talento, han llegado a una situación rara: aseguran que no se atreven a escribir lo que se les ocurre, para no *comprometerme a mí ni al Gobierno*, porque todo lo que aparece en El Sol me lo achacan; ¡y hasta

hay quien cree que yo escribo los artículos! Pero esa situación la han creado ellos mismos. (363)

El desenlace fue fatal en términos empresariales:

Como colofón de esta desafortunada intervención de Martín Guzmán en lo que hubiera podido representar el mejor apoyo al gobierno de la II República Española, a él le tocó informar a Manuel Azaña de un último y desesperado coqueteo de Miquel con el gran capital. Y fue este el ofrecimiento al industrial mallorquín Juan March, encarcelado por el gobierno republicano, de sus periódicos y, con la compra de éstos, la salida de prisión gracias a las supuestas influencias detrás del “trust”. (Perea, “Luis Guzmán”, 28)

Azaña rechazó la espuria oferta, concluyendo que los periódicos que no le habían servido tampoco tenían por qué terminar por hundirlo. Su descripción de la visita de Guzmán para plantearle la cuestión en sus Diarios es elocuente:

Guzmán estaba muy turbado cuando me refería todo eso, y se le enrojecía la cara. Esperaba tal vez una explosión iracunda de mi parte. Le he escuchado *sans broncher*, y he tenido el dominio suficiente para no alterarme ni dejar traslucir mi enojo y mi indignación. Una vez dominada la primera impresión, y aunque sentía apretárseme el corazón, como si mi propia mano lo oprimiera, me ha sido ya fácil mantener la frialdad, y acentuarla deliberadamente al verme tan dueño de ella. Se me pasado por las mientas la sospecha de que, en realidad, Guzmán venía a explorarme y a conocer mi disposición respecto de las intrigas de Miquel; inverosímil

parece la sospecha, tratándose de persona que me es tan adicta; que

Guzmán me perdone si lo he calumniado con mi sospecha. (Diarios, 381)

A fin de cuentas, incluso antes de que comenzara la Guerra Civil, había fracasado otra de las “aventuras periodísticas” con fuertes matices políticos de Guzmán (Velasco Moreno, 34-35). Lo cual, previsiblemente, iba a llevarlo a dejar el país.

Existen varias versiones sobre las causas del regreso de Guzmán —quien se encontraba en el proceso de tramitar su nacionalidad española— a México en vísperas de la invasión de Franco. El crítico Fernando Curiel, siempre malicioso, no deja de notar que las salidas internacionales de Guzmán corresponden con la caída inminente de las grandes figuras políticas a quienes apoyaba: Villa, De la Huerta, Azaña (Curiel, “Vivir en Madrid”, 268). Pero anota Lorente Medina que cuando estalló la Guerra Civil, su familia estaba de veraneo en el norte de España y se tuvo que refugiar en Francia, en donde los alcanza Guzmán para llevarlos de regreso a México (“Introducción”, 41). Fuera de toda especulación, la mayor razón para lo que terminó siendo su última huida era sin duda la invitación expresa que recibió del nuevo presidente Lázaro Cárdenas, quien no le guardaba ningún rencor. Esto, en marcado contraste con la actitud de su predecesor, Plutarco Elías Calles. Es incuestionable que, ya en México, Guzmán no pudo regresar más a España debido a su larga amistad con Azaña. Al entrar en Madrid, las fuerzas falangistas destruyeron todas sus pertenencias y le prendieron fuego a la casa que habitaba.

De regreso en México

Así terminó la primera etapa de la vida adulta de Guzmán, que fue dominada por los signos de la inestabilidad, el peligro inminente, el exilio, y una enorme productividad literaria, producida con la huella de su constante fuga biográfica.

Para cuando llega a la madurez, Guzmán había sido ya revolucionario mexicano y republicano español. Con las naves quemadas una vez más, esta vez de manera irrevocable, se dedicó de inmediato a establecer una base editorial. De 1936 a 1938, mientras la Guerra Civil española se peleaba, escribió e inició la publicación de los cuatro tomos de las Memorias de Pancho Villa, obra faraónica que nuevamente representa un reto para la crítica en cuanto a la clasificación del género literario. El 7 de julio de 1939, en colaboración con el editor español exiliado Rafael Giménez Siles, y fundó una nueva empresa con el apoyo del ingeniero Pascual Gutiérrez Roldán, un conocido coleccionista de arte y uno de los mecenas de Diego Rivera, y Adolfo López Mateos, un abogado y político que de 1958 a 1964 sería el presidente de México. Vale la pena subrayar el nombre de esta iniciativa, Ediciones y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, S.A., el cual denota un interés sugerente en mantener contacto con la República española en el exilio y a la vez crear un imperio transatlántico de los libros:

Ya como personaje polémico y con nuevo peso dentro de la política mexicana moderna, Guzmán seguirá vinculado a la parte escindida de la España entonces en el exilio a través de Díez Canedo, Rivas Chérif —cuñado de Azaña—, Indalecio Prieto, el coronel José Miaja —defensor de Madrid— y primordialmente Rafael Giménez Siles, con quien fundará la empresa editorial y librería EDIAPSA, iniciadora de las Librerías de

Cristal, así como Empresas Editoriales, S.A., y Compañía General de Ediciones, S.A., piezas clave, como la revista Tiempo, de esa revitalización editorial de México que tantas veces se la ha adjudicado en exclusiva al exilio español. (Perea, “Prólogo”, 14)

Otros críticos coinciden en señalar la participación de Guzmán primero como director de la revista literaria Romance (1940-1941) y luego como fundador de la revista Tiempo, siempre con el apoyo financiero de EDIAPSA, como signo de la perduración de su identidad con la República: “En su revista Tiempo, fundada en 1942, ha mantenido una fidelidad ardiente y eficaz para la causa del pueblo español en todas las caídas y resurrecciones de su largo calvario” (Iduarte, 93).

En la fundación de EDIAPSA trabaja con republicanos de la talla de Rafael Giménez Siles, entre otros. No con ateneístas. Es una señal de que al regresar a México, clausurado el campo cultural dominado por Vasconcelos, probó Guzmán su suerte identificándose más con los republicanos exiliados de España en términos de establecer una base editorial y periodística. Su política también era afín, como se vería más adelante en su polémica con la Real Academia Española.

Antes de entrar al tema de esta última revista, vale la pena detenerse un momento en la fundación de Romance como un gesto emblemático de varios aspectos de la trayectoria periodística de Martín Luis Guzmán y como único ejemplo de una revista cultural dirigida por él. Se trata de una revista profusamente ilustrada, impresa en papel periódico, como un suplemento cultural, cuyo texto indaga de manera ecléctica en diversos temas culturales de diversas épocas. Aunque el énfasis está en la civilización europea y la producción artística de las Américas, no aparenta tener preferencia para

ningún periodo o país en particular. Cada número de la revista lleva como subtítulo una cita diferente bajo el encabezado Romance, el cual proviene de la obra de alguna pluma canónica: Nietzsche, Tolstoi, etc. Lo popular y lo culto se encuentran yuxtapuestos en las mismas páginas, formando entre Boticelli y Posada el efecto de un *collage* cultural. En cuanto a la política, ciertamente es notable la huella del antifascismo y del exilio republicano, pero dista de ser un tema central. La encuesta que aparece en las primeras páginas, comparando las respuestas de dos autores contemporáneos, pregunta entre otras cosas cuál es su secreto más íntimo, no cuál es su partido. Tal vez el ejemplo más ilustrativo es el hecho de que Romance prácticamente hace caso omiso de la Segunda Guerra Mundial. Es como si fuera una revista avestruz, una negación o evasión de los rigores de la actualidad.

Aunque parecería ser el vehículo ideal para establecer a Guzmán como el tipo de intelectual faro definido por Pierre Bordieu, Romance dura apenas dos años. La brevedad de esta publicación quincenal invita a la interpretación que haya sido otro de sus proyectos económicamente fallidos, otra iniciativa periodística truncada de la cual habría sacado Guzmán la conclusión de que un semanario general dedicado al presente tendría más éxito. Romance sería, por lo tanto, un preludio a Tiempo, revista a la cual se dedicaría el resto de su vida, digno de comparación y contraste.

Resulta interesante por lo tanto el prólogo para la publicación facsimilar de Romance escrito por Antonio Sánchez Barbudo, uno de sus dos fundadores originales. El otro era Leopoldo Varela, con quien había trabajado Sánchez Barbudo en la publicación republicana Hora de España durante la Guerra Civil. Según éste último, “Queríamos que fuera una revista popular, pero de buena calidad literaria. Una revista de gran difusión,

informativa, didáctica, variada, y con las mejores firmas. Queríamos que el intelectual se acercase al pueblo, y viceversa. Hacer una revista de ‘masas’, que a la vez fuese culta” (s/n). Esta revista de corte republicano-en-exilio se distribuía masivamente, con 50 mil ejemplares distribuidas por todas las librerías de América. Sánchez Barbudo se refiere a EDIAPSA, el socio financiero, como la nueva editorial de Rafael Giménez Siles, “un refugiado que había sido en España editor de libros comunistas o de tendencia izquierdista” (s/n). Cuando finalmente llega a hablar de Guzmán, es para expresar que el empeño de la empresa en imponer al “autor de novelas sobre la revolución mexicana” como director por encima del consejo editorial era lo que causó la ruptura final entre los dos fundadores y Giménez Siles. La descripción de su usurpación de la revista es impactante:

Le veíamos poco, aunque teníamos con él, al principio, una relación cordial. Luego empezó a hacerse más visible, y fuimos advirtiendo su hipocresía y sus maniobras, de acuerdo siempre con Giménez Siles. Comenzamos a llamarle entre nosotros, a ese Guzmán, “el malo”. Su papel en la empresa fue creciendo. En la librería de *Ediapsa* había un enorme cartel anunciando un reciente libro suyo, “El águila y la serpiente”; y todos estábamos convencidos entonces que Martín Luis Guzmán, cuyo nombre siempre aparecía asociado a esos dos animales, tenía en efecto bastante de ave de rapiña y de reptil. (s/n)

En esta introducción no se encuentra ningún reconocimiento del espíritu republicano de Guzmán o su papel periodístico durante el gobierno de Azaña; tampoco se habla de él como creador de Romance, aunque aparece al centro de las fotografías tomadas para

conmemorar el lanzamiento de la revista el 10 de febrero de 1940. Sánchez Barbudo, sin duda resentido por haber perdido el mando sobre la revista, parece desconocer por completo el papel de Guzmán como socio fundador de EDIAPSA. Sobre el por qué de la imposición de Guzmán como gerente y luego como director de la revista, Sánchez Barbudo fue devastador:

Estaban buscando, y consiguiendo, nuevo capital para agrandar el negocio editorial, y quizás la dirección de Guzmán, que era izquierdista pero nada “rojo”, muy de la revolución mexicana, era una condición de los nuevos accionistas. Probablemente también, respondiendo a ciertas quejas, querían da (sic) a la revista un carácter nacional, más puramente mexicano. Ellos sólo declaraban razones “económicas”; pero nosotros sospechábamos que lo que querían era usar libremente la revista, que había llegado a ser un vehículo importante de propaganda en toda Latinoamérica, para sus turbios fines políticos y económicos. (s/n)

Después de que fueron cerradas las puertas de las oficinas y la imprenta a Sánchez Barbudo y Varela, Guzmán sacó ocho números más, “medios números” según el fundador, antes de que naufragara definitivamente Romance. Sánchez Barbudo y Varela hicieron un escándalo en que recibieron el apoyo, cuando menos en primer instancia, de Xavier Villaurrutia y Octavio Paz, entre otros. Curiosamente, Xavier Villaurrutia es la única pluma de Romance, aparte de la de Martín Luis Guzmán, que aparece luego en la primera lista de redactores y colaboradores de Tiempo.

Tomando en cuenta que las revistas suelen ser un gran retrato que acompaña la trayectoria de los autores canónicos, como sería Vuelta en el caso de Octavio Paz, este

intento fallido de Guzmán de estar al mando de una revista literaria es muy significativo en términos de la recepción literaria del autor, particularmente tomando en cuenta su transformación en un proyecto únicamente periodístico, como veremos a continuación.

Fundación de la revista Tiempo

El proyecto de la anterior revista tal y como lo describió Sánchez Barbudo, en términos de unir alta cultura y difusión masiva, coincide prodigiosamente con el de Tiempo, tanto como la ambiciosa distribución panamericana. Para Guzmán, parecería que la transición entre una revista y otra ocurre sin mayores estorbos y representa un progreso, como si fuera la segunda el ave fénix que se alzara de las cenizas de la anterior, aprovechando de paso su infraestructura de imprenta y red de distribución. En sus cartas a Alfonso Reyes, el papel membretado en que Guzmán escribe pasa de una a otra oficina sin alusión al fracaso de Romance. Por otro lado, escribe con mucho entusiasmo sobre el lanzamiento de Tiempo el 25 de abril de 1942, haciendo alarde de “la gran noticia de las letras” (Guzmán y Reyes, 154). La introducción de la nueva revista dispone de una estrategia mercadotecnia avanzada de un editor experimentado. Ésta consiste en la distribución gratuita de un ejemplar muestra entre las figuras de poder provenientes de la triada política, periodística y literaria de México, y la recaudación de sus opiniones para ser impresas en el primer número oficial para venta al público. Alfonso Reyes, uno de los entrevistados, felicita a Guzmán, afirma tentativamente que le interesaría colaborar en ella, pero a la vez lo regaña por lo que percibe como una falta de tacto:

Gracias por el *Tiempo*. Me visitó un repórter pidiéndome una opinión. No creo sinceramente que a usted se la haya ocurrido encargar estas peticiones *avant la lettre*. Ni me parecen eficaces siquiera para propaganda de su revista. (Guzmán y Reyes, 154-155)

Cabe concluir que la crítica de Reyes va apuntada hacia lo que percibe como una modernización grosera en la promoción activa de la revista como un producto a la venta diseñado para rendir ganancias. Sin duda ésa fue la intención de Guzmán, siempre afán de pensar en grande: la inclusión de sus dos hijos en el plantel de colaboradores señala que Tiempo representaba para él nada menos que la fundación de una dinastía familiar.

Por otra parte, es curioso que la crítica no haya reparado hasta la fecha en lo que representa otra afrenta, esta vez a las moras culturales: el franco plagio por Guzmán de la revista estadounidense Time. Las dos publicaciones comparten el diseño general de la portada, en que aparece la cara de una figura importante enmarcada por el efecto visual de varios cuadros blancos superimpuestos. Durante la primera época, este retrato generalmente es de un militar activo en la Segunda Guerra Mundial. La tipografía se mimetiza hasta en el más mínimo detalle. Ésto incluye, por ejemplo, el pie de la ilustración de portada, que consta de tres renglones: el primero es el nombre del retratado en mayúsculas, seguido en el segundo renglón por una cita o *bullet* del artículo del interior de la revista que trata sobre el tema de actualidad en relación con este hombre. En el tercer renglón, con letra en cursivas de tamaño reducido, aparecen la página y/o el título del artículo entre paréntesis. La maqueta interior es casi idéntica; en las dos revistas se encuentra una fragmentación del contenido en más o menos las mismas secciones, como por ejemplo la de “Personas” que es tan característico de Time. La carencia de

firma en los artículos —una clara señal de la escuela de periodismo estadounidense, en que la noticia no tiene autor—; la publicación de cartas al editor al principio de la revista; los índices gráficos; los mapas de la guerra; los tamaños y la prevaecía de fotografías y anuncios ilustrados; hasta el nombre de la revista: todo a imagen y semejanza de Time, que llevaba ya más de 20 años en circulación y alcanzaba más de un millón de ejemplares vendidos a la semana. El parecido va mucho más allá de lo que se podría atribuir a un *imitatio* tradicional, especialmente en un siglo que privilegiaba tanto la originalidad.

Esta mimesis no se escapaba a la atención de “los lectores más exigentes que hay en México”, quienes habían recibido el ejemplar muestra y cuyos comentarios aparecen en el siguiente número de la revista. Entre los elogios a la inteligencia del texto, la inteligente ordenación de información, el plan general, la síntesis, la universalidad, la perfección técnica, etc. hay ciertas frases que saltan a la vista. El senador Alfonso Flores M. escribe, “. . .Creo que tendremos en México una revista de tanta importancia como la de Time de los Estados Unidos. ¡Ojalá!” El presidente del consejo del diario Excélsior: “. . . Por otra parte TIEMPO se parece mucho a Time. No sé que relación tenga una revista con la otra”. Responde la redacción escuetamente: “¡Ninguna!” El escritor y periodista Salvador Novo defiende esta estrategia extranjerizante con una referencia sutil al personaje Aguirre de La sombra del caudillo:

TIEMPO realiza en manos aptas un deseo que desde hace muchos años he acariciado como lector, y tratado de suscitar como escritor. El reproche de su parecido con Time es tan inconsciente como el que se le hiciera a un general mexicano que prefiriera viajar, expresarse, en un *Cadillac*, porque

hubiera reconocido la desventaja de hacerlo en burro. (Tiempo, 8 mayo 1942, 1-2)

Resulta casi cómico el descaro del pequeño cuadro que aparece con la siguiente rectificación en todos los números de la revista, al fondo de la columna en se especifican sus datos generales: “NOTA IMPORTANTE: Este semanario no tiene, ni pretende tener, relación alguna con ningún otro que actualmente se publique en cualquier idioma”.

Cuando uno se enfrenta a dos objetos muy similares, a veces resulta beneficioso detenerse en sus pequeñas diferencias. Por ejemplo, Guzmán deja una franja del color del fondo de la portada entre el nombre de la revista y la ilustración principal. Mientras las caras de las mismas figuras importantes se repiten en las dos revistas, generalmente no se trata de una mera repetición en portada de lo que había aparecido la semana anterior en Time.²³ Mientras las categorías y la temática son muy parecidos, especialmente durante el periodo inicial en que las dos revistas cubren los hechos de la Segunda Guerra Mundial, las notas de Tiempo no son traducciones *verbatim* de lo publicado por el prototipo estadounidense. También, Martín Luis Guzmán agrega una sección sobre las Américas de Polo a Polo, la cual amplía la sección nacional de Time e incluye las aportaciones de varios corresponsales ubicados por toda América Latina. También la calidad del papel de Tiempo es menor —las hojas de la revista mexicana de 1942 se deshacen al tocarse ya— y alcanza aproximadamente 45 páginas por número: casi la mitad exacta de Time. Estos ajustes clarifican que lo que Guzmán trataba de reproducir era el modelo exitoso, no la revista en sí.

²³ Una notable excepción sería una ilustración de la cara del Mariscal Von Bock aparece primero en Time y luego una copia casi exacta de la misma ilustración se estrena en Tiempo, como si hubiera sido reproducido en un dibujo sobre papel transparente. Los fondos de las portadas son diferentes; aunque en los dos aparecen tanques cruzando un campo, la versión de Tiempo es más estilizado. Se lee en la esquina inferior de la ilustración de la revista mexicana: “Dibujo exclusivo de TIEMPO”.

Más allá de que Tiempo sea un Time con toros en la sección deportiva, o un caso que hoy día hubiera provocado una demanda internacional por violación de *copyright*, es un indicio elocuente de la entrada de México a una nueva época cultural. No es la primera vez que aparecen objetos idiosincrásicos de los Estados Unidos en la cultura mexicana: no hay que ir más lejos que el Cadillac del General Aguirre para encontrar un ejemplo de este fenómeno expansivo. El hecho de que Guzmán haya calcado su último gran proyecto periodístico de un modelo “gringo” puede considerarse como un umbral temporal a partir del cual México comienza a ser invadido —con la ayuda de su propia clase empresarial— por una verdadera hegemonía cultural del país vecino. Dos novelas célebres de José Agustín y José Emilio Pacheco, De perfil (1966) y Las batallas en el desierto (1981) respectivamente, aluden al mismo fenómeno pero hasta los años 50: el florecimiento repentino de restaurantes donde se servían hamburguesas, o de grupos de rock que creaban versiones en español de lo que tuviera éxito en el *Top Ten* estadounidense. Es el comienzo de lo que ahora se reconoce como la globalización masiva, y no siempre bienvenida, de todo lo que se identifica con los Estados Unidos. Bajo esta óptica, Tiempo puede considerarse como un pastiche que revela a Martín Luis Guzmán dentro de su acepción periodística, para bien o para mal, como un verdadero camaleón del siglo XX.

Siendo un camaleón, y ante la dificultad de seguir huyendo y quemándose las naves como acostumbraba hacer, no es del todo justificable, pero resulta muy interesante que Guzmán haya asimilado el medio ambiente predominante del Partido Revolucionario Institucional (PRI), cuya “dictablanda” —como la denominó el autor Mario Vargas Llosa— duraría más allá de su muerte. Según Lorente Medina:

Los libros que publica en las décadas siguientes muestran la claudicación acrítica de un hombre que es absorbido por la retórica revolucionaria de los distintos gobiernos y se convierte en una personalidad oficial, utilizada por el PRI para numerosos actos públicos y representativos.

(“Introducción”, 42)

Su dedicación de largo aliento a esta revista no fue, sin embargo, el único detalle de sus actividades después de volver a México que resulta interesante en función de su trayectoria en la política cultural del país y los efectos posibles sobre la recepción de su obra.

En 1946 Guzmán dio un discurso como presidente de la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos y como consejero literario de EDIAPSA, citado por Rafael Giménez Siles en su Testamento profesional, en que “había arremetido, también con brío contra los muchos que con frecuencia venían haciendo responsables, además, al editor y al librero de la falta de una joven literatura nacional, exigiendo, al parecer que, amén de editar y promover la venta de libros, creasen artificialmente al joven novelista, al joven ensayista y al joven poeta mexicanos” (98). Menciona allí un dato interesante sobre El águila y la serpiente:

Como yo soy escritor, creo poder hacer justicia a los editores, pues mis propios libros son para mí, en ese orden, una enseñanza.

Yo sé cómo, por ejemplo, en castellano, se han necesitado dieciocho años para que se vendan los 25,000 ejemplares de las cuatro ediciones de ‘El águila y la serpiente’. De la traducción francesa, en cambio, se vendieron 34,000 ejemplares en seis meses. (99)

Esta intervención además señala que él considera complementarios las tareas de escribir y editar. Dice que luchó “como un león” para que El luto humano de José Revueltas ganara el premio nacional de literatura, dato que es equivalente a armar una defensa de Guzmán en contra de la opinión crítica predominante de que fuera un autor “vendido” al régimen, dado que Revueltas fue un comunista contestatario que se opuso al PRI.

En ese mismo sentido, Giménez Siles insiste, por otra parte, en que EDIAPSA y las Librerías de Cristal son empresas privadas y que no han esperado ni se han beneficiado de las “protectoras medidas oficiales” (106-107).

La polémica con la Real Academia

Atravesando el largo periodo en que se dedicaba a editar Tiempo, trabajar en EDIAPSA y fungir como dueño de las Librerías de Cristal, encontramos la importante polémica que encabezó contra la Real Academia Española. Este debate, que tuvo lugar durante el I Congreso de Academias de la Lengua Española a partir de un discurso pronunciado por Guzmán en 1951, parte de una asociación nebrijiana entre lengua y poder político para cuestionar la vigencia del poder unilateral de esa organización más allá de la caída del imperio español en 1898.

Dada la asociación entre la prosa de la Revolución Mexicana y la introducción del “indigenismo” en México, no solamente por su representación de temas indígenas sino por su reproducción de la manera en que hablaban los mexicanos, privilegiando su discurso sobre el español peninsular que prevalecía en la novela decimonónica, se podría

suponer que como autor de El águila y la serpiente, Guzmán arremetió contra la RAE por razones gramaticales, es decir, por el deseo de introducir el habla americana a los diccionarios. O en todo caso, sería fácil llegar a la conclusión de que hubiera formado parte de la iniciativa para crear una nueva identidad nacional mexicana, consolidada bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas en los años 30, la cual incorporó el pasado precolombino como herencia y reevaluaba la contribución española a la historia del país. Demasiado fácil, de hecho, porque el meollo del asunto llevado por Guzmán al foro del Hotel Majestic en el centro de la Ciudad de México no tenía tanto que ver con la política o la gramática nacionales, o con México en sí, como con las relaciones internacionales entre los países hispanoparlantes y España bajo el franquismo. Aunque no lo menciona en sus discursos, Martín Luis Guzmán seguía siendo un republicano. Como ya hemos visto, durante sus doce años en Madrid, había sido íntimo de Manuel Azaña, Presidente de la Segunda República, y había gozado del éxito editorial de sus propios libros y, como editor, consolidado los periódicos oficiales.

El 13 de octubre de 1950, llegaron a España Alejandro Quijano, Jenaro Fernández Mac-Gregor y José Rubén Romero en representación de la Academia Mexicana para extender una invitación formal a los miembros de la RAE para que asistieran al I Congreso de Academias de la Lengua, que se inauguraría en México el 23 de abril del año siguiente. El último número del Boletín oficial de ese año dedica treinta páginas a describir cómo fueron recibidos los delegados y reproducir *verbatim* los entusiastas discursos pronunciados para conmemorar la ocasión. Una lectura de la transcripción de “Información académica” indica que un airecillo anacrónico recorría el encuentro: el Sr. Eijo Garay, quien acude al recibimiento, lleva el título de “Patriarca de las Indias” dentro

de la RAE. El Sr. García Sanchiz pronuncia el discurso de bienvenida —por hallarse indispuerto aquel día Ramón Menéndez Pidal, Director de la RAE— describiendo de la siguiente manera al que preside la delegación y la Academia mexicana:

De clara ascendencia española, aunque delicadamente mestizo en lo espiritual, demostró siempre un hispanismo lleno de sentido y elegancia, como si dijéramos, con doctrina y liturgia. Su apacible físico, que respira bondad, y de tan manifiesto señorío, complétale, y no cabe mayor decoro. Dígase, en una palabra: virrey. D. Alejandro Quijano es un virrey que sobrevive al virreinato. (“Información académica, Boletín, 461)

Al día siguiente Quijano, al extender la invitación formal a todos los miembros de la RAE, notó que el Congreso se inauguraría el 23 de abril por ser aniversario luctuoso de Cervantes y el día del idioma español. Aprovechó de paso el tema de la hispanidad para actualizar y matizar el de la herencia:

A este idioma sin par, que España llevó a las tierras americanas al conquistarlas y colonizarlas, y que luego, al romper éstas el vínculo político, les dejó, como eterno legado, junto con la sangre, con la religión, con las costumbres, como precioso don que los siglos habrían de respetar. A este idioma, en fin, que es voz de veinte pueblos y de casi ciento cincuenta millones de hombres, poseídos todos de un espíritu de unidad racial —la que se creó con la sangre y el alma españolas conjugadas con las de nuestros nobles indios de América— para ser siempre contribución decorosa y fuerte a la obra que el mundo, por encima de las tremendas

contingencias del día, salvando odios y concupiscencias, ha de realizar, en anhelo de constante superación. (“Información académica”, 468).

Quijano reforzó los conceptos de “igualdad” y de “hermandad” en su presentación de un memorándum que delinea la agenda del evento, entregándolo para la consideración y comentarios de la RAE. Después de escuchar las intervenciones de los miembros de la delegación mexicana, Ramón Menéndez Pidal aceptó cordialmente la invitación con estas palabras:

No se necesita ciertamente don profético para anunciar y esperar confiadamente que esta reunión de Academias señale un período decisivo, en el cual las relaciones entre ellas habrán de ser más estrechas y más fructíferas para la grave tarea que todas se proponen: la de mantener nuestro común idioma como uno de los más poderosos vínculos culturales que la humanidad ha creado. (“Información académica”, 480)

La reunión terminó en una nota de solidaridad con los presentes envisionando ponerle fin al fraccionamiento del español previsto con cierto pesimismo por Rufino José Cuervo, contribuyendo así a la reconstrucción de los lazos intercontinentales dentro de un ámbito pos-Guerra Mundial. Sin embargo, el don profético del que el célebre Director de la RAE prescindiera hubiera revelado un resultado muy diferente.

Después de haber aceptado y publicado la invitación de los mexicanos con tanta pompa, los números siguientes de la revista oficial de la RAE ignoraron por completo los procedimientos del I Congreso de Academias de la Lengua Española, al cual no asistieron sus miembros, alegando razones fuera de su control. Para Martín Luis Guzmán, “miembro correspondiente” de la Academia Mexicana desde 1940, este repentino cambio

de euforia a silencio se debía a la censura política. Citó en su discurso del 27 de abril, 1951, las razones delineadas por el ministro de Educación Nacional de España en un boletín de prensa:

Para puntualizar en su justo término el alcance de la negociación llevada a cabo en torno al Congreso de Academias de la Lengua Española, es necesario que se sepa que al recibir la invitación de parte del Presidente de la República de México, la Real Academia Española manifestó que razones de patriotismo exigían, como condición moral ineludible para su concurrencia, que el gobierno mexicano manifestase públicamente haber puesto término a sus relaciones con el gobierno rojo y desconociese la llamada representación diplomática española existente en México. . .

(Guzmán, Academia, 971)

Aparte de llamar la atención sobre el “atropello” al honor de la Academia Mexicana, Guzmán empleó hábilmente un argumento legal para convocar a una revisión de las relaciones entre la RAE y sus Academias Correspondientes, alegando que aquel documento, fechado el 7 de abril, constataba una violación por parte de la RAE del Artículo IX de los estatutos establecidos en 1870 por la misma institución, por el cual estipula que los motivos de política no interferirán con las relaciones de Academia a Academia.

Guzmán se empeñó en introducir la medida a pesar de que, desde dos días antes, habían firmado un documento todos menos uno de los académicos mexicanos en contra de su iniciativa precisamente porque los iba a arrastrar a una discusión política. Entre las firmas se encuentran los nombres de tres miembros de su propia generación, la del

Ateneo de la Juventud: José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Julio Torri.²⁴ Guzmán se defendió de este alegato insistiendo con razón en que fue España, no él, quien introdujo el tema de la política al Congreso. La cuestión central es si las Academias presentes debían hacer caso omiso o no de la afrenta.

En cuanto al sentir generalizado entre los asistentes al Congreso, que había que perdonarle a la RAE su comportamiento bajo las circunstancias de la dictadura, respondió Guzmán, “sin calificar de ningún modo el gobierno del general Franco, porque aquí no es ésa mi misión”, que el deber de los académicos consiste en “poner en sus actos cotidianos las virtudes heroicas que de pronto puede exigir hasta la más tranquila, la más sedentaria, la más libresca de las ocupaciones” (Guzmán, Academia, 972-973). Es sugerente el hecho de que nombrara a continuación a Miguel de Unamuno y Ramón del Valle Inclán, dos escritores que él conocía personalmente, como ejemplos de intelectuales españoles que sufrieron el encarcelamiento y, en el caso del primero, el exilio bajo la dictadura de Primo de Rivera por la defensa de sus ideas. Subrayó el hecho de que ambos hombres habían cumplido más de sesenta años al enfrentarse con el dictador, como indicio de que el heroísmo no es una característica reservada a la juventud.²⁵

También sirve de denominador común el interés de ambos escritores por las Américas. Valle Inclán realizó dos viajes formativos a México. Su esperpento Tirano Banderas (1926), reseñado por Martín Luis Guzmán durante su primer periodo de exilio, ocurre en un espacio americano y baraja americanismos con libertad, según la crítica no

²⁴ Aunque es en este momento abandonado por otros miembros del Ateneo, Alfonso Reyes, quien anotaría bajo su firma en el documento en cuestión que desconoce el asunto pero considera mejor no abrocharlo en ese momento, escribiría después a Guzmán una nota fechada el 5 de julio de 1951 que dice:

“Excelente, justo y oportuno.

Nunca se me desenfoca usted.

Lo felicito y me felicito.” (Guzmán & Reyes, Medias palabras, 163)

²⁵ Casualmente, Guzmán mismo tenía sesenta y cuatro años al hacer este discurso.

del todo favorable que hace Guzmán del discurso fantástico de esta obra (Velasco, 73). Unamuno, quien se negó a aceptar un asiento en la RAE, declaró en un ensayo de 1901 titulado “Sobre la lengua española”:

He utilizado diversas coyunturas para mantener que tiene la lengua castellana que modificarse hondamente, haciéndose de veras española o hispanoamericana, si ha de arraigar a duración en los vastos territorios por que hoy se esparce. Modificarse, y aún afeitarse si fuera menester. (321)

En otro nivel, no está demás agregar que ni Unamuno ni Valle Inclán habían expresado opiniones positivas del escritor ateneista José Vasconcelos, quien tuvo un papel importante en la organización del I Congreso y se oponía con vehemencia la iniciativa de Guzmán sobre la autonomía de las Academias americanas. Por ejemplo, según Guzmán mismo recordaría durante una cena conmemorando el fin del I Congreso, Unamuno decía sobre Vasconcelos que no era más que un “confusionista” (Curiel, La querrela, 206). En este sentido, mencionarlos habría servido también como un ataque lateral a la posición de Vasconcelos, su némesis ya de muchos años. Sin duda tampoco se le escapó a Guzmán la importancia simbólica de que estos grandes escritores, con todo y diferencias políticas, murieron en 1936, año en que comenzó la Guerra Civil. La resonancia de esta fecha como signo de la muerte intelectual de España se amplía si tomamos en cuenta que también fue el año en que él mismo salió de España después de haber vivido allí durante más de una década. Dada la importancia que tuvo España en su desarrollo como autor y como político, se puede concluir que el discurso ante el I Congreso, a pesar de sus afirmaciones retóricas, es claramente motivado por el hondo antifranquismo —que no debe confundirse con antihispanismo— de Guzmán.

Campeón de las causas perdidas, Guzmán seguiría apoyando la causa de la República años después de la Guerra Civil. Por las cimas que alcanzó durante el periodo madrileño y por la pérdida repentina de la vida que había establecido allí, Guzmán también fue en cierta medida un exiliado republicano. De allí que el amplio criterio que empleó Guzmán en su defensa de la hispanidad correspondiera no solamente a ideas abstractas, sino también a su propia experiencia transatlántica.

Al regresar a su país natal en 1936 y verse impedido a salir para España de nuevo, Guzmán tuvo la fortuna inmensa de que el presidente de México, el general Cárdenas, ya no fuera su enemigo como lo habían sido Obregón y Elías Calles. En los años restantes de su vida, se cuidaría mucho de no desafiar el poder de la presidencia mexicana como había hecho en su juventud y desde el extranjero. Desde esta perspectiva, la polémica de la RAE en el I Congreso de Academias de la Lengua Española, motivado directamente por la presencia del exilio republicano en México, nos insta a reevaluar la fecha de 1939 como término de Guerra Civil, recordándonos nuevamente que la historia puede ejercer en este sentido una función simplificadora de los hechos. El discurso de Guzmán es una batalla más de las muchas que siguieron peleándose hasta la muerte de Franco.

Guzmán ofreció una serie de recomendaciones específicas para la consideración de los miembros de las Academias presentes en la reunión: 1) asumir la autonomía de la RAE por la violación del artículo IX del texto estatuario de 1870; 2) conceder a cada Academia el derecho de organizarse y constituirse según sus necesidades nacionales; 3) convocar a representantes de todas las Academias, incluyendo la RAE, para convenir “la asociación clara, igualitaria, fecunda que haya de unirles en lo futuro, gracias a un pacto estudiado y aprobado juntamente por todas, no mediante una carta de derechos y

obligaciones otorgada de arriba abajo, como la que hoy las norman. . .”; y 4) crear una comisión permanente para tales fines (Guzmán, Academia, 977). Concluye su largo discurso, leído de hojas tipografiadas, reconociendo su propia heterodoxia: “A herejía, a perturbación, a innecesaria inquietud habrá sonado quizás en algunos oídos la proposición que acabo de leer” (978).

Es aquí que Guzmán comparó la agitación del I Congreso con la que armó Francisco Primo de Verdad y Ramos en 1808 con respecto a la independencia política de Nueva España. Recuerda que esa doctrina tardó trece años en cumplirse con la independencia de México, de 1821. Creando un paralelo entre su proposición para la autonomía de las Academias y el grito del cura Hidalgo, padre de la patria mexicana, invitó a los presentes a convertir la campana de plata con que se inauguró la conferencia en una nueva campana de Dolores. Leyendo el discurso más allá de la demagogia propia de un texto de su estilo, Guzmán tocó un punto interesante en cuanto a la disparidad entre la independencia política y la independencia académica o literaria. Es un hecho que el esquema colonial había perdurado más en la estructura y organización interna de la RAE que en las relaciones diplomáticas entre España y México. Guzmán terminó su intervención lamentando el síndrome por el cual la cultura tarda mucho más que las propias naciones en independizarse plenamente. Al fin de cuentas es más fácil regenerar a una nación, que a una cultura.

Según la versión no necesariamente objetiva de su propia revista, Tiempo, fue aplaudida su intervención, aunque solamente cuatro académicos se inscribieron a su favor. Varios notaron que la temática de la polémica se apartaba del temario establecido para la reunión. La iniciativa se sometió a votación y Uruguay, Paraguay, Panamá,

Guatemala y México se manifestaron a favor de que pasara a la consideración de una comisión. Probablemente por considerar que no era el momento para entablar una reestructuración masiva de la RAE, trece países votaron en contra, dando en efecto un carpetazo a la propuesta de Martín Luis Guzmán. (Guzmán, Academia, 1008-1011).

El último día de trabajo del Congreso, el 5 de mayo de 1951, pidió Guzmán la palabra de nuevo y pronunció un discurso más improvisado y también más apasionado. Citó a un documento escrito en 1875 por el obispo de San Luis Potosí sobre la creación de la Academia Mexicana:

Al hacerse el primer ensayo de instalación a fines de 1875, o, poco después, al formalizarse, encontraron los académicos que la corporación mexicana constaba de tres españoles, tres ausentes de la capital y dos muertos, quedando apenas dos con todos los requisitos exigidos por la de Madrid. (Guzmán, Academia, 981)

El obispo define como única razón de ser de la Academia Mexicana el ser Correspondiente de la Española, algo que Guzmán denominó como “la deformación *académico correspondiente*” (980-981). En su descripción de este complejo cultural, ecléctico cuando mucho y colonializado cuando menos, concluyó que las Academias latinoamericanas no habían honrado con sus actos la memoria de Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro a pesar de los homenajes que les habían rendido. Nuevamente, se notó el esmero con que construyera Guzmán sus argumentos: no solamente nombró a los tres grandes gramáticos de las Américas, quienes ganaron el respeto y la membresía honoraria de la RAE por sus obras, sino también a hombres de ideas políticas quienes apoyaban los movimientos independentistas y la hispanidad en

Latinoamérica. Recuérdese la frase que emplea Bello en su reseña del Diccionario de la Lengua Castellana:

Nosotros nos contamos en el número de los que más aprecian los trabajos de la Academia Española; pero no somos de aquellos que miran con una especie de veneración supersticiosa sus decisiones, como si no fuese tan capaz de dormitar algunas veces como Homero, o como si tuviese alguna especie de soberanía sobre el idioma, para mandarlo hablar y escribir de otro modo que como lo pida el buen uso o lo aconseje la recta razón.

(119)

El asunto de Bello con la RAE es puramente gramatical, pero su llamado al sentido común es afín al tono de Guzmán, cuyo mensaje claro es que esta institución no puede ejercer un poder autoritario sobre las Academias correspondientes al menos que éstas se lo permitan. La segunda intervención fue mejor recibida que la primera, recibiendo grandes aplausos de los presentes.

Pero la polémica de Guzmán no terminó con este canto de cisne. Quedaba por expresarse aun su afán protagónico en la conservación de su momento histórico. A través de su revista, Tiempo, Guzmán criticó duramente en un artículo titulado “El verdadero concepto de la hispanidad” los intentos de José Vasconcelos por minimizar el impacto de la polémica en la clausura del I Congreso de Academias. Rechazó la imagen del “hombre español” evocado por Vasconcelos, recordando episodios de la violencia histórica de España en un resumen mordaz de los excesos de la Conquista, la Contrareforma y la resistencia a los movimientos de independencia latinoamericanos. En cuanto al supuesto éxito abarcador del español como lengua, Guzmán señaló a Galicia, Asturias, los Países

Vascos, Cataluña, y Valencia como ejemplos de naciones dentro de la propia España en que piensan y hablan en otras lenguas. Más allá de aprovechar la coyuntura para criticar veladamente la política de Franco sobre los “dialectos”, Guzmán insistió aquí en un criterio que sobrepasa la “españolidad” para alcanzar la “hispanidad” de términos igualitarios. Concluye:

La unidad del habla española como lenguaje común a todas las naciones hispánicas —hispánicas de Europa, hispánicas de América, hispánicas de Malasia— es la unidad en la diversidad, diversidad que el genio de la lengua mantiene una en su esencia, lo mismo en Ávila o en Sevilla, que en Lima, México o Bogotá. (Guzmán, Academia, 987)

Pasarían no años, sino meses antes de que Guzmán viera sus ambiciones básicas realizadas. En octubre de 1952, se creó una Comisión Permanente por iniciativa del Presidente Miguel Alemán, invitando a España a tomar parte en ella. En sus sesiones del 19 y 20 de diciembre de 1951, la Comisión estudiaba ya la manera de implementar las recomendaciones expuestas por Guzmán, según él mismo señalaría después en una edición de la polémica titulada Academia. Tradición, Independencia, Libertad (1959). Los nuevos “Estatutos de la Asociación de Academias de la Lengua Española” que nacen de estas sesiones establecen la igualdad entre academias, la formación de la Comisión Permanente, y la libertad de cada Academia Correspondiente de determinar sus propios estatutos, informando a la RAE de cualquier cambio en lugar de pedir su autorización (Guzmán, Academia, 989). Resumió así el crítico Andrés Iduarte el saldo de la polémica de Guzmán:

Su tesis, que coincide con la del sobreespañol del españolísimo don Miguel de Unamuno y con la de cuantos han visto nuestra lengua y nuestras letras sin mutiladora ceguera imperial y colonial, vino a producir, ocho meses después, el proyecto de nuevos estatutos que, sin espíritu de mando ni sumisión, asocia hoy a todas las academias de la lengua hispánica. (93)

No hay ninguna constancia de los nuevos estatutos en el Boletín publicado ese año por la RAE; sin embargo, dentro de poco ya había reconocido España la nueva Asociación de Academias, descrita en su página de Internet hoy día como resultado del I Congreso de Academias de Lengua Española sostenido en México por iniciativa del Presidente Miguel Alemán (Real Academia Española, “Asociación de Academias”).²⁶

Durante el II Congreso de Academias, sostenido en Madrid en 1956, Alberto María Carreño dijo a propósito de los nuevos estatutos que “nadie recordó para nada que sobre la tierra existiese un señor llamado Martín Luis Guzmán” (Guzmán, Academia, 989). Predeciblemente, Guzmán envió una carta abierta con lujo de detalles pidiendo reconocimiento. En ese momento decidió también publicar los discursos y demás materiales relacionados con el I Congreso, para dejar así una constancia de su papel central en los hechos. Irónicamente, este libro también conmemoró su inducción formal a la Academia Mexicana como miembro en 1954, aceptando después de trece años, “rendido y un poco confuso”, el requerimiento de esta organización (Academia, 944).

La polémica de Martín Luis Guzmán durante el I Congreso de Academias de la Lengua de 1951 tiene una coherencia histórica más allá de su efecto inmediato sobre la estructura interna de la jerarquía de la RAE o las relaciones internacionales que ésta

²⁶ Félix Restrepo, de la Academia Colombiana, nota el cambio fundamental en la manera en que la RAE trabajaba con las Academias Correspondientes en 1963 cuando comenta que los españoles, que antes no les hacía caso, ahora contestaba todo por correo a raíz del I Congreso (Curiel, La querrela, 213).

sostiene con las Academias correspondientes. La exigencia de autonomía cultural del escritor mexicano es afín a la de movimientos mayores como el modernismo de Darío que lo precede o el *boom* latinoamericano que sigue después. Su propio éxito literario en la España de los años veinte y treinta es indicativo del cambio a lo largo del siglo pasado en las corrientes de producción cultural, antes percibidas como emanadas de las metrópolis europeas hacia las provincias occidentales. Su doble vida política y literaria es también una característica atendida a la receta que ofrece Octavio Paz en El laberinto de la soledad (1950): “Ahora bien, en Europa y los Estados Unidos el intelectual ha sido desplazado del poder, vive en exilio y su influencia se ejerce fuera del ámbito del Estado. Su misión principal es la crítica; en México, la acción política” (171). Es desde esta óptica particular que Guzmán, prosista político, aprovecha el franquismo que tanto desprecia como una nueva oportunidad para la ascendencia cultural de las Américas, eco del vacío de poder creado por la invasión napoleónica de España que provocó la cadena de independencias políticas en el XIX. Sin embargo, bajo esta versión de los hechos, la causa sigue firmemente anclada en Europa, por mucho que sus efectos se desplacen y reboten por el mundo.

Guzmán posrevolucionario

Esta intervención de Guzmán como gramático político marca el principio de una última etapa, dedicada fundamentalmente, como señala Fernando Curiel, a sumarse, “paulatinamente, al poder postrevolucionario, institucionalizado” (La querrela, 181). Fue

nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante las Naciones Unidas en 1951. Por otra parte, en el mundo de las letras, recibió dos premios que eran, según Emmanuel Carballo, los más significativos para un escritor mexicano: el Premio Nacional de Literatura de la Secretaría de Educación Pública a través del Instituto Nacional de Bellas Artes (1958), y el Premio Manuel Ávila Camacho del Instituto Mexicano del Libro (1959). Según Carballo, “Nunca hasta ahora estas dos distinciones habían concurrido, el mismo año, a reconocer los méritos de un solo autor” (Diecinueve protagonistas, 102).

Recibió en el año 1959 el último “Premio literario, cultural y artístico Manuel Ávila Camacho” en el Palacio Nacional, entregado por el Presidente Adolfo López Mateos, en cuya campaña había participado. Era un premio que él mismo había instituido cuando era presidente de la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos en 1944, gracias según él mismo al entusiasmo de don Rafael Giménez Siles, su socio en EDIAPSA. Dice Guzmán en su discurso sobre las circunstancias que mediaban al galardón:

Y que tal premio se me otorgue hoy es uno de esos caprichos de la suerte que nos lleva a pensar, si somos vanidosos, en la determinación del destino, o, si somos modestos, en las insospechadas satisfacciones con que la vida, generosamente, suele salirnos al paso en la forma más sutil. (artículo de Tiempo, 9 de febrero de 1959, citado por Giménez Siles, Testamento profesional, 90).

Y fue gracias a la recomendación de Jaime Torres Bodet, fue elegido por ese mismo presidente para encabezar la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos el mismo

año. Según las memorias de Torres Bodet, la iniciativa no fue aclamada por aquellos que veían en ella el deseo del gobierno de controlar el conocimiento disponible a nuevas generaciones a través de un “libro único”:

En agosto de 1960 un grupo de profesores publicó en los diarios, a plana entera, una crítica acerba –y en muchos sentidos injusta- de nuestros libros. Les contestaron otros maestros, menos sumisos sin duda a la voluntad de lucro de ciertas editoriales. Días más tarde, escritores como René Capistrán Garza, Alí Chumacero, Luis Garrido, Andrés Henestrosa, Francisco Monterde, Rubén Salazar Mallén, Jesús Silva Herzog, Alfonso Teja Zabre, Julio Torri y Artemio de Valle-Arizpe nos manifestaron públicamente su adhesión. Más persistente que la ofensiva de autores y libreros, resultó la que iniciaron opositores sistemáticos del gobierno, quienes fingían ver en Martín a Lutero mismo y que –por ciertos arranques suyos- parecían juzgarlo más peligroso que su germánico homónimo, el que se negó a retractarse en Worms. (244)

Esa iniciativa, que muestra que Guzmán no había perdido su entusiasmo por la educación como solución a los problemas nacionales de México, sería la última que encabezaría.

Siguió siendo el editor literario de EDIAPSA y accionista de la Librería de Cristal, una Pérgola de la Alameda Central que fue demolida en 1973 “a pesar de los reiterados argumentos en defensa de la librería esgrimidos por el inolvidable don Martín Luis Guzmán, alma de aquella y de tantas otras instituciones culturales” (Giménez Siles, Testamento profesional, 108). Y seguía siendo el editor de Tiempo. Puede que Reyes haya sido el primer crítico de esa revista, sin embargo, no fue el último. Muchos de

aquellos que optaron por no recibirla como un esfuerzo loable por cobijar a los exiliados españoles percibieron a este último gran proyecto de Guzmán como su Waterloo literario, como la selva en que este Rimbaud mexicano desapareció sin volver jamás a escribir obras maestras, o peor aún, como una execrable revista oficial del Partido de la Revolución Institucional. Para dar algunos ejemplos, Fernando Curiel, siendo tal vez el crítico que más se ha dedicado a su obra, describe al Martín Luis Guzmán editor de Tiempo como una figura ya “apestada”, que había muerto mucho antes para la literatura mexicana, bajo un apartado de su Querrela que se llama “Hablando claro”:

¿Por qué mantenemos a Guzmán en un sitio equívoco que al compás que reconoce su significación, la escamotea y suspende? Las cosas por su nombre. Martín Luis Guzmán es mala compañía, figura apestada. Ahora bien, contra lo que podría pensarse o suponerse, abundan las respuestas o razones, en veces expresas, en veces tácitas, que fundamentan la condena. Espigo las más enjundiosas:

/a/ El 23 de diciembre de 1976, hacía años que Guzmán había muerto para la literatura mexicana. Ora por extinción natural de sus facultades narrativas; ya por su entreguismo oficial; ora por haberse rendido con armas y bagaje al enemigo.

/b/ Sufrimos, en el caso del autor de las Memorias de Pancho Villa, un error de perspectiva; si no es que engaño o fraude. Guzmán no es lo que se supone fue: ojo de la cámara en la tormenta revolucionaria, reportero imparcial del gran movimiento social de 1910. Ora porque el verdadero personaje de sus escritos es él mismo; ya porque su óptica hallábase

viciada; ora porque despreciaba a la gleba; ya porque únicamente habla de los hombres del poder.

/c/ Don Martín Luis Guzmán fue, cada día con mayor fuerza, una celebridad dudosa. Ora por haberse acogido al favor sexenal; ya por haberse trocado en legitimador del sistema; ora por haber salido a la inmoderada defensa de Díaz Ordaz antes y después de octubre de 1968.

/d/ El autor conoció en vida la gloria merecida e, incluso, la inmerecida; aquella autoglorificación que pudo dispensarse como editor, distribuidor, publicista, crítico, de su propia obra. Cuestión de la que se ocupa lapidariamente Gabriel Zaid en "¿Quién es el autor [sic] más vendido en México?" Procede, pues, un tiempo de silencio alrededor de Guzmán. (La querrela, 25-26).

Tal vez ha llegado el momento de romper con ese silencio —o más bien, esa diatriba. Ahora sí, “hablando claro”, sería una grave falta dejar de señalar a favor de Curiel su amplia aportación a los estudios guzmanianos. Pero en su contra debemos señalar también la posibilidad de que su antagonismo visceral hacia, digamos, el hombre que había allí detrás del autor, cruza el umbral de una crítica objetiva, perjudicando en ocasiones el llegar a un juicio claro. En el apartado citado arriba, por ejemplo, Curiel afirma que Guzmán el escritor tiene la “óptica viciada”, que “deprecia a la gleba”, que escribe únicamente sobre los de arriba —una vez más, observamos lo tenaz que ha sido esa etiqueta crítica, impuesta desde Chile hace tantas décadas. Curiel respalda estas observaciones con una diatriba en contra del comportamiento de Guzmán el hombre durante las últimas décadas de su vida, después de convertirse en el editor de Tiempo. Es

allí donde confunde la crítica literaria de su obra con un juicio moral sobre Guzmán. Curiosamente, este libro de Curiel se dedica a analizar el libro de ensayos titulado La querella de México, donde Guzmán en su defensa ateneísta de la necesidad de reformar la educación en México, nos ofrece una pista que desmiente algunas de las bases críticas de Curiel —cuando menos en el sentido de que fuera, por ejemplo, un autor que haya despreciado a los pobres para defender a los ricos:

Perdemos el tiempo cuando de buena o mala fe vamos en busca de los orígenes de nuestros males hasta la desaparición de los viejos repartimientos de tierra y otras causas parecidas. Éstas son de gran importancia en sí mismas, por ningún concepto han de tomarse como decisivas. Las fuentes del mal están en otra parte: están en los espíritus de antaño débiles e inmorales, de la clase directora; en el espíritu del criollo, en el espíritu del mestizo, para quienes ha de pensarse la obra educativa”.

(La querella, 10)

Ahora bien, Curiel no estaba sólo en manifestar su desprecio por Guzmán el hombre, o en dejar que eso contaminara su apreciación de su obra. Curiel cita al crítico Gabriel Zaid, pero cita mal el título del artículo de 1969: “¿Quién es el escritor más vendido de México?” en el que observó sardónicamente, “Hay revistas con suerte: antes de que Guzmán ganara la palma de las ventas de la revista Tiempo, ésta logró hábilmente contratarlo como su director, gerente, presidente del consejo y fundador” (Cómo leer en bicicleta, 83). Establece más allá de cualquier duda lo espurio de las listas de obras más vendidas que casualmente son también editadas por Guzmán, y vendidas en sus propias Librerías de Cristal. Pero no se mete con su obra en sí:

Muy merecidamente, se tiene a Martín Luis Guzmán por un gran escritor. ¿Por qué se empeña, entonces, en lucirse públicamente como el más vendido? Quizá sea el más íntegro. ¿Quién ha integrado como él un conglomerado industrial que va desde tener la buena mano para escribir, la editorial para editar, las librerías para vender y la revista para laurear sus propios libros? (Cómo leer en bicicleta, 87)

Y por otra parte, debido a la larga enemistad con y rencor personal de Vasconcelos, el hombre que había consolidado su poder sobre las letras mexicanas, más la ausencia de opciones para publicar en España durante el franquismo, cabe preguntar si en un principio tenía alguna alternativa Guzmán más que autopublicarse, autovenderse y autocriticarse.

A la hora de la muerte de Guzmán, Carlos Javier González de la Mora no fue más piadoso:

Los últimos años del hombre que yace exánime esa noche del 22 de diciembre de 1976 en su oficina de la revista Tiempo, presidida por el cuadro del joven oficial porfirista Martín Luis Guzmán Rendón, padre del escritor, son de justificación retórica, glorificación oficial y mutismo. (22)

Que Tiempo fuese portavoz del gobierno mexicano no era ostensiblemente el objetivo de Guzmán. Lo que al parecer la crítica ha encontrado imperdonable no fue el plagio del proyecto inicial de la revista, ni siquiera su uso como órgano de autopromoción; fue su defensa años después del Presidente Díaz Ordaz en el contexto de la masacre estudiantil de 1968. Ése es el “enemigo” al que, según Curiel, Guzmán se vendió. Sobre este punto, Arturo Delgado González nota cierta ironía en el hecho de que en los discursos de 1947 y

1955 reproducidos por la revista, Guzmán defiende la libertad de expresión a través de una prensa múltiple y diversificada, la cual fomenta a su vez las aspiraciones populares a través del libre intercambio de ideas. Si la prensa se vuelve un monólogo sordo, dice, la opinión pública nacional es informada por la impostura, lo cual puede desembocar en crisis. “Sin embargo, haciendo caso omiso de estas recomendaciones y advertencias, el mismo autor que las formuló ha sido copartícipe, en 1969, del carácter unilateral y entreguista en que ha caído gran parte del periodismo mexicano” (115-116). Finalmente, José Emilio Pacheco dictamina en un artículo escrito sobre el escritor, también en la ocasión de su muerte: “En 1968 fue el único escritor que estuvo abierta y militantemente con el gobierno al punto de escribir, en las páginas del semanario Tiempo que dirigió desde 1942 hasta su muerte, la sola relación oficiosa que hasta ahora poseemos de los hechos” (76).

Sin duda la revista representa una gradual asimilación de Guzmán, no exenta de hipocresía, con el poder monolítico del PRI. No es alentador el hecho de que Guzmán fuese elegido como senador del PRI poco después de publicar el libro justificante La libertad de la prensa en 1969. La mayor trampa que habita en la concordancia entre política y periodismo es, después de todo, la propaganda oficialista, actividad que ya había desarrollado a través de su incursión en la prensa republicana. Eso, y los efectos negativos sobre la recepción de su anterior obra literaria: como el partido político, Guzmán había olvidado sus orígenes revolucionarios para volverse cada vez más institucional. Sus obras literarias más importantes, que reflejaban sus intereses periodísticos y políticos, terminaron siendo opacadas por aquellos. En las últimas décadas de su vida, se dedicó no a escribir obras sino a reeditar las viejas; su perspectiva

periodística y política, antes tan contestataria, se había vuelto oficialista. El que se había planteado como la Némesis literaria de Plutarco Elías Calles terminó siendo el defensor de Gustavo Díaz Ordaz. En ese sentido su pluma dejó de sintonizarse con la evolución de las nuevas generaciones literarias en México, cada vez menos complacientes con el PRI, que ya no reconocían al autor de El águila y la serpiente y La sombra del caudillo en el editor de Tiempo.

Por otra parte, la historia nos puede explicar tanto el éxito inicial del triángulo profesional de Guzmán como su agotamiento final. El ápice literario del autor pudo florecer en tándem con la política y el periodismo durante la primera mitad del siglo mexicano, época en que se permitía que los intelectuales se identificaran con y participaran del poder político que posibilitaba la construcción de una nueva identidad nacional posrevolucionaria; se agotó durante la segunda, cuando se esperaba más bien que los letrados se comprometieran con cualquier causa que no fuera aquella oximorónica de la revolución institucionalizada.

El desenlace de la carrera política y editorial Martín Luis Guzmán terminó por perjudicar su figura como autor dentro de la genealogía mexicana. Resulta irónico que su único periodo biográfico de estabilidad y consolidación profesional, que tuvo lugar a partir de su último regreso a México, haya perjudicado tanto su consolidación como prócer cultural mexicano. Tal vez de no haber muerto décadas antes, hubieran sufrido un fin similar a figuras como Diego Rivera o José Vasconcelos, cuya política examinada *a posteriori* deja mucho que desear: basta mencionar el apoyo del primero al régimen de Stalin, o las teorías fascistas del segundo expuestas en una serie de artículos publicados en el periódico Excélsior. Como sea, el camaleón literario Martín Luis Guzmán vivió lo

suficiente para darnos un *blueprint* completo de la evolución cultural de México desde la Revolución hasta la decadencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI), el cual mantendría su empuñadura sobre el poder político durante otro cuarto de siglo después de su muerte. Tal vez el haberse involucrado como partícipe activo fue su perdición. Como escribió el ensayista decimonónico que Guzmán tanto admiraba, William Hazlitt, sobre los beneficios de ser un soñador en lugar de comprometerse con la realidad:

This sort of dreaming existence is the best. He who quits it to go in search of realities generally barter repose for repeated disappointments and vain regrets. His time, thoughts, and feelings are no longer at his own disposal. From that instant he does not survey the objects of nature as they are in themselves, but looks askint at them to see whether he cannot make them the instruments of his ambition, interest, or pleasure; for a candid, undesigning, undisguised simplicity of character, his view become jaundiced, sinister, and double: he takes no farther interest in the great changes of the World but as he has a paltry share in producing them: instead of opening his senses, his understanding, and his Heart to the resplendent fabric of the universe, he holds a crooked mirror before his face, in which he may admire his own person and pretensions, and just glance his eye aside to see whether others are not admiring him too.”

(Hazlitt, “On Living to One’s-Self,” Selected Essays, 28)

Una vida en tres etapas

En la primera etapa de su vida adulta —la de la experimentación—, Guzmán ensayaba definirse como un revolucionario que era villista a pesar de sí mismo. Un villista que constataba su fracaso a través del exilio, o bien, de manera más productiva: a través de la escritura. Un escritor emergente que nace a partir de la emergencia. Ya que no participó de manera triunfal en la Revolución de 1910, aprendió rápidamente a redefinirse fuera de ella, como miembro de la Segunda República española. Pero antes de llegar a eso, su identidad mexicana se fue elaborando a través de los libros que publicó en el exilio: A orillas del Hudson, La querrela de México, El águila y la serpiente, La sombra del caudillo. Fue entonces que su escritura sobre la Revolución de 1910 y hechos posteriores fue censurada directa y severamente por el mismo presidente de México, Plutarco Elías Calles. Aparentemente, había claudicado de manera definitiva tanto del regreso a su país natal como de la veta literaria que había abierto. Fue durante este periodo sumamente productivo que Guzmán se dedicó a colaborar primero con Alfonso Reyes en sus proyectos culturales, y luego, en el diario católico El debate con fragmentos de El águila y la serpiente y finalmente, como editor de periódicos republicanos bajo la presidencia de Manuel Azaña. Esto duraría hasta 1936. Para fines de esta tesis, nos interesa particularmente esta época como la fuente de acontecimientos que alimentaría la obra literaria de Guzmán, a la que recurriría para nutrirse como autor. Estos años arrojaron tanto la materia prima de sus libros —sus experiencias durante la Revolución y el fallido golpe delahuertista— como los libros más importantes de su trayectoria: los que fueron escritos durante los intersticios de sus exilios.

En la segunda etapa, —la de transición—, Guzmán se encontró intempestivamente de vuelta en México, el país al cual no contemplaba regresar más que a través de la escritura, y confrontado ahora con la imposibilidad de volver a España. Comenzaría a experimentar con la consolidación de una renovada identidad villista. Se dedica a la hagiografía de esta figura indeleble. A la vez, sus posturas políticas y su abordaje al mundo editorial lo colocaban en la primera ola de un muy nutrido exilio intelectual republicano en México, el cual fue el catalizador de un auténtico *boom* cultural. En este proceso, Guzmán emprendió la publicación de Las memorias de Pancho Villa mientras la Guerra Civil española rugía al otro lado del Atlántico; la publicación de Muertes históricas, su último libro literario; la guerra cultural en contra de la hegemonía de la (franquista) Real Academia Española documentada en Academia; la fundación de EDIAPSA y el inicio del largo ciclo como editor de Tiempo. Fue en aquel entonces también que comenzó Guzmán a utilizar sus otros oficios —tanto el editorial como el político— para promoverse abiertamente como autor e intelectual triunfal. En lugar de dedicarse a sobrevivir, comienza a acumular cierto poder.

A finales de la década de los cincuenta, a partir de recibir el Premio Nacional de Literatura de la Secretaría de Educación Pública a través del Instituto Nacional de Bellas Artes, y el Premio Manuel Ávila Camacho del Instituto Mexicano del Libro, entró Martín Luis Guzmán en la tercera fase de su vida —la de la decadencia—, producto del poder político y editorial que había acumulado. Guzmán pasó a ser víctima, ya no de la persecución política o de la “grilla” que había padecido anteriormente de parte de contemporáneos suyos como Elías Calles o Vasconcelos, sino de su propio *hubris*. Es como si finalmente, Guzmán se hubiera convertido en una especie de *doppelgänger* del

país entero, tal y como fue descrito por Daniel Cosío Villegas en el monumental estudio La historia moderna de México. Allí, Cosío Villegas argumentó que las ideales de la revolución se habían agotado, que el término “revolución” en sí había perdido su significado, y que el país había entrado finalmente a un nuevo porfiriato (Hale, 16). De igual manera que esa revolución, Guzmán se fue agotando, perdiendo su brújula política, anquilosándose. El joven criollo, crítico severo de su propia clase, de principios de siglo se había transformado en un burócrata priísta. Participó en la campaña presidencial de López Mateos, asegurándose así un buen “hueso”: el premio político-cultural de encabezar, precisamente, la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, algo que resultó tan polémico como lo había sido su periodicozo sobre la renuncia de De la Huerta. Pero esta vez, la polémica se había levantado en torno a su defensa del poder corporativo del PRI. La debacle final para Guzmán fue, sin duda, su forma de llegar al Senado mexicano, asegurándose un curul en el Congreso con un discurso espurio sobre la “libertad de prensa”, y la publicación en Tiempo de propaganda oficial sobre la masacre estudiantil en la Plaza de Tlatelolco en 1968. Bien podríamos citar sus propias palabras sobre “La paz porfiriana”, publicado durante el fervor de su juventud en La querrela de México:

¿Habrá nada más definitivo, para un valoramiento de la inmoralidad política de mestizos y criollos que el espectáculo de aquellos cientos y cientos de *ciudadanos* que durante siete lustros no faltaron nunca al dictador para colmar los asientos de las cámaras y las legislaturas?
¡Legiones de ciudadanos conscientes y distinguidos, la flor de la

intelectualidad mexicana, prestándose a la más estéril de las pantomimas políticas que han existido! (Obras completas I, 18)

Perversamente, para este hombre que había sufrido tantas derrotas, las conquistas políticas que realizó al final de su vida representaban más bien una derrota moral tras otra. Además de malograr su propósito de reservarse un lugar en la mesa de los próceres culturales, su acomodaticio comportamiento político y editorial durante las últimas décadas de su vida arrojó una larga y duradera sombra sobre la recepción de sus obras anteriores, llevando a muchos críticos contemporáneos a esta etapa a juzgar sus comienzos a partir de su fin decadente. A continuación, analizaremos con más detalle la crítica de El águila y la serpiente, y las razones por las cuales ha sido insuficiente, más allá de confundir la censura del hombre con la de su obra.

Cuando, dentro de muchos años, alguien quiera dar con el nombre de un escritor representativo del México de la primera mitad del siglo XX, en tantos sentidos, renacentista, encontrará al primer intento el de Martín Luis Guzmán.

Andrés Iduarte, Tres escritores mexicanos

Esta historia se cuenta así por la mayoría de los autores, con la única salvedad de que el regalo dicen unos que era, en vez del trípode, una copa enviada por Creso y otros un vaso que había dejado Baticles.

Plutarco, Vidas paralelas

El águila y la serpiente. Es una autobiografía de tipo novelesco con un fondo histórico.

Arturo Delgado González, Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano

CAPÍTULO TRES

El engañoso problema del género literario y del “los de arribismo” en El águila y la serpiente

En el capítulo anterior, hemos evaluado a Martín Luis Guzmán como un hombre que anduvo en desfase con su siglo a pesar de sus constantes esfuerzos para asimilarse, cual camaleón, a las estructuras de poder que dominaban los diversos lugares y épocas que le tocaron vivir. También hemos visto los efectos negativos del poder que finalmente adquirió, a partir del *mezzo del camin*, en su producción literaria y en la recepción de sus obras. Esta evaluación se ha logrado gracias a un repaso detallado de aquellos episodios en su vida que plantean a Guzmán como un hombre incómodo, polémico --y algunas veces, equivocado-- que anduvo perpetuamente fuera de tono o fuera de lugar en términos políticos o culturales. En este capítulo, veremos cómo la recepción crítica de El águila y la serpiente reproduce ciertos elementos de este perfil biográfico, como si transmitiera, de alguna manera, la dislocación del hombre hacia su obra.

Un hombre, tres sombreros

Ya hemos visto cómo la trayectoria política y la periodística influyeron directamente en la obra literaria de Guzmán, tal vez más aun que las agitadas circunstancias históricas del

siglo XX en las cuales tomó parte, y que le enviaron al exilio en más de una ocasión. Pero ahora que hemos establecido la existencia de este triple juego a lo largo de su vida, nos topamos con otra paradoja más: el hecho de que haya podido ejercer simultáneamente durante tanto tiempo tres oficios que, ostensiblemente, deberían de estar peleados entre sí. No hay pruebas de que Guzmán se haya creado *alter egos* a través de los pseudónimos o los heterónimos. Pero de todas maneras, fue capaz de portar tres sombreros muy distintos, sosteniéndolos de alguna manera en la misma cabeza.

Ciertamente, existen precedentes en la literatura para su coincidencia con otros oficios. Por un lado, se sabe que la generación de los modernistas vivía de sus crónicas, y por otro, son muchos los autores latinoamericanos que se han sostenido desde entonces con la edición de revistas de índole literaria --como sería efímeramente, por ejemplo, Romance en el caso de Guzmán— convirtiéndose así muchas veces en “personajes faros” descritos por Pierre Bourdieu. Ya sea en calidad de editores o colaboradores, siguen estando estrechamente ligados hasta la fecha el ejercicio del periodismo cultural y el de la escritura literaria. Y sin embargo, han sido pocos los autores que han dedicado décadas de su vida a la edición de diarios como El Mundo, El Sol, o La voz; o revistas de interés general como La Revista Universal o Tiempo.

En cuanto a la política, también existen precedentes: en una región con una larga y fuerte tradición de escritores comprometidos, no son insólitos los casos de literatos que sostienen tales ambiciones. Sólo para nombrar algunos ejemplos: Domingo Faustino Sarmiento y Rómulo Gallegos fueron electos presidentes de sus países, Sergio Ramírez ha sido vicepresidente de Nicaragua. José Vasconcelos y Mario Vargas Llosa protagonizaron fallidas candidaturas presidenciales. Latinoamérica es una región *sui*

generis en ese sentido. Pero ser un autor idealista que aspira a la presidencia no es lo mismo que ser un autor que se afilia abiertamente con aquella “dictablanda” –el término es de Vargas Llosa-- corrupta del PRI que se consolidó a partir del medio siglo XX, especialmente a partir del año crucial de 1968.

Es decir, aunque de entrada ser un escritor-periodista o un escritor-político no representaba nada fuera de lo común, la manera en que Guzmán se dedicaba a ser todo a la vez fue punto y aparte. Dobleces puede haber muchos, pero aquella constancia no de una doble, sino de una triple trayectoria en su vida fue, por lo anterior, algo insólito. Ahora bien, precisamente por eso, no debe sorprendernos demasiado que este fenómeno haya tenido tanta influencia en la crítica de su obra. Si el propio Guzmán no era capaz de diferenciar entre sus vocaciones, es de alguna manera lógico --o cuando menos, típico-- que un autor sea desprestigiado por la manera en que se involucra en otras actividades. Ya desde el capítulo anterior hemos citado figuras de la talla de Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco, y dentro del campo académico, Fernando Curiel, todos los cuales señalaron la medida en que su manera de vivir, o de ejercer el poder editorial y político, había socavado, para ellos, la base del edificio literario que Martín Luis Guzmán había construido palmo a palmo durante la primera mitad de su vida. Ahora también veremos cómo esa vocación paradójica de portar tres sombreros en una sola cabeza también ha sido retomada por la crítica no solo para juzgar moralmente a Guzmán, sino también como una clave para la interpretación de algunos de sus libros.

En ese sentido, debido en parte a los nexos patentes que hubiera entre la actividad periodística y la novelística --como por ejemplo, el hecho de que desde el principio, muchos libros de la Revolución Mexicana, antes de ser publicados como tales, hubiesen

aparecido antes en la prensa— varios estudiosos de Guzmán han expresado una inquietud de género señalando hacia la influencia formal ejercida en su prosa por su experiencia periodística. Si no de allí, razonan, ¿de dónde habrá partido su obra literaria? No hay antecedentes más que algunos relatos menores de índole modernista, publicados en la revista Nosotros. De hecho, antes de que El águila y la serpiente apareciera en escena, se le apreciaba a Guzmán sólo como el ensayista autor de La querrela de México o A orillas del Hudson.

Esta inquietud pronto floreció como todo un debate sobre la exactitud o veracidad de este libro que ha tenido consecuencias duraderas en términos de su recepción crítica.

El debate crítico principal: ¿historia o ficción?

Aunque la consolidación de Guzmán como prócer cultural haya fracasado --como tantas otras empresas en su vida-- eso no significa en absoluto que su obra literaria haya sido ninguneada por la crítica. Pasando en este capítulo de la biografía a la obra, veremos que lo que la gran mayoría ha definido como “la calidad” de su prosa es generalmente reconocida hasta la fecha. Aunque existe mucha confusión con respecto a su estructura, en lo que al estilo toca, la crítica ha llegado a un acuerdo común: nadie ha dicho nunca que El águila y la serpiente esté mal escrito. Como notó el crítico David William Foster en 1989:

(...) los escritos de Martín Luis Guzmán han sido reconocidos como textos importantes de la vasta literatura inspirada por la Revolución sin haber

sido extensamente estudiados por la crítica literaria. En realidad, lo que ha pasado con estos textos –hecho que se puede constatar en cómo son clasificados en muchas bibliotecas—es que se consideran más bien primeras fuentes sociohistóricas que obras literarias. Este reparto de los escritos obedece a un criterio académico donde novela y documento histórico son categorías mutuamente exclusivas. (“El águila y la serpiente de Martín Luis Guzmán”, 81)

El problema con El águila y la serpiente es más bien que la crítica no ha ido mucho más allá de ese reconocimiento de primera instancia. Siendo uno de los libros que inauguró el género de la narrativa de la Revolución desde su publicación por entregas, que comenzó en 1926, se ha analizado relativamente poco y de manera superficial por varias razones. De entrada, tenemos el hecho de que la mayor parte del *corpus* de crítica guzmaniana se ha limitado a analizar con mayor profundidad La sombra del caudillo, el libro considerado por muchos como su obra maestra. Esto es una muestra de aquella gradual atrición temporal a la que están sujetos inclusive los artistas más universales y, por ende, sus obras. Nuestra época, misma que ha convertido el arte en estrellato, peca de la compartamentalización extrema: por muchos Da Vincis que haya en las paredes del Museo del Louvre, las masas se concentrarán alrededor del retrato de Lisa Gherardini. De allí que El águila y la serpiente, languideciendo en la sombra de La sombra, suela ser tachada o, en casos más benevolentes, despachada brevemente en unos cuantos párrafos o páginas como una obra más periodística que literaria.

Ahora nos incumbe desentrañar primero el por qué ha sido así, identificar cuáles han sido los escollos principales de la crítica con respecto a esta obra, y entonces, de ser

posible, corregir esa tendencia. Desde luego que no pienso desafiar la primicia de La sombra del caudillo. Sería un disparate ponerle a Guzmán a competir consigo mismo como autor. Pero eso sí, estipularé que las obras que son maestras según la crítica del momento no son las únicas valiosas de un autor, ni las únicas cuya crítica puede remitirnos a conclusiones provechosas hoy día --lo cual es particularmente cierto en este caso, dada la coyuntura histórica de la Revolución, cuyo centenario, junto con su vasta producción artística, se celebrarán este año. Sin exagerar demasiado, se puede afirmar que las memorias de Guzmán dedicadas al periodo entre 1913 y 1915, reunidas en El águila y la serpiente, son de la mejor narrativa épica que existe dentro del género longevo de la narrativa de la Revolución --nada más en términos de su abarcamiento de sucesos y personajes.

Aquí nos topamos con uno de los dos problemas principales de la crítica, que es de índole estructural: El águila y la serpiente no ha sido contemplado como un libro épico, sino como un *hodgepodge* de estampas o de crónicas periodísticas. Más que una narración, ha sido visto como una colección. De allí que los fragmentados estudios de este libro, siguiendo el mismo patrón de los estudios biográficos de Guzmán, conforman una larga serie de oportunidades perdidas --inclusive cuando se logra superar el otro problema mayor: el desprecio moral que predomina con respecto a su persona a la hora de examinar su obra.

Como ya hemos señalado, en cuanto al estilo, lo que siempre e invariablemente han sabido reconocer inclusive aquellos que reprueban la vida política o periodística de Guzmán es la calidad de su pluma, aun cuando se empuñaba con fines políticos o

periodísticos. En este sentido, el párrafo que dedica Salvador Reyes Nevares (“La novela de la revolución mexicana”) a sus libros en general es breve, pero superlativo:

Guzmán es un gran novelista político. Le interesa la anécdota, carne al fin y al cabo de la novela. Y le interesan los individuos: pero por encima hay otro interés más constante y más trascendental. Se preocupa por las tensiones y los relajamientos, las rupturas y los equilibrios, que constituyen en un momento dado eso que se llama la circunstancia política. Le apasiona el espectáculo de los hombres, con sus grandezas y sus mezquindades, afanándose tras el poder, conquistándolo, malgastándolo o sacrificándose a él. Es más lúcido Guzmán que la mayoría de sus compañeros novelistas de la Revolución. Tiene además cierto empaque de historiador clásico. Es sobrio y exacto, fantasioso y elocuente. (7)

En el caso específico de El águila y la serpiente, la crítica parece haber captado bastante bien la fachada; sin embargo, pocos han podido cruzar el umbral hacia al edificio que hay detrás.

La crítica enfocada en la estructura suele quedarse perpleja ante esta obra, indecisa entre su admiración en cuanto al estilo y su confusión en cuanto al género o formato. Es como si El águila y la serpiente fuera un pez gordo que se les ha escapado. Pero en lugar de hiperbolizarlo, se tiende a bosquejarlo o a minimizarlo, o a adscribirle vagas tendencias interdisciplinarias. Como resultado, se han planteado ecuaciones simples sin soluciones, que no nos remiten mucho más allá que sus propias fórmulas.

Pero lejos de darle carpetazo a este archivo por agotado, ya hemos comenzado a ver, gracias a eso precisamente, como el caso de El águila y serpiente sigue siendo relevante.

Es, en muchos sentidos, una obra sintomática de ciertos problemas contemporáneos que nos incumben: por ejemplo, el hecho de que la crítica --definida por Kant en su brevísimo ensayo “¿Qué es la Ilustración?” como una actitud o rito de paso hacia la madurez— se encuentra cada vez más rebasada por el arte que analiza. Mientras que el arte sigue luchando a través del tiempo por superar sus ineluctables condiciones de origen, sean éstas cuales sean, la crítica, que nació libre, se halla en cadenas. El enfoque en el problema del género resulta tan estrecho, que descarta innecesariamente otros campos de investigación o comentario posibles. Quiero decir: he notado que cuando se compara El águila y la serpiente con, por ejemplo, el género cinematográfico o la pintura, a fin de cuentas, no se admite una mayor reflexión acerca de su narratología, sus influencias, sus propósitos, o su relevancia. En mi propio caso, comparar el narrador de Guzmán con Charles Chaplin o Buster Keaton me llevó hacia el contenido humorístico de la obra, algo en que la crítica no ha reparado anteriormente. Pero en muchos otros, como veremos en este mismo capítulo sobre la crítica guzmaniana, convertir a El águila y la serpiente en la metáfora de una obra visual es como tomar una salida fácil que limita su interpretación, como si esa imagen valiera mil palabras. Aunque estas comparaciones se deban a cierta confusión genuina con respecto al género de la obra, acaban produciendo un ruido que calla a todo lo demás. Como resultado, la mayor parte de lo que se ha escrito sobre El águila y la serpiente no agrega nada, sin revelar tampoco mucho sobre la obra en sí. Los textos críticos, cada vez más breves, se

convierten paulatinamente en una especie de teléfono descompuesto, cuyo mensaje se va tergiversando, o perdiendo, paulatinamente con cada repetición.

A continuación, en el siguiente apartado, veremos cómo se ha compuesto esta letanía, que invariablemente combina el elogio de los críticos ante el brillo de un estilo bien logrado --el cual se percibe fácilmente-- con cierta perplejidad con respecto a lo que resulta ser, para ellos, un género engañoso. Dado que se sienten engañados, los críticos proceden a acusar al autor de haberles mentido. Inclusive Reyes Nevares, quien distingue en su enciclopedia de autores a Martín Luis Guzmán por la “corrección clásica de su prosa”, luego hace hincapié --como tantos otros-- en la no siempre clara línea divisoria entre historia y ficción dentro de este libro en particular. Esto deriva, generalmente, en comentar la supuesta incapacidad de Guzmán de distinguir entre la verdad y la mentira, o bien, en comparar El águila y la serpiente escueta y, en últimas instancias, decepcionantemente con algún otro tipo de escritura o arte.

Aquí nos topamos con otro problema que late bajo la superficie de la recepción crítica de El águila y la serpiente: la vieja rencilla entre literatura e historia. La pregunta sigue vigente: ¿cuál de las dos disciplinas nos servirá mejor para ponernos en contacto con nuestro pasado? ¿Preferimos los datos duros de los historiadores, a fin de cuentas, a la visión de la Revolución que pueden ofrecer sus grandes novelistas? ¿Pueden los historiadores hacer hincapié en la ficción en la medida que mejor les parezca, tal y como hacen los críticos literarios con la historia?

Hayden White indagó en esta problemática por medio de su libro seminal Tropics of Discourse: Essays in cultural criticism (1978). Según él, la historia se ha definido durante mucho tiempo como una “semi-ciencia”, ocupando así un terreno medio

epistemológicamente neutral que supuestamente existe entre el arte la ciencia; y volviéndose, sin embargo, el enemigo de ambos (27-28). Su tesis sobre la necesidad del historiador de reconocer abiertamente el elemento de la ficción en su discurso historiográfico ha tenido, a mi modo de ver, repercusiones algo bizarras --y sin duda, no anticipadas por el propio White-- en la filología. Porque si se le concede al historiador el don de la ficción, ¿cuál entonces es el terreno que pertenece al crítico literario, ahora que le ha sido arrebatado su monopolio sobre el arte? ¿Qué le correspondería decir sobre una obra heterogénea como El águila y la serpiente?

A raíz de esto, la línea de pensamiento crítico ha procedido más o menos así: El águila y la serpiente nos mete en una camisa de once varas con respecto a la autenticidad; es decir, no se sabe bien si se tratan de unas memorias fidedignas, o si son fabricaciones, como han señalado sus detractores (incluyendo a Vasconcelos.) Es por este problema de género que su primer libro literario se ha vuelto, igual que la figura misma de Guzmán, sumamente incómodo: difícil, por lo mismo, de tragar y de digerir. Eso ha afectado su canonización, dado que la raíz del canon es la clasificación.

Todo eso sirve para explicarnos nuevamente la predilección de la crítica por La sombra del caudillo. En El águila y la serpiente, dado que todos los nombres de todos los personajes son reales, la evidente “mentira de entrada de la ficción” no se aplica, volviéndolo aun más difícil de clasificar. La sombra, en cambio, parte de la ficción; es decir, aunque haya partido de hechos reales asociados con el golpe delahuertista, todos los nombres se han cambiado, y por lo tanto, no peca de la mentira historiográfica.

Todo lo cual se vuelve más enigmático aún si tomamos en cuenta que, en respuesta al predominante debate sobre su obra, Guzmán mismo declaró en una entrevista

con Emmanuel Carballo --no sin ironía o afán de provocar-- que su libro sobre la Revolución había sido una novela, mientras La sombra se trataba de una historia verdadera (“Entrevista”, 36). Arriesgo aquí la hipótesis de que la razón por la cual Guzmán hizo esa reflexión, fue porque no fue El águila y la serpiente, sino su siguiente libro el que provocó la censura directa y terrible del gobierno mexicano bajo los auspicios de Plutarco Elías Calles; un libro donde los nombres habían sido cambiados y las circunstancias --aunque claramente alusivas a hechos reales-- habían sido igual de claramente manipuladas y alteradas.

Es como si El águila y la serpiente se hubiera reducido, de hecho, a una hermosa fachada contra la cual la crítica literaria se ha topado, vez tras vez, reconociendo con cada golpe su propia desventaja, o la falta de credenciales historiográficas que a lo mejor hubieran autorizado la llegada a conclusiones más contundentes con respecto al libro. Lo ven como un producto más allá de los límites de su campo literario, aunque por otra parte, tampoco pertenezca al de los historiadores.

A fin de cuentas, no han podido reconocerlo por lo que es, y como resultado, El águila y la serpiente ha quedado como un libro huérfano --o mejor dicho, bastardo, porque lo que ha sido cuestionado es su legitimidad. Los críticos que se citarán a continuación se limitan a debatir el género, sin irse más allá del problema de la clasificación.

Este problema es, según Sylvia Molloy, común entre las autobiografías latinoamericanas:

Thus, one might say that, whereas there are and have been a good many autobiographies written in Spanish America, they have not always been

read autobiographically: filtered through the dominant discourse of the day, they have been hailed either as history or as fiction, and rarely considered as occupying a space of their own. (At Face Value, 2)

Pero aunque el problema sea generalizado, resulta difícil, dada la exactitud de la definición retórica de las memorias como un género intermedio, entender por qué la cuestión que más ha interesado a la crítica del El águila y la serpiente haya sido el asunto de su veracidad. Según aquella definición, se espera que las memorias sean poco confiables en cuanto al rigor, pero que sean interesantes y útiles de cualquier modo, exitosas en la medida en que reflejen el impacto que tuvo un breve periodo de gran importancia histórica *sobre el autor*. Y pongo énfasis en estas últimas palabras, porque a mi juicio, el autor ha sido el elemento más relegado por la crítica con respecto a este título. Después de todo, es su interpretación lo que predomina allí.

La crítica guzmaniana y el problema del género

Examinaremos ahora la contribución específica de varios críticos al problema del género en este libro. De igual manera en que sus perspectivas sobre el hombre Guzmán suelen concentrarse en lo que debería de haber sido, y no lo que fue, la crítica ha expresado su deseo de juzgar el libro según lo que, según ellos, debería de haber sido, en lugar de lo que es --como si quisieran de alguna manera echarle un lazo, y arrastrarlo hasta dentro del corral literario. Mientras que otros se rinden por completo: por ejemplo, en una temprana evaluación, la crítica Ruth Stanton declaró en 1943 que no era una novela

genuina (“Martín Luis Guzmán’s Place in Modern Mexican Literature”, Hispania, 136-138). Y a partir de allí, la cadena crítica asociaría El águila y la serpiente se dedicaría fundamentalmente a elegir con cuáles otros géneros el libro se podría asociar, sin irse más allá en su análisis.

Para Larry Grimes, quien publicó en una humilde edición de Cuernavaca su estudio sobre Guzmán con algunas ideas sugerentes, pero datos lamentablemente muy fallidos, El águila y la serpiente es una crónica que representa la transición entre ensayo y novela histórica en la obra de Guzmán (The Revolutionary Cycle, 36). Grimes dice que si hay un héroe allí, más que las manifestaciones fragmentadas de los caudillos, sería la Revolución en sí (44).

Siguiendo esta misma tendencia de asociar El águila y la serpiente con lo interdisciplinario, Héctor Perea (“Prólogo”) identifica la obra de Guzmán con el cine, la pintura histórica... y hasta la radiografía. En cuanto a lo periodístico, nota que tanto El águila y la serpiente como La sombra del caudillo fueron publicadas primero en los diarios madrileños. Era una forma de financiar el trabajo, y también de dar publicidad al libro futuro. Pero eso no era, por otra parte, nada diferente a lo que pasaba con gran parte de las novelas que se publicaban en aquella época todavía, incluyendo Los de abajo de Mariano Azuela. En cuanto al cine toca, Perea, como gran estudioso de lo que él ha llamado “El Ateneo de Afuera”, está muy consciente de que Guzmán (junto con Reyes) fundó el género de la reseña cinematográfica bajo el pseudónimo “Fósforo” durante su primera estancia en Madrid, cuando escribían para la revista España de Ortega y Gasset, entre otras. Pero de allí a afirmar la cinematograficidad de su obra hay una brecha que me parece infranqueable, especialmente tomando en cuenta que fue escrita durante una época

en que la profundidad o la sutileza psicológica no eran precisamente las características principales de ese medio, el cual todavía se encontraba dominado por el melodramatismo de las películas mudas. Y de la falta de color, ni hablar. Para ser más precisos: es como empezar la casa por el tejado. Reitero que veo en el narrador Guzmán la impronta de figuras tragicómicas como Charles Chaplin, o Buster Keaton, y abundaré sobre ello más adelante. Mas eso es muy distinto a abrir y cerrar el análisis del libro diciendo que se parece mucho al cine. No debemos olvidar que es el cine, en todo caso, el que imita en sus inicios a la novela épica, y no viceversa.

Echando mano de las artes visuales, Fernando Curiel lo califica a Guzmán de “retratista genial” (La querella 16) o, en el caso particular de Villa, autor de “un vasto mural inconcluso” (“Los remitentes” 33)²⁷. También para Manuel Pedro González, Guzmán es un retratista, el maestro del retrato psicológico, y El águila y la serpiente, una colección de tales retratos. “Es que aquí el tema —el ambiente revolucionario en sus más altas jerarquías— ha encontrado su cronista ideal” (258).

En su célebre antología, Antonio Castro Leal lo describe nuevamente con el pincel en la mano, reconociendo pero minimizando a la vez su presencia en la obra, dado que está “escondido discretamente en la multitud de los personajes que evoca, como esos pintores que han dejado su rostro casi en la orilla del cuadro, confundido con el de otras figuras” (La novela, II, 16). También Arturo Delgado González recurre a lo visual: “Precisamente en virtud de este arte pictórico con que Martín Luis Guzmán capta las imágenes de la realidad que plasma en sus temas, puede afirmarse que ‘escribe pintando’,

²⁷ Sin embargo, Curiel se equivoca cuando observa que Guzmán siempre describe gente que ya se había muerto: entre muchos otros, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles figuran en su obra de forma directa (El águila y la serpiente) y estaban vivos cuando se publicó el libro.

de modo que al leerlo se tiene la impresión de estar viendo a través de sus palabras escritas” (103). Y Max Aub se une al coro:

El gran arte de Martín Luis Guzmán es, todo, el de retratista. Sobrarían ejemplos para compararle con los mayores. Es tan buen dibujante como colorista; sabe componer, figurar, interesar progresivamente. Para decirlo de una vez, es a la novela de la Revolución Mexicana lo que pudo ser Velázquez a la pintura española. (40)

O volviendo a Marta Portal: para ella, El águila y la serpiente es un “fresco itinerante de la Revolución” (Proceso narrativo de la Revolución mexicana, 86).

Inclusive William W. Megenney, editor de una colección de ensayos sobre El águila y la serpiente publicados por el programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de California en Riverside, en reconocimiento de su 50^{avo} aniversario y como un llamado para que se estudie más esta obra, lo define como:

...a uniquely magnificent series of literary paintings which colorfully relate to us Guzmán's own spiritual and intellectual anxieties that were a product of the principal forces of good and evil which dominated and permeated all facets of this socio-political struggle” (“Foreword”, Five Essays on Martín Luis Guzmán, s/n)

En suma, toda la gama de crítica enfocada en la estructura coincide en que El águila y la serpiente representa en todo caso una serie de imágenes o fragmentos, más que una obra en sí. Rosario Castellanos, quien reconoció que “La novela en México no aparece como un fenómeno cultural aislado, sino siempre en relación directa e inmediata con fenómenos sociales, políticos y económicos que posibilitan su nacimiento, que favorecen

o retardan su desarrollo, que condicionan sus tendencias, que menguan o acrecientan su vitalidad y aun que propician o impiden su desaparición” (“Sobre literatura mexicana”, 80) considera La sombra del caudillo su “única novela” (86).

En lugar de adelantar más hipótesis estructurales, Federico Patán se encuentra entre los que se embelesan con la fachada de la obra y los oficios alternativos de Guzmán. Según él, fue el hondo interés del autor por el periodismo el que le enseñaría cómo extirpar todo embellecimiento y preciosismo de su obra escrita: “En la puesta de la pluma a las tareas variadas que el oficio exige, Guzmán aprende con rapidez la necesidad de ser claro y parco en el estilo, condiciones que llevará con provecho a su narrativa” (80).

Mientras que José Emilio Pacheco opina, al contrario, que todo en Guzmán se halla más bien estetizado: es decir, embellecido y preciosista. Sin embargo, Pacheco también destaca la influencia del estilo periodístico en Guzmán como narrador de lo visto y lo vivido, diciendo que el “gran periodista literario” de la estancia en Madrid había creado en El águila y la serpiente uno de los primeros ejemplos de “New Journalism” (78) tal vez porque en algunos casos de ese género, como el de Norman Mailer en su propio libro sobre el Pentágono titulado Armies of the Night --el cual ganó dos Premios Pulitzer--, los autores figuraban también como protagonistas.

Margo Glantz es a mi juicio uno de los críticos que mejor leyeron la obra en sí, en lugar de aplicarle una etiqueta. Pero eso no la salva de percibir El águila y la serpiente como una obra esencialmente fragmentada. Según Glantz, este libro fue definido por José Luis Martínez en Literatura mexicana, siglo XX, 1910-1949 como memorias más que una novela, y por Manuel Pedro González en Trayectoria de la novela en México como

francamente inclasificable. Ahora bien, en lugar de tacharlo, Glantz se interesa por la cuestión de la pluralidad de géneros presente no solo en El águila y la serpiente, sino en varias otras obras de Guzmán: crónica, periodismo, cuadros aislados, episodios, fragmentos cinematográficos; el denominador común sigue siendo, para ella, la naturaleza fragmentaria de su prosa. Dado que ella misma es una autora prolífica de libros que caen dentro de lo que podríamos llamar un “género sin género”, parecería que Glantz ve en Guzmán un precedente para su propio procedimiento narrativo. Ella propone —mas desafortunadamente, no lleva a cabo— el estudio de la organización interna de El águila y la serpiente para determinar si se trata de una novela, memorias, o una serie de cuentos hilados (871-872).

La crítica española Marta Portal elige, en cambio, definir la obra como novela, pero con un hilo muy enmarañado:

El águila y la serpiente es novela, porque el género biográfico no repugna, antes bien es esencialmente novelesco; es novela, porque se parte de un material histórico —de sucedidos— disperso y se lo embellece y se le da una forma coherente, hasta conseguir una representación fiel del acontecer existente en la imaginación y la memoria del autor, pero despojada de aquel carácter personal que, según Freud, pudiera desagradar a los extraños, y enriquecida para los demás con la profundidad de las intenciones personales de los personajes que intervinieron en el hecho histórico. (83)

En cuanto al problema de la verdad *versus* la mentira, Portal también lo compara con Bernal Díaz del Castillo y su “verdadera historia”, dado que según ella, Guzmán no

pretendía revelar la verdad de los sucesos, sino la verdad de lo que pasaba más allá de ellos. Con lo cual sugiere que hay algo más pasando allí detrás de la fachada de la obra, pero apenas toca en la puerta.

Afortunadamente, ahora existe una crítica posmoderna que ha logrado deshacerse de la rigidez de sus predecesores en cuanto al género literario. John S. Brushwood ya había notado con cierta impaciencia en 1966:

Literary critics are in general agreement that El águila y la serpiente is not a novel, but that it is very important in the development of the novel. Perhaps the best description of this particular book is that it is literary reporting. But if we generalize its characteristics and those of a number of books that came later, the most accurate description is that they are accounts of revolutionary activity. It is often hard to tell what is autobiographical, what is biographical, and what is fiction. It is easier to tell when facts are re-created in the mind of the author, and when they simply pass through him and come out in the same form. It seems to me that much time could be spent uselessly discussing whether one or another of many books about the Revolution is or is not a novel. The important thing is that, if they are not novels, they took the place of novels, just as the chronicles took the place of novels early in the Colonial Period. The novel plays a role in society, and we are concerned with its presence, its absence, or substitutions for it. The role is more important than the form taken by the agent that fulfills it. (200-201)

Como notó David William Foster en un artículo más contemporáneo sobre Guzmán de 1989, desde la publicación por Hayden White de Tropics of Discourse:

Bien que haya buenas razones intelectuales e ideológicas para distinguir entre la **función** de la literatura y de la historiografía, el análisis cultural contemporáneo se ve obligado a insistir en que no hay ninguna diferencia **intrínseca** entre el discurso que solemos llamar literario y el que solemos llamar histórico. (81)

Foster desarma el debate estructural que había reinado con respecto al género de esta obra, sugiriendo que se tome como un texto cultural y aclarando que “Rescatar de las filas históricas a textos como El águila y la serpiente no quiere decir que haya que desestimar su valor como documento histórico, ni que se tenga que afirmar una ficticidad esencial para poder abordarlos como literatura” (81). Sin embargo, no concuerdo con él que Guzmán sea un narrador que esté “distanciado de los hechos”, o que haya visto la Revolución como una “pesadilla” (85). Pero elaboraré más sobre ese tema en el capítulo siguiente.

Quizás lo que se debe rescatar de todas estas breves disquisiciones, que permanecieron en cierta medida cristalizadas ante el problema de cómo entrar en materia, y de cómo asirnos a la primera obra narrativa de la prosa guzmaniana, sería en todo caso el reconocimiento generalizado de su gran flexibilidad como autor.

“Los de arribismo”

Si esta obra de Guzmán fue descartada o minimizada por los críticos enfocados en su estructura, quienes se limitaron a cuestionar su género, tampoco le fue demasiado bien con la crítica marxista. El águila y la serpiente como reflejo de no solo la postura estética de Guzmán, sino también de su postura política, se ha categorizado (y no del todo injustamente) como una reseña a las grandes figuras históricas —algunas de talla monumental, como Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Francisco Villa— para así condenar a la Revolución desde una perspectiva elitista. Resulta que el origen de la frase “los de arriba” empleada en asociación con El águila y la serpiente —para así contrastarla con la novela de Mariano Azuela— proviene de un estudio titulado “La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual”, publicado por Juan Uribe Echevarría en los Anales de la Universidad de Chile en 1936. Es negativa esta calificación desde el principio, y no una mera comparación tematólogica. Reafirma Manuel Pedro González que la visión de Guzmán es diametralmente opuesta a la de Azuela, y que “Por eso en El águila y la serpiente el pueblo no aparece ni cuenta para nada” (261). Por su nacimiento criollo, Guzmán estaba incapacitado, según González, por una suerte de determinismo para interesarse por “la anónima carne de cañón” (260), tomando como ejemplo su descripción de la toma del Palacio Nacional por los Zapatistas.

Este párrafo polémico amerita un análisis más detallado, el cual se realizará en el capítulo siguiente. Por el momento, basta señalar que este es un buen ejemplo, primero, de lo duraderas que pueden ser algunas etiquetas críticas, y lo difícil que es quitarlas, como si fueran códigos de barras adheridos por algún almacén a un vaso transparente. Y segundo, de la manera en que la crítica literaria moderna resulta extrañamente incapaz de obviar aquellas condiciones predeterminadas con las cuales los autores han nacido, y que

son por lo tanto ineludibles. Esencialmente, se tacha a Guzmán de criollista porque es un criollo: un error bastante grave, si tomamos en cuenta el esfuerzo continuo de los narradores de cualquier literatura por superar a través de la escritura las limitaciones de sus orígenes, cualesquiera que fuesen.

Eso, aparte del problema evidente de que la corriente del “los de arriba” implica que Guzmán haya sido complaciente con el poder. Los herederos más recientes de ese discurso se basan en la biografía del Guzmán decadente, aquél que se perfiló durante la tercera y última etapa de su vida. Pero resulta difícil reconciliar eso con su descripción de cómo Carranza ha mimetizado a Porfirio Díaz, o de Obregón como un farsante. Aunque es cierto que el autor no elogia al pueblo —que sí aparece, y sí cuenta, aunque no sea de manera épica o heroica— tampoco elogia a los caudillos de la Revolución.

Andrés De Luna (“Introducción”) pertenece a la cadena de críticos que ve en Guzmán sólo al autor de textos sobre “los de arriba”. La virtud de su prosa radicaría entonces, según él, en una exploración de la figura del héroe, cuyo atributo más esencial es la fama. Relaciona este tratamiento con el ensayo “Los héroes” de Thomas Carlyle. Para De Luna, las obras principales de Martín Luis Guzmán son “una crónica de caudillaje”. Sigue una lista de nombres de figuras importantes con un resumen de cómo Guzmán las trataba en su prosa.²⁸

Comparte este juicio Marta Portal, quien tampoco le perdona a Guzmán no haber sido lo que se definiría después como un escritor comprometido:

²⁸ No explica, sin embargo, el hecho de que muchos de los personajes más memorables de Guzmán distan de ser heroicos: el general sinaloense Rodolfo Fierro, por ejemplo, quien en “La fiesta de las balas” obliga a sus presos a huir con tal de entretenerse matándolos uno por uno. Tal y como comenté en mi Introducción, este capítulo sobre el segundo de Pancho Villa sigue siendo el más antologado de todos los escritos por Guzmán.

[Su] distanciamiento fue total respecto del pueblo... La omisión es imperdonable porque supone una grave mutilación de la realidad y una parcial interpretación de los hechos: se interpretan “desde arriba”. ¿Qué visión nos da —y debe de ser la que tiene el autor— de ese pueblo? Nos dice, dubitativo, que pensaba a qué nuevo término llegaría el alma nacional, si llegaba a alguno... Hay en las lamentaciones del autor un desprecio absoluto por la capacidad del pueblo para el autogobierno y una desesperanza [sic] irredimible por las crueldades que conlleva la revolución si es proletaria y total. (85)

Duras palabras de una teórica marxista para el autor que ella misma llamó al comienzo del capítulo “uno de los mejores prosistas en castellano del presente siglo” (83).

D.L. Shaw, quien aporta también algunas ideas interesantes sobre la perspectiva de Guzmán en El águila serpiente, termina proporcionándonos otro eslabón más de la misma cadena:

In the conventional historical novel, the tendency is to show little people living out their lives in the shadow of great historical events... Here, in contrast, Guzmán presents a first-hand picture of some of the principal actors in the drama as they play out part of their leading roles. Instead of being seen from underneath and from the periphery of events, the Revolution is seen from above and from the centre. (4)

Es importante aclarar que la perspectiva de Guzmán definitivamente no es desde arriba y desde el centro, sino la de una élite criolla provinciana con aspiraciones políticas. Yo la definiría más bien como una perspectiva desde atrás del trono, o mejor aún, detrás de la

cortina. También simplifica demasiado Shaw en el mismo ensayo, subtulado “Arielismo and narrative method”, cuando ve en Guzmán una repetición de la vieja dicotomía de civilización vs. barbarie. Mostraremos en el siguiente capítulo que el autor reserva su crítica más dura para la clase criolla, es decir, los “civilizados”. Por un lado, reconoce la independencia cultural que habían declarado los modernistas en Guzmán, con lo cual estoy de acuerdo. Pero ¿cómo concluir que el autor que dedicaría tantos años de esfuerzo al rescate político y literario de la figura de Francisco Villa como revolucionario lo veía, simplemente, como una bestia? Como diría Guzmán en su entrevista con Emmanuel Carballo:

Villa era un fabuloso conversador; yo, público entusiasta... Algunos de mis giros más castizos, de mis palabras preferidas, se las debo a Villa. Su lenguaje campesino, viejo de siglos, daba la impresión de estar recién acuñado: se advertían en él los cantos, los relieves, las efigies...”

(Carballo, Diecinueve protagonistas, 76)

La ruptura con el eclecticismo

Pasando ahora del grosor de la crítica existente que es, esencialmente, negativa, a la contemplación de otras posibles maneras de abordar a El águila y la serpiente, me pregunto de entrada si aquella disonancia vital guzmaniana, tan desatinada, no haya contribuido, de alguna manera, a romper con lo que se podría llamar el “eclecticismo negativo”, que había guiado con mano oxidada durante largos siglos el pensamiento y la

obra latinoamericanos. No me refiero aquí al eclecticismo como una aproximación filosófica que combina varias escuelas de pensamiento, sino a aquella tendencia en las humanidades y las ciencias americanas a privilegiar los modelos europeos --dedicándose al *imitatio* por encima del *inventio*, para citar la clásica dualidad ovidiana. Esa imitación no es precisamente mimética; es decir, no parte de una realidad observable, sino más bien de una glosa de la tradición europea. Esta variante del eclecticismo puede colocarse en una larga lista de males atribuibles a la relación colonializada que llevaba México con la metrópoli a lo largo de muchos siglos, misma en la que destacan términos económicos como el “mercantilismo”, o sociológicos como la “esclavitud africana”.

Ahora bien, estos procesos se presentan en términos de grados paulatinos, no de cambios absolutos. Y es cuestión de percepción, no solo de realidad. En cualquier país de las Américas, el eclecticismo no está exento de detalles precolombinos o criollos, aun cuando se derive de modelos occidentales. Pero se percibe de manera peyorativa, como escribió Reyes sobre El periquillo sarniento con relación a Guzmán de Alfarache: “Lo que hay es que el *Periquillo* deriva de la Novela Española como deriva una mala copia de un buen modelo. Lo que hay es que para el novelista español el arte es lo primero (consciente o inconscientemente), en tanto que Lizardi, por tal de sermonear a su antojo, desdeña el arte si le estorba” (233). Eso, a pesar de que “sufría por los ideales del pueblo: era una obra nacional” (235) y a pesar de que, según su contemporáneo Terán, empleaba lenguaje mexicano vernacular, es decir: “novela en el idioma de la canalla” (237). No obstante, ciertos eventos históricos en este hemisferio han catalizado, por su magnitud, la formación de un modelo más autóctono. Por ejemplo, la Revolución de Independencia estadounidense de 1776, aunque inspirada por el pensamiento de los *philosophes*, fue

tomada como modelo por los propios franceses a la hora de entablar la Revolución de 1886 --y por muchas naciones latinoamericanas también, incluyendo a México, en sus respectivas luchas independentistas. Veo la Revolución de 1910 en México como un evento parteaguas de magnitud comparable en este sentido, no solo en términos de su importancia histórica a nivel nacional, sino porque actuó como un modelo de exportación para muchas guerrillas europeas y latinoamericanas, además de inspirar y fundar el primer género literario que no privilegiaba, explícita o tácitamente, lo europeo sobre lo mexicano. Y la narrativa revolucionaria también ha sido entendida como una declaración de independencia cultural. Marta Portal describe de la siguiente manera los rasgos centrales de la “cultura derivada del movimiento revolucionario”:

- a. El descubrimiento de México –como escenario y como argumento—por los mexicanos.
- b. La recuperación de México para los mexicanos: la integración nacional: la conciencia de la mexicanidad.
- c. La recuperación del indígena como elemento constitutivo de la realidad social nacional.
- d. El encuentro y el abrazo –a veces mortal—del mexicano con el otro mexicano, y el subsiguiente descubrimiento patético de los rasgos esenciales del ser mexicano.
- e. La conciencia revolucionaria de las masas; su dignidad de pueblo capaz de cambiar su destino.
- f. Inversión de un complejo de inferioridad.

- g. Anticlericalismo. La Iglesia católica deja de ser portavoz de la voluntad divina.
- h. Un nuevo lenguaje ideológico.

(Proceso narrativo de la Revolución mexicana, 11-12)

Concluye que la Revolución Mexicana “supuso también una toma de conciencia del mexicano de su ser frente a los modos europeos importados” y que esa afirmación cultural fue reafirmada o exacerbada por la crisis que llevó el Viejo Mundo a la Primera Guerra Mundial (12).

Ahora bien, si como señala Portal, el primer compromiso de los autores de narrativa revolucionaria consiste en dar “el reflejo fiel de la realidad” (12) para poder discernir, no quienes *deberían* de ser los mexicanos, sino quienes *eran* en realidad, o más allá de eso, de qué era lo mexicano en sí, lógicamente la decisión de Guzmán de manejar personajes y situaciones reales procede y es coherente con el género.

Volviendo un momento al tema de los próceres culturales, cabe señalar brevemente que no todos los autores de la Literatura de la Revolución Mexicana son iguales en términos de su grado de ruptura con este eclecticismo negativo. Además de la tendencia que ha padecido el género hacia llegar a estereotipos, y no a verdades, tal y como se propuso en el primer capítulo de esta tesis, existen autores que se ocuparon de condenar la Revolución sin llegar a comprenderla, como Mariano Azuela, o reforzar los valores propios en lugar de desentrañar los ajenos, como José Vasconcelos. A fin de cuentas, los escritores narcisistas como Vasconcelos, a pesar de sus pretensiones nacionalistas, no hacen más que reflejar o, cuando mucho, recorrer las obviedades de la época en la que nació --en su caso, el positivismo, la hispanidad, el machismo-- en lugar

de arriesgarse a explorar un terreno más incógnito, pero que resultaría ser más mexicano. Sigue con un pie en el pasado, sin pisar con el otro el futuro. Esta clase de autores produce, por lo tanto, una obra que aguanta menos el paso del tiempo: refleja los fantasmas del pasado, pero no la realidad de su presente. Pero de eso, también se hablará más adelante. Por el momento nos corresponde señalar que las mejores obras tempranas de la Literatura de la Revolución Mexicana --incluidas las de Guzmán-- van más allá de simplemente presentarnos con una versión atlántida del *Weltanschauung* europeo, porque como Antonio Castro Leal indica, los libros de autores como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Rubén Romero, José Vasconcelos, Francisco L. Urquiza, Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello están basadas en el haber sido testigos de primera mano de la Revolución.

La visión directa de una realidad nueva e impresionante –sea en los simples testigos o en los que toman parte en estructurarla—es una de las características que presiden el nacimiento de la Revolución Mexicana. Que esta visión directa arroje sobre la Narración reflejos autobiográficos es del todo natural. (“Introducción”, La novela de la revolución mexicana, 25)

Es decir, son libros que aportan mucho más que una mexicanización de lo europeo, que se basan en una realidad inmediata que se ha observado, y no una realidad lejana que se ha leído. Eso es, en parte, por ser un género únicamente mexicano, ligado estrechamente con el concepto de la identidad nacional. Y dentro de este mismo gran género longevo, tal vez haber sido un autor incómodo o inesperado, en lugar del autor triunfal que fue después, fungía como un activo, un motor que le ayudaba a Guzmán a producir libros

singulares. En este sentido no deja de ser significativo el hecho de que, aunque haya sido editor y político antes de escribir novelas, fue escritor de novelas antes de volverse un editor y político priísta. Tampoco se le debe quitar el mérito de haberse liberado del eclecticismo negativo desde El águila y la serpiente, especialmente tomando en cuenta que provenía de una generación de autores tan eurocentrista como era el Ateneo de la Juventud, o el que viviera exiliado en España a la hora de escribirlo.

De hecho, Martín Luis Guzmán califica para Federico de Onís como el representante literario de un “*Mexican Renaissance brought about by the Revolution*” (“Introduction”, s/n). Para Arturo Delgado González, “La esencia de su expresión la constituye su preocupación. Sus obras, pues, reflejan el sentido nacionalista de la literatura mexicana, ya que recogen el conocimiento crítico de nuestra concreta realidad” (102). Según Ermilio Abreu Gómez, su crítico más fielmente hiperbólico, Martín Luis Guzmán fue de los primeros en romper con lo que Gabriela Mistral llamaba la imitación servil o el manso espíritu mimético del modernismo. Escribe al respecto:

Martín Luis Guzmán aparece en los momentos más peligrosos de la literatura americana; cuando estaba ya en crisis el modernismo y sobrenadaba en los círculos literarios un alud de fórmulas que los arrastraba a una etapa de repeticiones. El que no repetía el mundo de las marquesas, de las princesas y de los vizcondes de Darío y de otros modernistas, era tenido como un escritor retrasado o dejado de la mano de los dioses tutelares de la buena literatura. (La expresión literaria de Martín L. Guzmán, 11)

En efecto, como otros autores de la Literatura de la Revolución Mexicana, su obra parte no del escapismo modernista, del cual produjo pocos y esporádicos ejemplos bajo el pseudónimo “Estrella de Oriente”, sino, en todo caso, de una verdadera mimesis, extraída del paisaje mexicano que, según Guzmán, era su principal fuente de inspiración (Carballo, Protagonistas, 84). Aunque su prosa fue informada por los autores clásicos y otras fuentes europeas, algunas de las cuales se mencionarán en el siguiente capítulo, El águila y la serpiente dista de ser meramente una tropicalización calcada de lo europeo. La suya ya es una obra que no admite ninguna controversia que cuestione si esta literatura mexicana fuera imitativa o original. Señala Abreu Gómez:

Primero, se detiene ante la observación directa, cierta, inequívoca de los hechos. Estos hechos, que esencialmente se refieren a México, están limitados por el paisaje, los hombres y sus atributos... De este modo, los hombres y el paisaje no son simples accidentes, sino expresión genuina de la esencia nacional. (La expresión literaria, 14)

Aunque exagera las virtudes prosísticas de Guzmán hasta el grado de volverlas sospechosas, y aunque insiste demasiado en sus virtudes nacionalistas, concuerdo con Abreu Gómez que la prosa de Guzmán es “intransferible” y de lo mejor que se produjo en lengua española durante aquellos años.

Un crítico mucho menos complaciente, pero que por otra parte ha sabido evitar muchas trampas críticas con respecto a El águila y la serpiente ya descritas en este capítulo, es Jorge Aguilar Mora. Aunque tampoco le ha dedicado muchas páginas, cuando escribe va más allá del estilo o el género de la obra, planteando la posibilidad de que ésta aportaba algo nuevo a las letras mexicanas:

La escritura autobiográfica de El águila y la serpiente fue esencial para repensar las relaciones de la moral con su materia y con el discurso. Una literatura nueva no podía ser sólo asunto de contenidos históricos inéditos. De hecho, la tradición literaria mexicana abundaba en esos asuntos. Guzmán situó su búsqueda de una verdadera visión interior en el replanteamiento de los valores morales en el texto. La enorme variedad de personajes y acontecimientos revolucionarios le permitió no sólo confrontar individuos sino medir la distancia que había en cada uno de ellos entre su comportamiento histórico y sus convicciones personales. No se puede decir que esta doble operación haya tenido el mismo éxito en todos los casos; pero lo importante fue que logró mantener en su lenguaje una posición crítica y no moralizadora, ante los otros y ante sí mismo: el valor de la realidad no se medía con la moral cristiana convencional, se definía de acuerdo a cómo cada persona y cada objeto desarrollaban su potencialidad, a cómo asumían lo que eran y a cómo aceptaban la justicia de sus actos. (“El fantasma de Martín Luis Guzmán”, consultado en línea el 2 de julio de 2007.)

Esta perspectiva, y en particular la anotación “ante sí mismo”, comprueba que El águila y la serpiente no ha eludido por completo a toda la crítica literaria. En primer lugar, Aguilar Mora sugiere aquí la ruptura que había logrado esta obra con la tradición eclecticista en México. De hecho, su reflexión acerca de la manera en que Guzmán medía a la distancia entre el comportamiento de los personajes históricos y su moral se retomará a continuación, pero en el sentido de la “visión interior” de Guzmán ante sí mismo: su

autocrítica, revelada a través de su planteamiento del yo como personaje principal de El águila y la serpiente.

Y es que la crítica, en su entusiasmo por la soberbia galería de figuras retratadas por Guzmán, ha descuidado precisamente la cuestión fundamental de la primera persona, del narrador, del “yo” en el texto: ¿cuál sería su “singular importancia” dentro del desenlace histórico?

Larry Grimes reconoce que Guzmán es el hilo que junta los episodios revolucionarios y sus protagonistas, pero minimiza su papel: “*Despite his frequent evaluations of the Revolution and its leaders based on his political ideology and revolutionary aspirations, the author avoids constant mention of his role, whether of major or minor import, in the upheaval*” (35). Castro Leal comparte esta impresión:

En El águila y la serpiente apenas aparece la figura del autor dentro del cuadro de la narración, a pesar de que todo el libro es una visión personal del mundo en que ha vivido como testigo alerta. Parece que ha ido recogiendo sus impresiones con cierta técnica y gusto literarios, y que esta actitud le ha permitido ver las cosas con desinterés y lejanía.

(“Introducción”, 26)

Un estudio puntual en el siguiente capítulo revelará que estas afirmaciones están muy equivocadas, y que el papel de Guzmán no se ha “evitado” en la obra.

Por otra parte, fue vislumbrada la necesidad de realizar un estudio al respecto por William W. Megenney, quien resolvió de la siguiente manera el problema del género en El águila y la serpiente:

Dicho de otro modo, aunque la novela es una serie de cuentos, se percibe en éstos una progresión temporal, un ir de un antes a un después. Y este carácter de progresión es el que a la totalidad de los cuentos, confiere carácter de novela; la novela se integra así con una sucesión de relatos en que la voz del autor-narrador constituye el hilo unificador del todo novelesco. (“Martín Luis Guzmán como cuentista”, 116)

En efecto, volver a insertar a Martín Luis Guzmán en esta obra puede darle coherencia y resolver la naturaleza fragmentaria como tantos la perciben con la constante de la primera persona. En su autobiográfico “Apunte sobre una personalidad”, describe aquella etapa de su vida de la siguiente manera:

Luego necesita asistir a la liquidación del carrancismo, que observa a distancia; y de nuevo en su patria, ha de volver activo a la política, y de ésta otra vez al exilio, para intentar el camino opuesto: hacer, con miras a lo que busca, el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramado todo mediante un procedimiento tal que, dando unidad al conjunto, y librándolo de ser historia, o biografía, o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador ni verdad sustantiva a lo creado. (32)

Esta visión realmente heterogénea sobre la fusión de los géneros es tal vez más elocuente que lo que ha dicho la crítica sobre el problema de género en la obra de Guzmán. En cuanto a su postura política, desafía también a la recepción “los de arribista” de su obra:

El solo planteamiento de la cuestión anduvo siempre muy lejos de presentársele con la nitidez simplista que después le daría, diciendo: “Si los principales autores de la Revolución no hubieran sido tan defectuosos como fueron, la Revolución no habría llegado a ser lo que es”. Porque para hablar de tal modo le faltaba el concurso de un imposible: que la materia revolucionaria, vista por él directamente y en su estado natural, no hubiese chocado con las definiciones patrias que había recibido, como en quintaesencia, a través de la alquimia de la historia. Hubo, pues, de someterse a una prolongada suspensión del juicio, para no absolver a ciegas ni caer en la retractación de su entusiasmo de otros días, o en la negación de su propia conducta, o en el desconocimiento de lo que antes reconoció. (29-32)

Aunque Guzmán habla del peligro de “absolver a ciegas”, como si a él le correspondiera emitir un juicio categórico sobre la Revolución, también habla de ser consecuente con su propia conducta. Si examinamos su versión de ese comportamiento, encontramos una crítica severa, hasta implacable, del fracaso no solo de los ideales de la Revolución, sino también de un narrador que ejemplifica las taras de toda una clase criolla que, por muy constitucionalista que haya sido, no quiso mancharse de “la mole humana” (El águila y la serpiente, 272). Volviendo a las carencias de la crítica previamente mencionadas, en el sentido de que no creen a Guzmán capaz de superar sus orígenes criollos, es precisamente a través del “yo” en la obra donde lo logra. Como escribe en una carta a Alfonso Reyes fechada en 1928 —el mismo año en que aparece publicada El águila y la serpiente— “cualquier lector imparcial de mi libro advertirá que son más las veces en que me pinto

cobarde que aquellas en que me hago pasar por valiente” (Medias palabras, 130). Según su propia versión de los hechos, Guzmán y por extensión, la clase intelectual criolla a la cual pertenece no es solamente cobarde, sino también frívola. Además, ha fracasado en la función que le correspondía: gobernar. Lejos de aprovechar la coyuntura histórica para trazar los nuevos fundamentos de un México renacido, Guzmán comprueba continuamente su incapacidad para estar a la altura del proceso que está presenciando. Reconoce lo notoria que es su propia ineficiencia en cuanto a las tareas revolucionarias, las cuales le son encargadas por las mismas grandes figuras cuyos métodos o caracteres critica. Con El águila y la serpiente, como veremos ahora en una análisis puntual de la obra, Guzmán agrega el problema criollo a la larga lista de avatares que México tendría que superar según los propios positivistas decimonónicos.

Aunque no se trata aquí de realizar una crítica verdaderamente exhaustiva sobre El águila y la serpiente, esta veta en particular, descuidada por los cauces de la crítica, dará bastante en qué pensar. Comenzando por el hecho de que el Guzmán autor, lejos de ser meramente un amateur, un periodista glorificado o un simple elitista como muchos sugieren, parte de una realidad mexicana, una genealogía literaria y sobretodo, de sí mismo.

Historians, being, usually, literate and educated, may find it hard to envisage situations in which literacy and education were subordinated to military prowess, machismo and popularity with the mass.

--Alan Knight, The Mexican Revolution

It is a huddling together of fierce extremes, a war of opposite natures which of them shall destroy the other. There is nothing but what has a violent end or violent beginnings. The lights and shades are laid on with a determined hand; the transitions from triumph to despair, from the height of terror to the repose of death, are sudden and startling; every passion brings in its fellow-contrary, and the thoughts pitch and jostle against each other as in the dark.

--William Hazlitt, "Macbeth," Characters, 47-48.

CAPÍTULO CUATRO

Crónica de un revolucionario fracasado

Un libro es como una residencia que el lector habita por un tiempo. Si las colecciones de cuentos o poemas nos evocan edificios divididos entre muchos departamentos --todos con la misma distribución, pero decorados de manera diferente-- las novelas serían entonces casas de varios pisos con muchos rincones que explorar. Las colonias de la Ciudad de México (tan dispares entre sí) se distinguen por series de edificios que pueden parecerse mucho, de la misma manera en que los escritores de una generación pueden tener mucho en común. Por ejemplo, las casas *art decó* construidas por los refugiados de la segunda guerra mundial recorren la pista del antiguo hipódromo de La Condesa, mientras que la arquitectura funcionalista de los ex-oficiales revolucionarios domina La Narvarte, y el estilo colonial de los conquistadores que sitiaban Tenochtitlán, el pueblo de Coyoacán.

Eso dicho, tampoco es inusual aquí en el ombligo de lo heterogéneo toparse con una casa que nada tiene que ver con la siguiente. De allí que el poeta, ensayista y narrador Fabio Morábito haya afirmado durante una conferencia reciente en la Casa de América en Madrid --en respuesta a una pregunta exigiéndole que rindiera cuentas sobre su incursión en tantos géneros de escritura diferentes-- que igual que la propia Ciudad de México, él quería la libertad de poder habitar una casa georgiana un día, un departamento Bauhaus al mes siguiente y, tal vez, llegar a pasar un año entero en una mansión colonial en el futuro (Morábito, 2006). Esta aproximación heterogénea hacia la narración concuerda, como sugerimos en el capítulo anterior, con lo que proponía Guzmán en El

águila y la serpiente: algo más allá de un simple portarretratos con viñetas sobre “los de arriba”. Es una casa construida a distancia, de memoria y con culpa, en la que se puede hurgar en los rincones más oscuros de una atribulada conciencia criolla.

Ya hemos visto que los estudios realizados acerca de El águila y la serpiente coinciden en revelar más sobre la crítica que sobre la obra en sí, mientras que ésta ha permanecido oculta. También hemos postulado que aquellas interpretaciones truncadas se debían en gran parte al enfoque de las estrategias críticas que estaban en boga en el sentido de que el estructuralismo o la teoría marxista a mitad del siglo XX no eran, tal vez, las mejores o más útiles herramientas para abordar este libro en particular. En resumen, la teoría literaria ha estado en desfase con esta obra de Guzmán. Inclusive críticos originales y valiosos le han fallado a Guzmán en la mayoría de los casos porque optaron por no innovar, sosteniendo las mismas cadenas críticas, agregándoles un eslabón más en lugar de arriesgarse a habitar El águila y la serpiente con otro tipo de lectura. Eligieron en esta ocasión quedarse afuera, en la banqueta, admirados ante o a veces, como señalé en el capítulo anterior, topándose contra la fachada de la obra, expresando dudas acerca de la viabilidad de la construcción en sí, o concluyendo que estaba diseñada para otra clase social --casi como si fuera un hotel demasiado lujoso para el barrio en cuestión.

Por otra parte, eso tiene un lado positivo: El águila y la serpiente es un libro que tiene mucho que decirnos todavía. Como ha señalado Sylvia Molloy sobre en género de la autobiografía latinoamericana:

As it is unfettered by strict classification, canonical validation or cliché-ridden criticism, it is free to reveal its ambiguities, its contradictions, the

hybrid nature of its composition. It is then, in that state of flux, that the autobiographical text has the most to say about itself—provided, of course, one is willing to hear it out on its own, uneasy terms. (At Face Value, 2)

El mismo panorama crítico nos reclama reiteradamente que, en efecto, hace falta *alguien* que llegue más allá de la superficie de lo fragmentario, o lo elitista, para abordar El águila y la serpiente. Críticos más recientes como Adela Pineda Franco o Horacio Legrás ya han comenzado a indagar sobre otros aspectos del libro, incluyendo la presencia de Guzmán dentro de ella, en sus artículos. Ya somos varios los que hemos presentado que Martín Luis Guzmán tiene mucho que decirnos todavía sobre la Revolución de 1910, sobre lo mexicano, y sobre el papel de los intelectuales mexicanos en la Revolución.

Curiosamente, lo dice a partir del mismo “yo” que —según hemos visto en capítulos anteriores— llegó a ser su propia peor pesadilla en términos autobiográficos, y el mismo “yo” que sería atacado como la peor pesadilla de sus críticos a lo largo del siglo XX.

Esta cita de Paul de Man muestra que las mismas fallas críticas experimentadas por El águila y la serpiente pueden extenderse a otros libros autobiográficos:

Empirically as well as theoretically, autobiography lends itself poorly to generic definition; each specific instance seems to be an exception to the norm; the works themselves always seem to shade off into neighboring or even incompatible genres and, perhaps most revealing of all, generic discussions, which can have such powerful heuristic value in the case of tragedy or of the novel, remain distressingly sterile when autobiography is at stake. (920)

Ya tomando en cuenta estas trampas críticas, en lugar de permanecer frustrados por esta composición heterogénea --que tiene aspectos de novela, de cuento, de crónica o de memoria-- tal vez debemos preguntarnos por qué habrá sido que Guzmán la construyó así. Podemos hacer una afirmación absoluta: este libro no es una tragedia, en que los personajes son presentados por sí mismos, sino una epopeya, una narración, cuya historia tiene necesariamente que surgir de o filtrarse a través de un narrador ciertamente autobiográfico. Sin pretender ofrecer ningún dictamen o respuesta definitiva, adoptar una perspectiva más abierta y realizar una lectura nueva --no a partir de la crítica ya hecha, sino a partir de la obra en sí-- nos puede ayudar a desentrañar uno de los propósitos llamativos de este narrador: a saber, entablar una crítica feroz del desempeño de la clase criolla durante la Revolución. Comenzando por sí mismo.

Falsas esperanzas revolucionarias

Y ¿quién era este Martín Luis Guzmán revolucionario? Hemos visto cómo críticos acérrimos, tales como Fernando Curiel, han cometido el error de dejarse llevar por su antipatía hasta el grado de representar a Guzmán como un caso anormal, aislándolo de su generación (el Ateneo de la Juventud) debido a sus ambiciones políticas, o de su género (la narrativa de la Revolución) debido a su elitismo.

Pero para poder contradecir a Curiel *et al.*, habría que ver primero qué clase de revolucionario fue Guzmán. Hemos establecido ya que era uno de los miembros originales del Ateneo y un amigo duradero de sus fundadores (o un enemigo duradero, en

el caso de José Vasconcelos.) Ahora bien, su participación en la Revolución tampoco fue algo fortuito o aberrante. Guzmán siguió una ruta que compartió con otros jóvenes criollos de provincia que eran maderistas en parte por convicción, en parte porque se sentían privados por el porfiriato del lugar que les correspondía en el banquete nacional. Según Alan Knight, lejos de ser una anomalía, Guzmán fue tan solo un elemento más de la corte de Carranza que se reunió en Sonora en el otoño de 1913. Junto con los discípulos de Coahuila, los sonorenses, los independentistas como Lucio Blanco, otros políticos experimentados y la figura militar imponente de Felipe Ángeles, había también políticos civiles como Guzmán, Luis Aguirre Benavides, Juan Sánchez Azcona y Alberto J. Pani, atraídos por la presencia del Primer Jefe y la seguridad del Estado (The Mexican Revolution, Tomo 2, 111).

Cabe señalar aquí que no todos creen como Knight en la importancia de la participación de futuros autores de la talla de Vasconcelos o Guzmán en los movimientos post-maderistas (término que se utilizará para así diferenciarlos del periodo revolucionario que tuvo lugar previo al asesinato de Francisco I Madero.) Incluso Octavio Paz, en su ensayo consagrado sobre la identidad nacional, El laberinto de la soledad, sugiere que –a diferencia de la Independencia y la Reforma-- los intelectuales como grupo no tuvieron impacto durante la Revolución:

La Revolución se presenta al principio como una exigencia de verdad y limpieza en los métodos democráticos, según puede verse en el Plan de San Luis (5 de octubre de 1910). Lentamente, en plena lucha o ya en el poder, el movimiento se encuentra y define. Y esta ausencia de programa

previo le otorga originalidad y autenticidad populares. De ahí provienen su grandeza y sus debilidades. (123)

Lo más probable es que Guzmán estaría de acuerdo con esta afirmación; mas en lugar de describir aquella ausencia de misión ideológica preestablecida como una de las posibles causas del fracaso de la Revolución —Paz se refiere a ella como un “intento”—, el autor de El águila y la serpiente tal vez la consideraría como un resultado más bien de la decadencia de la clase criolla a la cual perteneció. Porque en lugar de la emoción o, mejor dicho, el estremecimiento revolucionario, lo que descubrió Guzmán al llegar a Sonora fue la sensación decepcionante de que se había recreado allí otra corte bajo Carranza, siguiendo los mismos usos y costumbres que prevalecieron bajo el porfiriato. A partir de ese descubrimiento, Guzmán vislumbró que allí no habría oportunidad de asumir un papel heroico en la Revolución o, siendo más cínicos, comulgar con un nuevo poder, para realizar sus ambiciones y lograr así el ascenso político al que aspiraba.

Su primera impresión resultaría profética: El águila y la serpiente no es tanto una crónica sobre la Revolución como un fracaso en sí, sino más bien sobre la fracasada incursión de Guzmán en ella. Horacio Legrás ha notado la “desconcertante” inactividad del narrador a lo largo del libro, y lo identifica como “consonante con el profundo antagonismo que existe entre intelectual y revolución” (449). Pero le faltó dar un paso más: en realidad, no solo es que sea un revolucionario inactivo. Como veremos ahora en mi análisis del libro, esa misma pasividad es equivalente a un fracaso que refleja la incapacidad de los intelectuales criollos de protagonizar la Revolución.

Desde esta perspectiva --la del “yo” narrativo-- la estructura de la obra ya no resulta caprichosa, sino clara. La primera parte de El águila y la serpiente, *Esperanzas*

revolucionarias, está dividido en siete libros que tratan sobre las experiencias de Guzmán entre los movimientos maderistas subversivos. La segunda parte, *En la hora del triunfo*, también está dividida en siete libros, y explora lo que le pasa a Guzmán cuando esos movimientos o facciones dejan de ser subversivos y le disputan el poder entre sí a partir de la caída de Victoriano Huerta.

¿Por qué escribir la Revolución en primera persona? Adela Pineda Franco sostiene que se debía a una necesidad de redefinirse como intelectual:

El caso de Martín Luis Guzmán es paradigmático, porque, si a una posible interpretación de la revolución (su transformación en *Idea Mexicana*) solamente se llegaba a través de los sentidos, entonces era imprescindible narrar la existencia propia, y así convocar el nuevo estado revolucionario. En palabras sucintas: era necesario dejar atrás el mero ejercicio contemplativo del intelectual ateneísta e incursionar de lleno en la política.

(34)

Nuevamente nos encontramos con la idea de una autobiografía política. Volviendo a la teoría de Knight: esto sirve también para explicarnos por qué lo que vio Guzmán desde el principio no concordaba con lo que esperaba. Afirma el historiador que para aquel grupo, la Revolución era en primera instancia una respuesta a una afrenta política --el golpe de Huerta--, y no una afrenta social, como Paz y muchos otros luego la interpretarían. Guzmán no fue el único maderista tibio que se unió a las fuerzas carrancistas después del magnicidio, para luego “dar el brinco” al villismo:

Among the droves of recruits brought to Villismo by opportunism and dislike of Carrancismo, was a small but significant group: the old

Maderistas, the civilian políticos of 1908-13 who had supported the Madero movement and regime... This group, historians and Carrancista apologists have argued, exercised an insidious, conservative influence upon Villismo; and, whatever the truth of this, it is clear that their recruitment affected the movement's character and appearance. Like the pro-Villa landlords and businessmen, they came from the upper strata of society. They were educated and usually propertied. But their adherence to Villismo (which was more prompt and positive than that of the businessmen or landlords) derived from specific, political, rather than general, socio-economic considerations. Since 1910 the Maderista civilians had played the part of chiefs without Indians. Despite their opposition record, they had not contributed greatly to the ouster of Díaz; and, though they collared the spoils during the Madero administration, serving as ministers, deputies and governors, they did not initially oppose Huerta... Some, converts to Huertismo, never rose again. Others surfaced and were rescued --looking somewhat shamefaced and bedraggled-- by the Constitutionalist lifeboat. But the Carrancistas, many of them new men from Coahuila and Sonora, representing a different political generation, gave them a frigid welcome. Hence many of the Maderista civilians found their way to the Villista camp, even before the great schism of 1914. (289)

Martín Luis Guzmán fue uno de estos civiles post-maderistas. El perfil intelectual, político y revolucionario de Guzmán es, de hecho, casi idéntico al de otro miembro del

Ateneo: José Vasconcelos, quien reiteraría esta visión de una lucha más política que social a la hora de describir su oposición al “despilfarro”:

... Carranza, que debió poner orden, se abstenía y seguía mudo, y más parecía estimular el caos, y nos quedaba a nosotros, los civiles de la nueva situación, la tarea ingrata de moralizar sin autoridad material y de dar ejemplos que en seguida, para el culpable de apoderamiento de lo ajeno, se hacían sospechosos de contrarrevolucionarismo. A propósito de estos términos cabe recordar que no estallaba aún la revolución rusa, y que nadie al ocupar casas de ricos, obró movido por sentido de clase, como no sea para incorporarse a la clase de de los ricos; nadie tampoco tomó en serio la idea que, entre otros, me tocó a mí difundir: la de que esos bienes pertenecían a la nación, a causa de los delitos cívicos de sus dueños; por eso mismo debían destinárseles a usos públicos. No se trataba, pues, de revolución o de comunismo contra burguesismo, sino de orden que se quiere imponer al atropello. (La tormenta, 101-102)

Después de todo, José Vasconcelos habrá sido muchas cosas; pero comunista, jamás. En términos sociales, políticos y culturales, fue una versión más exitosa de Martín Luis Guzmán. Debido a sus considerables semejanzas biográficas, habrá que examinar cuáles son sus diferencias literarias. El siguiente paso consiste, lógicamente, en contrastar El águila y la serpiente con la segunda parte de la autobiografía de Vasconcelos, La tormenta, que también relata de las experiencias del autor a partir del golpe de estado de Victoriano Huerta. Extrañamente, no se han cotejado estas obras, aunque describen del mismo periodo, bajo los mismos caudillos revolucionarios –aun reconociendo que

Vasconcelos se extiende más allá de su participación revolucionaria, dado que abarca también el exilio posterior a 1915. La tormenta es, de hecho, en muchos sentidos una réplica a El águila y la serpiente, pero que fue publicada siete años después, en 1935. Aun tomando en cuenta que no comparten el mismo género —porque el de la autobiografía (el cual le corresponde a Vasconcelos) no rehuye de la intimidad, mientras que el memorialista heterogéneo favorecido por Guzmán describe únicamente su actuación política— La tormenta resulta ser la mejor defensa posible contra la etiqueta crítica “los de arribista” que se ha impuesto a El águila y la serpiente. Eso, porque Vasconcelos, quien a diferencia de Guzmán se consolidó exitosamente con el paso de los años como prócer cultural mexicano, es, ciertamente, otro tipo de autor a pesar de compartir la misma trayectoria a grandes rasgos con Guzmán durante la época revolucionaria: los dos fueron maderistas que, después del golpe huertista, dejaron la capital para unirse a los constitucionalistas bajo Carranza. Luego coquetearon con el villismo para terminar afiliándose con la facción de Eulalio Gutiérrez en su efímera presidencia y, acto seguido, exiliándose. Aunque Vasconcelos fundaría la Universidad Nacional, encabezando una generación de artistas nacionales bajo la administración de Álvaro Obregón durante un breve periodo, los dos terminarían por convertirse en enemigos políticos mortales tanto de Obregón como de Plutarco Elías Calles.

Haciendo hincapié en la cuestión de su villismo, tanto Guzmán como Vasconcelos lo abordaron con recelo y oportunismo: “*Whether impelled by self-interest or idealism, such men saw in Villa an instrument to be used: the alliance was a calculating move, rather than a warm embrace; and towards Villa himself their feelings were often mingled fear and contempt.*” (Alan Knight, The Mexican Revolution, Tomo II, 291) Pero habrá

que insistir en que sí hubo una gran diferencia entre ellos --además del hecho de que Guzmán nunca tuvo el mismo rango de poder que Vasconcelos, encontrándose siempre uno o dos escalones más abajo que él. Mientras que Vasconcelos niega haber comulgado con el villismo, Guzmán lo reconoce hasta el extremo de convertirse --de vuelta en México después de su segundo exilio, como hemos visto en el capítulo dos de esta tesis-- en el biógrafo y defensor máximo de Villa como héroe revolucionario y maderista fiel. Inclusive en El águila y la serpiente, peca de cierta de admiración su condena de Villa --un poco como aquella que entabló alguna vez Milton contra Satanás. Aunque no registró aquella dedicación de Guzmán a la causa villista a largo plazo, Alan Knight sí percibió esta distinción entre él y Vasconcelos:

Villa was aware of the irony that someone as brutal as he was working for the peace and quiet of others, and aware that once he was no longer useful, he would be killed. Even if they were illiterate, caudillos were no fools --or they would not have got where they were. Villa oozed a kind of plebeian cunning... On the other side, there were advisers like Martín Luis Guzmán, who were also aware of the falsity of their position; or like Vasconcelos, who were surprised to learn, ex post facto, that they had served as grey eminences to caudillos, with whose independence of mind they were fully acquainted (294).

Además de este desacuerdo político --que es clave, porque tiene que ver precisamente con la discrepancia en cuanto al nivel de autocrítica manifestado por ambos escritores-- argumentaría que literariamente, Vasconcelos refleja en su prosa las características de un estilo literario decimonónico, asimilado del romanticismo europeo. Lejos de encarnar la

figura progresista y revolucionaria que sería recordada por la posteridad, Vasconcelos no es ningún autor moderno. Su relato, centrado en la primera persona debido al género autobiográfico, peca de ser autoabsorto, sin llegar a ser autocrítico. Es una autojustificación, no una *mea culpa*. Escrito desde el exilio, igual que el libro de Guzmán, revela a cada paso su positivismo a ultranza --particularmente en su defensa de los valores hispanos. Y aunque le haya ganado siempre a Guzmán tanto en la competencia política como en la cultural, Vasconcelos acabó por perder la literaria: estilísticamente La tormenta, con su prosa ampulosa y dispersa, no deja de ser una contestación menor de El águila y la serpiente. Y en cuanto al “yo” revolucionario que presentan, a fin de cuentas, la autopromoción y defensa ciega de la élite criolla son características de Vasconcelos, no de Guzmán, como se verá a continuación.

De “Esperanzas revolucionarias” hasta “La hora del triunfo”

Al inicio de la Primera Parte de sus memorias, “Esperanzas revolucionarias”, Guzmán describe no a los caudillos revolucionarios, sino a sí mismo, retratándose como un rebelde primerizo que piensa embarcarse en Veracruz para poder volver a entrar al país por el norte --en Sonora, el territorio controlado por Carranza. Desde al primer párrafo, el personaje central de esta historia será, claramente, Martín Luis Guzmán.

Hemos visto como Fernando Curiel en La querrela de Martín Luis Guzmán se esforzó por comprobar que Guzmán no participó en la fase maderista de la Revolución. Aquí es notable que el propio Guzmán no hace grandes alardes de su maderismo; para él

la Revolución, junto con su narrativa, comienza a partir del golpe de Victoriano Huerta, contra quien afirma sentir una “indignación profunda”. De inmediato, establece un tono ligero que contrarrestará el peso histórico del momento. En cuanto a sus perspectivas a la hora de entrar a esta lucha armada, define como su mayor preocupación la duda sumamente burguesa sobre si lo admitirán o no en el buque “tan a deshoras” (201).

Como dijimos desde el principio, El águila y la serpiente comienza así, *in medias res*, en el momento en que Guzmán nace como revolucionario, de manera bastante sencilla y sin grandilocuencia; a diferencia de La tormenta, que abre fuego con mucho drama. Primero hay un capítulo de introducción que describe su obsesión con su amante, Elena Arizmendi o “Adriana” (“‘Jalan más dos tetas que dos carretas’, dice un refrán”, p. 17); luego con otro titulado “Ahora soy de Coahuila”, en que establece su importancia política a raíz de su detención por los huertistas. Según el texto, el propio Victoriano Huerta lo llama antes de liberarlo para amenazarlo melodramáticamente: “Tengo en mi poder pruebas documentales suficientes para mandarlo pasar por las armas...” (21). Antes de emprender el capítulo de “La fuga”, Vasconcelos se despide del lector con una especie de discurso:

No; por encima de las conveniencias de todas las dictaduras del planeta hay un interés humano común que liga a los hombres para luchar contra el mal, desde adentro o desde afuera de la patria. Y para toda patria el deber primario, urgente, inaplazable, inexcusable, es repudiar regímenes sustentados en el crimen, el odio, la represión, el asesinato. (23)

A pesar de esta notable diferencia de abordaje narrativo, El águila y la serpiente y La tormenta están ligados desde el principio. Siguen la misma ruta. De hecho, Vasconcelos

menciona a Guzmán en el primer párrafo de “La fuga”, como la persona que lo recomienda con los padres de un amigo común, el ateneísta Isidro Fabela, en Veracruz. Ambos se quedarían en esa casa –aunque no al mismo tiempo-- antes de partir en barco hacia el norte. Pero mientras Vasconcelos plantea de entrada su estatura mayúscula, *larger than life*, como amante y como maderista –dos imágenes verticales, el falo y la rectitud—; Guzmán se describe como alguien con intereses más cercanos al manual de Carreño que al héroe byroniano.

En el viaje marítimo que sigue hacia Nueva York, Guzmán no encuentra en el *Morro Castle* grandes héroes revolucionarios, sino otros criollos novatos. “Perteneían en lo general a ese tipo gris, medio descastado, medio cosmopolita, que infesta con sus modales seguros y su fácil estupidez los barcos de todos los mares de la Tierra” (203). El complot que organizan Guzmán y otros cuatro mexicanos a bordo para desenmascarar a una supuesta “bella espía” es, más que una valentona, una comedia de errores digno del cine de Buster Keaton o Charles Chaplin. Es, como afirma el doctor Dussart al describirles su descabellado plan, “un juego de niños”, con lo cual se sugiere que el episodio no tiene mayor trascendencia. Reflexiona Guzmán:

A mí me pareció el plan tan extraordinariamente desproporcionado respecto de los hechos, y tan fantástico en cuanto a la ejecución, que creí soñar mientras lo discutíamos. Pero evidentemente yo no estaba en lo justo, pues ante el aplomo de quien lo había concebido, el proyecto recibió la mayoría de los sufragios: casi todos lo consideraron hábil, factible, heroico, magnífico y, en consecuencia, digno de realización inmediata.

(208)

Este episodio, con su parodia de la democracia y del “sufragio efectivo”, establece un tono y un patrón irónicos en cuanto a su futura actuación revolucionaria.

Porque a diferencia de la soberbia de Vasconcelos, en El águila y la serpiente, ninguna evocación de su propio papel en la Revolución es sagrada. Cuando, al encontrarse ante Zubarán en la Habana, Guzmán se siente deslumbrado como si estuviera ante un romano del Foro, explora los paralelos que se trazan entre la historia de México y la de Roma. Pero con Guzmán, siempre hay que leer hasta el giro final. No permanece ileso esta comparación:

Se combatía al usurpador en nombre de la lucha entre Mario y Sila; se le defendía en nombre de la rivalidad de Pompeyo y César; lo decisivo en cada réplica eran las citas de Cicerón, los pasajes de Tito Livio. Todo ello de latinidad barata, latinidad de ediciones Sempere, mas no por eso desprovista de brío y linaje. (221)

La reflexión se confirma hacia el final del libro cuando conversan sobre las Vidas paralelas de Plutarco Guzmán y el general José Isabel Robles. Cuando Guzmán le sugiere que para un hombre, todos los tiempos son iguales, Robles responde:

--No, licenciado, no lo crea. Mire, sin ir más lejos: ahora que estábamos en el alboroto de la Convención, yo reflexionaba a cada rato: “De todos estos discurseadores no se saca un Demóstenes, y por eso andamos como andamos...” (449)

En El águila y la serpiente, cualquier intento de la clase intelectual por estar a la altura de Roma, o de la Revolución francesa, o de Occidente en general queda corto, o es risible, o

carece de fundamento. Describe más bien una clase gobernante que está jugando a ser romana. Eso incluye, desde luego, al propio autor.

De aquí en adelante, empleará Guzmán un lenguaje de serias implicaciones históricas para describir las situaciones frívolas que lo involucran a él y a los suyos. La “huelga general” que convoca Guzmán entre tres pasajeros de primera clase en el *Virginie* (222), por ejemplo, no fue entablada para protestar ninguna injusticia social, sino para impedir que su compañero Salvador Martínez Alomía tuviera que pagar un viaje redondo --ante la duda de la tripulación de que lo admitieran los oficiales estadounidenses llegando al puerto, debido a una crónica conjuntivitis suya semejante al tracoma. El verbo que utiliza Guzmán para describir su reacción ante esta ofensa, *indignarse*, es el mismo que había empleado antes para describir sus sentimientos para con Huerta. El desenlace es, nuevamente, jocoso:

Nuestro procedimiento, revolucionario y novísimo, triunfó al primer choque: Martínez Alomía se quedó en el barco sin requisitos especiales; y así las cosas, Pani y yo no vimos ya inconveniente alguno en honrar al *Virginie* con nuestro dinero y nuestra presencia. (222)

Su triunfo como personaje en éste y otros juegos revolucionarios subversivos es inmediato, en contraste con la enorme dificultad de ganar una verdadera revolución, o la seriedad de la violencia que se ha desatado y que él no presencia directamente. Guzmán parece sugerir que él y los de su clase pueden ganar fácilmente las batallas de los salones, pero no así, como veremos más adelante, las verdaderas batallas campales, políticas y morales de las cuales huyen.

Compárese esta mirada ludocrítica con la excusa imperturbable que ofrece Vasconcelos para justificar sus múltiples idas al teatro para ver a Anna Pavlova mientras rugía la Revolución al otro lado del Atlántico:

En nuestro programa de viajeros la célebre danzarina figuraba como uno de los propósitos del viaje y como una consumación, no simple capricho de *diletante*. Pues en lo íntimo cargaba la certeza de que tarde o temprano, y más bien tarde, escribiría mi *Estética*, y lo que ella nos revelara sería material de la construcción futura.

Por eso no sentía ningún remordimiento de llevar ya varios días en Londres sin ocuparme para nada de la misión ostensible de mi viaje: las gestiones contra el empréstito huertista. (32)

Vasconcelos, de hecho, no llega a atacar el problema de los huertistas hasta después de haber agotado los museos y demás lugares turísticos de París. Pero a diferencia de Guzmán, él sí se toma muy en serio como protagonista. Su ego es casi tan grande como su falta de autocrítica o de ironía. Aun así, el pasaje lo desenmascara, a pesar suyo, como un diletante.

Hay que considerar que parte de la ineptitud de los criollos revolucionarios se debía sólo a su juventud. Guzmán tenía 26 años en 1913; Vasconcelos, 31. A diferencia de los militares, pertenecían a una clase de que no se había curtido, tal y como afirma Knight, precisamente porque fueron denostados por el porfiriato. Los ateneístas no eran científicos: más bien, formaban parte de una generación perdida. Léase lo que dice Guzmán sobre su primer cargo político ya de vuelta en territorio mexicano:

Se nos dieron nuestros pasaportes; se nos proveyó de dinero; se nos entregaron cartas explicativas del objeto del viaje, y se nos ordenó que partiéramos sin tardanza para la capital del estado que iba a beneficiarse con nuestras reconocidas, si bien hasta entonces nunca probadas, aptitudes para el difícil arte del gobierno. (254)

Compárese con el arrojo de Vasconcelos ante la perspectiva de emprender el regreso de París:

Acababa de caer el puerto de Matamoros en manos de los patriotas. Mi permanencia en Europa no tenía ya objeto. El porvenir político no me importaba; pero quería estar en primera fila en la hora difícil. (46)

Pero a pesar de sus palabras valientes, en lugar de volver a la primera fila en México, Vasconcelos se va, acto seguido, a pasear con Adriana por España.

El dinero lo cambia todo

Después de comentar el caso sangriento del senador Belisario Domínguez, cuya lengua fue cortada “en pleno despacho oficial” por haber escrito una carta al Congreso pidiendo el desafuero de Huerta, Vasconcelos decide revisar el estado de sus cuentas, quedándose complacido con su solvencia. Este detalle económico, aunque parezca banal, es importante para él, porque le daría una mayor independencia de la que tenían otros (como el propio Guzmán):

Tenía, pues, con qué desafiar a los del gobierno y también a los que dentro de la revolución intrigaban contra los maderistas. Me uniría a los revolucionarios, pero sin tener que pedirles una ración en las filas (53).

Aun así, Vasconcelos no entra al ruedo. Después de dejar España se lanza, no a México, sino a Londres junto con Díaz Lombardo, por invitación de un millonario petrolero de Nueva York. Allí es donde se enteraría de la toma de Durango por los revolucionarios.

Las demoras de Guzmán son de otra índole. Más que intimar negligencia, establecen abiertamente un patrón de fracasos continuos. Al comienzo del Libro Segundo, titulado “Camino de Sonora”, nos informa el autor en “La segunda salida” que tuvo que intentar llegar hasta el norte dos veces. Fue su condición económica lo que le impidió presentarse con los carrancistas en la primera vuelta. Explica la situación -- mientras a la vez corrige un rumor periodístico, según el cual ya había sido nombrado secretario de Carranza:

Pero en el orden de los hechos mi fortuna revolucionaria no llegaba a tanto. En Nueva York fallaron los planes que habían de llevarme hasta Coahuila; falló mi noción acerca del poder adquisitivo de los dólares en su propia tierra, y seis días después de mi primer deslumbramiento frente a los *skyscrapers* de Manhattan emprendí el regreso a casa en condiciones de que no quiero acordarme. (219)

Nótese que Guzmán no se hace más de lo que era, sino menos.

Ojo: aquí no se trata de determinar si Vasconcelos y Guzmán estaban diciendo o no la verdad acerca de su solvencia. Se trata de establecer de manera coherente las condiciones de un personaje, las reglas de un “yo”. La riqueza de Vasconcelos reafirma

su potencia sexual y política dentro del ámbito económico: es plenamente lo que es, no hay transformación posible. En contraste, el “yo” de Guzmán introduce otra duda más: por mucho que se esfuerza, no puede llegar a lo que quisiera ser. Vasconcelos es un don Juan; Guzmán es dominado por la impotencia. Vasconcelos toma decisiones; Guzmán es indeciso. Vasconcelos siempre tiene razón; Guzmán es falible. Vasconcelos tiene éxito; Guzmán fracasa. Y como criollo, Vasconcelos cree a pie juntillas que tiene derecho al poder que confiere su clase social. Guzmán insinúa que no.

Ser o no ser villista

Para cuando Guzmán llega a San Antonio, Texas, Vasconcelos finalmente había concluido su gira europea y ya estaba allí, después de breves estancias en Naco y Nogales, donde había conocido al “cabecilla” Obregón. Comenta Guzmán sobre el carácter de Vasconcelos en ese momento algo que nos sirve también para calificar su prosa: “Tardó más en llegar al campo revolucionario que en tomar allí posiciones ostensibles y ruidosamente precisas –aunque cambiantes–, según su hábito” (224).

Años antes de que Vasconcelos se esforzara por armar su *persona* revolucionaria en La tormenta, Guzmán la había desarmado con una sola frase tajante. Enseguida, lo describe como un villista entusiasta --algo que no le iba a sentar bien a Vasconcelos con el paso del tiempo. En la versión de Guzmán, Vasconcelos les da la bienvenida dando “voces de júbilo”: “--¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!” (224)

La versión de Vasconcelos, haciendo hincapié de la réplica, subraya que él todavía no había aceptado ninguna comisión oficial. Ni siquiera menciona la llegada de Guzmán. En cuanto a la frase “La revolución ya tiene hombre”, dice:

El haber pronunciado esta frase en una entrevista a raíz de las victorias de Villa en el Norte de Chihuahua sirvió para que más tarde calumniadores interesados en esconder sus propias flaquezas me catalogaran a mí como villista. Nunca lo fui. A pesar de los yerros evidentes de Carranza, fui el más leal de sus partidarios, hasta el día en que salió de México Victoriano Huerta. Después, claro está, no iba a seguir a Carranza en sus ambiciones y sus maldades. Pero menos a Villa.

(65)

No es la última vez que responde a El águila y la serpiente en defensa propia. Las siguientes frases también parecen ser dedicadas a Guzmán:

Pues no todos podían hacer lo que yo, quedarse a distancia, ya que el primer jefe no nos aprovechaba. No todos habían tenido la previsión de crearse reservas en efectivo. Y a muchos la imposibilidad de sostenerse en el extranjero los obligó a ir a formar corte en torno al guerrillero chihuahuense. (66)

En cuanto a su acercamiento a Carranza, Vasconcelos explica que ni se le habría ocurrido presentarse ante Villa “porque no andaba yo en busca de puesto y más bien consideraba un encargo, pues era yo de los que dan prestigio, no de los que reciben” (69). Guzmán, en cambio, siendo uno de “los que reciben”, reduce toda esta pompa histórica a una mediocridad banal:

Aparte el trato de Vasconcelos, nuestros ocho días de San Antonio se redujeron a unas cuantas visitas revolucionarias, casi siempre monótonas y, por lo común, insulsas. Nos íbamos a ellas todas las mañanas, concluido el desayuno y después de dedicarnos una hora a partir leña en el corral de la casa, ya que esto, si no me engaña la memoria, era rito indispensable para satisfacer, en uno de sus cánones, las teorías vasconcelianas sobre el empleo armónico del tiempo. (226)

Mientras Guzmán se dedica a pormenores como partir leña, Vasconcelos reflexiona sobre las cúpulas del poder, ofreciendo una crítica acérrima de Villa, Carranza, Obregón y, especialmente, Calles. De paso, se absuelve de su propia complicidad con estas facciones, con otra referencia velada más a Guzmán:

Y se preguntará: Si tal era la situación, ¿por qué no la denunciaste; por qué los intelectuales todos de la revolución guardaron silencio, se doblegaron sumisos? Respondiendo por mí digo que estas situaciones se olfatean más que verse precisas, y que precisamente el haberlo vislumbrado explica la fama de díscolo que me crearon ciertos colegas. Porque denunciaba los peligros que veía. Y si no los denuncié en público fue porque del otro lado estaba Huerta, el imposible, el irregenerable, y el primer deber de todo patriota era ayudar al derrocamiento de Huerta. (73)

Las referencias veladas se volverían más directas páginas después, durante su descripción de la Convención de Aguascalientes, ostensiblemente su primer y último encuentro con Villa:

Enrique Llorente y Martín Luis Guzmán me transmitieron el recado: “El general Villa me esperaba esa noche a cenar”. –Va usted a ver –decían los dos entusiastas—qué hombre extraordinario.

Y, sin duda, Llorente era sincero en su devoción fanática; no le estorbaba la cultura: ¿pero Martín...? (133)

Para Vasconcelos, Villa es un hombre que no puede dejar de hablar de sí mismo, “en disco fatigoso...” (133) y Guzmán, un intelectual despreciable por sonreírle sus chistes.

En defensa propia

La tormenta, además de construir un Vasconcelos über-revolucionario, sirve el propósito de presentarnos con una serie de excusas que explican cualquier conducta que desmentiría aquella estatura de prócer cultural. Además del episodio Pavlova, en sus páginas Vasconcelos se defiende de alegatos de haber recibido sobornos de los petroleros (75-76); de haber aceptado representar a Carranza en Washington y Niágara (83-84); de poner propiedades ¡incluyendo una finca del hijo de Porfirio Díaz! en su nombre para salvarlas de los “pretorianos” carrancistas (102-104); y hasta de sonreír afablemente ante un óleo que retrataba a Carranza recibiendo la Constitución y las Leyes de Reforma de Benito Juárez y la bandera del Plan de San Luis de Madero (109). Se refiere en cada momento a los “carranclanes”, como si no hubiera sido uno de ellos.

Guzmán, en cambio, no se defiende ni siquiera de su acercamiento inicial a Carranza: parece estar contento simplemente de haber tenido qué comer. Confiesa su

dependencia total en los atavíos de la vida burguesa: “sentarme a la mesa con Carranza y sus colaboradores próximos acabó por ser, mientras permanecemos en Nogales, el más trascendente de mis actos de cada día” por ser una función social “palaciega” (239). Aunque él ve en don Venustiano “algo que me hacía pensar en don Porfirio tal cual lo vi y lo oí la última vez” (236), concluye que su porte reflexivo es digno: “Quizá –pensé– no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe” (236). No pretende haber sabido desde el principio en qué acabaría el carrancismo. Además, puede que Carranza le parezca demasiado porfiriano, pero su mesa no.

Como sea, mientras Vasconcelos se dedica –a pesar de sus vejaciones *a posteriori*-- a representar a Carranza en los Estados Unidos, Guzmán se alía con el General Francisco Villa.

Juegos revolucionarios

En El águila y la serpiente, la Revolución no es algo que Guzmán como personaje tome demasiado en serio, inclusive después de la caída de Huerta. Después de haberse aliado con Villa, se dirige junto con Carlos Domínguez rumbo a la Ciudad de México, donde fungiría como representante del general. Deciden bajarse del barco disfrazados de marineros españoles en Puerto México --aunque estuviera bajo el control de las tropas huertistas-- ostensiblemente porque no resisten “la tentación” de bajar al suelo patrio. Entonces confiesan su identidad real y misión secreta al primero que los llama

“gachupines”, que, para su gran fortuna, resulta ser un villista: el general Pérez, con quien deciden entonces emborracharse en territorio enemigo (344). Una situación de vida o muerte se convierte en una escena risible, digna nuevamente de Buster Keaton o Charles Chaplin.

Otro ejemplo sería la confrontación descrita en “La pistola de Pancho Villa”. Sin intención alguna de hacerle daño, de manera casi *slapstick*, Guzmán logra lo imposible: desarmar a Villa. Le pide su pistola como señal de confianza, para que el coronel Domínguez lo entregue luego a Lucio Blanco. Villa accede de buena gana, advirtiéndole que tenga cuidado, sin embargo, porque es “una pistola muy chiripera”, indicando que tiene mucha suerte, pero que también puede salirle el tiro por la culata. Guzmán, un revolucionario que es incapaz de siquiera tocar un arma, la pasa a Domínguez como si fuera una papa caliente. El General, alarmado al verse vulnerable, pide otra pistola de las que están alrededor. Entonces la apunta a la frente de Guzmán, retándole a decir “cualquier cosa”. Después de titubear, el remate que Guzmán profiere, “Pues que no vaya también a ser ésta una pistola muy chiripera” no llega a su destinatario: “Pero Villa no me oía ya”. Cuando Villa concluye, tomando su parálisis por coraje, que a lo mejor el civil es más valiente que el militar, Guzmán, que había padecido “un miedo horrible”, dice que es una observación “inexplicable e injusta” (368). Según el autor mismo, este aparente momento de gloria civil no fue sino accidental, producto de su impotencia. Otro episodio, en que Villa le enseña a tirar con un “consejo mágico”, también lo llena de asombro ante un arte desconocido: el de tirar para matar (425-426). Son viñetas que subrayan nuevamente el disparate de encontrarse sumido en la Revolución, mas aislado de (o incapaz de asumir) su violencia.

Ya en la segunda parte del libro, cuando comienzan las persecuciones entre facciones revolucionarias después de la caída de Huerta conforme luchan por el poder, Guzmán es tomado preso junto con el coronel Domínguez por órdenes de Carranza, quien teme una traición villista. Aprovecha este episodio parece señalarnos que por duras que sean las circunstancias, la clase criolla nunca cede por completo sus privilegios, el principal de los cuales es permanecer vivos a cualquier costo. Incluso cuando Carranza manda encarcelar a Guzmán y a Domínguez como simpatizantes de Villa, no oponen resistencia. La supervivencia, ante todo. Durante esta estancia de Guzmán en la prisión famosa de Lecumberri, aquel “Palacio Negro” que sirvió de penitenciaría en la Ciudad de México de 1900 hasta 1970, reciben los presos políticos un trato preferencial de cenas abastecidas y música, discutiendo “ardientes tramas anticarrancistas” no especificadas y disfrutando una vida que nada tiene que ver con la realidad de estar encarcelado (394). La muerte está en otra parte. Ellos se encuentran en otro nivel, donde la máquina de la violencia retratada en “La fiesta de las balas” no los alcanza, ni siquiera en la cárcel. Como si fueran espectadores de teatro, no participantes, y mucho menos protagonistas.

Durante esa misma temporada, Vasconcelos, quien “en lo personal no tenía un solo enemigo” porque los que rodeaban a Carranza le demostraban “simpatía”, dice que iba a visitar a los villistas en sus celdas.

Carranza decide liberar a los villistas para que participen en la Convención de Aguascalientes en octubre de 1914. Allí, llegan Guzmán y los presos políticos a formar parte del público como ilusos, pero también como advenedizos que no tenían derecho de estar allí entre “generales y delegados de generales”:

Aquéllos fueron para nosotros minutos de profunda satisfacción política. Nos sentíamos en la espuma de una popularidad llovida como del cielo, aunque perfectamente justa (¿cómo no había de ser justa, si era la nuestra?) y por allí veíamos dilatarse al infinito el ámbito de la Revolución tal como nosotros la entendíamos, y sus esperanzas: floreció en nuestros corazones la primavera fugaz de los ideales tanto tiempo alimentados y nos pareció evidente que éstos se abrieran paso —ajenos como eran a todo egoísmo— entre personas que ni siquiera nos conocían. (409).

Habla también Guzmán del problema que implicaba para las familias acomodadas — especialmente aquellas con hijas vírgenes hermosas— de la ciudad acomodar a los miles que llegaron a la Convención (408). En contraste con esta aproximación satírica, Vasconcelos lamenta el predominio militar de otra manera: “La primera tontería de la Asamblea había sido declararse Convención de Militares, lo que dejaba fuera al elemento civil de la revolución” (122). Sin embargo, reproduce en La tormenta textualmente un “estudio jurídico” que le fue encargado por Antonio Villarreal y que fue incorporado a las actas de esta misma Asamblea, ofreciéndolo humildemente “porque todo lo en ella ocurrido interesa al historiador que mañana se fatigue para hallar algo noble en la orgía de caníbales que hoy llaman la revolución” (123).

Sabemos a ciencia cierta que Vasconcelos estaba familiarizado con las memorias de Guzmán porque las cita en esta y en otras ocasiones: “Fierro también estaba allí; el matador de hombres desarmados que el villista Martín Luis había de llevar a la literatura de lo macabro (en su libro *El águila y la serpiente*), después de la derrota total de Villa” (133). Es curioso, por lo tanto, que Vasconcelos haya elegido contar la misma anécdota

sobre Díaz Soto y la bandera mexicana, plagiando incluso la imagen pirotécnica de Guzmán. Una mala decisión, porque el contraste entre la calidad de las dos prosas pone en mayor evidencia su derrota literaria. Primero, la versión de Vasconcelos:

Y, por último, como la Convención no avanzaba a causa de las profundas desavenencias de los grupos, pero era necesario prolongarla, mientras tomaban posiciones unos y otros, se adoptó el recurso de los fuegos artificiales, para ganar tiempo, y el cohetero mayor fue Díaz Soto. El concurso lo ganó con la rueda catalina del internacionalismo. Ante un teatro henchido de oyentes, en plena tribuna, Díaz Soto estrujó la bandera tricolor que colgaba al lado; la llamó trapo sucio y abogó por la supresión de las patrias... Hay que advertir que esta prédica antinacionalista que los imperialismos difunden por las patrias débiles para quebrantar su resistencia no tenía por entonces el disfraz bolchevique de que hoy la revisten los seudorradicales que viven de la demagogia; así es que la conmoción fue tremenda. Uno de los generales, creo que Natera, gritó a la vez que desenfunda su pistola:

--Deja esa bandera; no la toques o te mato.

Otros varios siguieron el ejemplo de Natera; sacaron las pistolas y apuntaron a tiempo que en toda la sala se desataba el tumulto, corriendo unos para escapar a las balas, gritándose otros en grupos hostiles... Y fue aquél, quizá, el momento más hermoso de la vida política de Díaz Soto, porque fue él mismo, y ya no el representante de Zapata; fue el viejo

luchador del pensamiento quien erguido, cruzado de brazos, desafió a los pistoleros de la milicia exclamando:

--Disparen, hagan lo que quieran; no retiro mis palabras.

Y se impuso, por aquella vez, la palabra; se impuso en causa turbia, pero triunfó sobre la brutalidad que, a la larga, había de hacer pedazos todas las ilusiones que la revolución puso en la Asamblea de Aguascalientes. (135)

Ahora, la versión de Guzmán:

Hasta esa mañana Díaz Soto no dio nunca señales de haber advertido, en el curso de sus peroraciones, que tal bandera estuviese allí. Pero esta vez, mientras ordenaba sus ideas, para empezar a hablar, tomó la tela por una de las puntas, la levantó ligeramente, y al fin la dejó caer, a tiempo que iniciaba la primera frase. El tema central de aquel discurso no lo recuerdo, por más que los periodos principales versaran, como de costumbre, sobre el ideal zapatista y la necesidad de hacerlo bajar desde las montañas meridionales hasta las llanuras del centro y el norte de la República –dicho todo ello con la elocuencia pirotécnica y reiterativa en que Díaz Soto era maestro-. El caso es que hubo un bello trozo, de grandes rasgos históricos, donde se hacía ver cómo era uno el género de los hombres, uno su origen, uno su destino. Hubo otro por donde desfilaron, ante los ojos encandilados de los convencionistas, los grandes guidores de la humanidad, la procesión magnífica de los maestros que no incurrieron en las distinciones de nacionalidad, ni de color, ni de raza: Buda, Jesucristo, San Francisco,

Karl Marx y Zapata. Y luego, en el paroxismo de la elocuencia militante y arrebatadora, vinieron otros periodos —éstos los más brillantes—destinados a denunciar la perversa división de los hombres en pueblos y naciones, a vituperar los imperios, a negar y escarnecer la patria y las patrias y abominar de todos los emblemas pueriles que los hombres inventan para odiarse entre sí y combatirse.

En esta última parte de su oración quiso Díaz Soto unir el acto a la teoría, para lo cual, cogiendo la bandera mexicana que tenía al lado, la hizo objeto de múltiples apóstrofes y exclamaciones y preguntas retóricas.

--¿Qué valor—decía, estrujando la bandera y recorriendo con la vista palcos y butacas--, qué valor tiene este trapo teñido de colores y pintarrajeado con la imagen de un ave de rapiña?

Nadie, naturalmente, le contestó. Él tornó a sacudir el lienzo tricolor y a preguntar, o exclamar:

--¿Cómo es posible, señores revolucionarios, que durante cien años los mexicanos hayamos sentido veneración por semejante superchería, por semejante mentira...?

Aquí los militares convencionistas, cual si fueran librándose poco a poco de la magia verbal del orador predilecto de Zapata, empezaron a creer que veían visiones, y, segundos después, vueltos del todo en sí, se miraron unos a otros, se agitaron, iniciaron un rumor y en masa se pusieron en pie cuando Díaz Soto, a punto ya de arrancar del asta la

bandera –tamaño era su ahínco--, estaba dando cima a su pensamiento con estas palabras:

--Lo que esta hilacha simboliza vale lo que ella, es una farsa contra la cual todos debemos ir...

Cuatrocientas pistolas salieron entonces de sus fundas; cuatrocientas pistolas brillaron por sobre las cabezas y señalaron, como dedos de luz, el pecho de Díaz Soto, que se erguía más y más por encima del vocería ensordecedor y confuso. Flotaban principios, finales, jirones de frases; sonaban insultos soeces, interjecciones inmundas...

--Deje esa bandera, tal por cual...

--...Zapata, jijo de la ...

--Abajo..., bandera..., don...

En aquellos instantes Díaz Soto estuvo admirable. Ante la innúmera puntería de los revólveres, bajo la lluvia de los peores improperios, se cruzó de brazos y permaneció en la tribuna, pálido e inmóvil, en espera de que la tempestad se aplacase sola. Apenas se le oyó decir:

--Cuando ustedes terminen, continuaré. (415-416)

Mientras que Vasconcelos interrumpe y se tropieza con su propia narrativa, gastando pólvora en emitir su juicio político sobre los “seudorradicales”, y concluyendo que el episodio trata sobre el poder de la palabra sobre las armas --lo cual contradice, una vez más, su tesis de que la Convención no había dado su lugar a los civiles; Guzmán mantiene un *crescendo* paulatino, estableciendo la vaguedad de la memoria para poder

así ficcionalizar, luego describiendo, paso a paso, los sucesos hasta llegar a una escenificación que es magnífica, en gran parte, por superlativa. Lejos de ser meramente *eikon* platónico o sombra de la realidad, su aproximación mimética es de *enhancement*, haciendo uso de todos los elementos rítmicos y estilísticos a su alcance. A fin de cuentas, Guzmán, con un afán menos protagónico que Vasconcelos pero más ingenioso, permanece fiel a su dictamen que la Convención había sido un fracaso político, pero un éxito rotundo en cuanto al espectáculo: parece concluir que, como tuvo lugar en un Teatro, naturalmente fue teatral. A diferencia de Vasconcelos, no pretende haber sido miembro del elenco histórico: Guzmán forma parte del público.

En toda esta trama, persiste la ilusión de que la Revolución presenciada por Guzmán forma parte de un juego, es un entretenimiento, en parte una fantasía; al protagonista le cuesta verse integrado a una realidad causal de los hechos o su dimensión histórica, tal y como había comentado después de alejarse de Carranza:

Ciertamente, yo no veía cómo daríamos cima a tamaña empresa; aquello me parecía más bien difícilísimo, improbable: tan improbable para obra de un pequeño grupo, así estuviese resuelto a luchar hasta el fin contra todos los personalismos ambiciosos y corruptores, cuanto fácil hubiera sido como empeño instintivo de una unanimidad revolucionaria bien ordenada.

(339)

Con el tiempo, no deja de sentir “lo absurdo de la situación política en que nos movíamos” (466).

De hecho, uno de sus mayores actos de heroísmo en El águila y la serpiente consiste en remediar la situación cuando se van las luces en la fiesta que se describe en “Un baile revolucionario”:

Por fortuna, yo traía en el bolsillo dos centavos norteamericanos, con los cuales, a riesgo de poner fuego a la casa, aseguramos el funcionamiento de los tapones eléctricos para todas nuestras lámparas, y mucho más. Mis altas dotes de electricista me valieron la ovación de la noche. (286)

Bueno para defender el honor de la revolución en las fiestas con moneda extranjera,²⁹ es incierto siempre el narrador en cuanto a su propia misión ideológica o programa revolucionario. Tanto así que desde el comienzo, él mismo siembra en el texto la duda sobre su propia veracidad, tan esencial a la verosimilitud de un texto rigurosamente historiográfico. Regresemos por un momento a su fallido primer intento de unirse a la Revolución (219). Además de lo puramente económico, se destaca aquí otra faceta de la necesidad de Guzmán de operar dentro de una ilusión --en este caso, la del poder adquisitivo de los dólares-- y el rompimiento de ésta cuando se topa con la realidad. Es su falta de experiencia (y de dinero) la que cita para explicar el plan fallido para llegar a Coahuila: jamás su lealtad política a Carranza. La referencia cervantina al final de la frase, “de que yo no quiero acordarme”, contrarresta cualquier duda sobre sus actividades con un gran gesto quijotesco, en un esfuerzo por representarse como un idealista, revolucionario cuyo éxito se limita a su propia perspectiva, que batalla y se estrella contra gigantes que en realidad no son más que los molinos de la fortuna revolucionaria.

²⁹ Según José Vasconcelos relata en La Tormenta, Martín Luis Guzmán tenía negocios de cambio de moneda en la frontera con Estados Unidos. (150)

Aquella “fortuna revolucionaria” que permea la novela desde el comienzo también me llama la atención, dado que la visión que Guzmán presenta de la Revolución con respecto a su propio destino dista de ser una determinada ya desde el poder, como en La tormenta. Se transmite la sensación de arbitrariedad, la impresión --tan asociada con la figura de Villa-- de que cualquier cosa podría pasar en cualquier momento.

Como ya hemos señalado, el género de las memorias se encuentra, mal que bien, en un lugar intermedio entre la historia y la ficción. Eso dicho, a diferencia de las memorias tradicionales, que proyectan una resolución histórica coherente para los conflictos que describen, el azar satura El águila y la serpiente. A diferencia de La tormenta, éste no es un libro que intente crear un orden *a posteriori*. En este sentido, dentro del espectro de su género, se aleja de lo historiográfico para aproximarse más a la novela entendida como nueva épica tal y como la definió Georg Lukacs:

Aunque el narrador... contemple con fría y superior actitud de cronista el curioso imperio del azar que revuelve los destinos de los hombres de un modo para ellos absurdo y destructor, descubriendo, en cambio, deliciosamente para nosotros tantos abismos; aunque conmovido eleva a realidad única algún pequeño rincón del mundo, jardín ordenado y floreciente, rodeado por los desiertos ilimitados y caóticos de la vida; aunque, conmovido y dominado a la vez, cuaje en destino objetivado y de fuerte configuración la extraña y profunda vivencia del mundo por un hombre; pese a todo, siempre es su subjetividad la que arranca un fragmento de la desmedida infinitud del acaecer del mundo, le presta vida independiente y posibilita sólo como percepción y pensamiento de las

figuras, sólo como involuntario ulterior entrelazarse de cadenas causales rotas, sólo como reflejo de una realidad en sí en el mundo de la obra, el todo del que se tomó aquel fragmento. Por eso el redondeo de esas formas épicas es subjetivo: el poeta pone un trozo de vida en un entorno que lo destaca, lo subraya y lo distingue del todo de la vida; y la elección y la delimitación presentan en la obra misma el sello de su origen en la voluntad y el saber del sujeto; son de naturaleza más o menos lírica.

(Teoría de la novela, 317)

La diferencia clave sería que “la fría y superior actitud de cronista” que emplea para narrar sus pequeñas biografías, se alterna en Guzmán con una muy moderna incertidumbre: el autor asombrándose de sí mismo ante el panorama de la Revolución.

Desde luego, eso no es lo mismo que condenar la Revolución. Más bien, el postmaderismo era el único proyecto de cambio viable para aquellos criollos jóvenes de provincia, desbordados por la violencia.

En cuanto a la falta de compromiso o lealtad, ésta es interpretada por Guzmán como el saldo de su falta de experiencia. Sin embargo, una inocencia criolla de *tabula rasa* se vuelve insostenible en cuanto se confronta con la realidad revolucionaria de facciones extremadamente violentas. Mientras Vasconcelos vitorea a Villa (aunque después lo negara) y Alberto J. Pani y Adolfo de la Huerta se inclinan por Obregón, Guzmán explica que “llegaba a la Revolución libre de prejuicios en cuanto a personas — a la distancia, los únicos nombres que me sonaban (caprichos de la fonética) eran los de Cabral y Bracamontes...” (224). Sin embargo, son varias las misiones —casi siempre con fines no especificados en el texto— que realiza Guzmán a cargo de figuras como

Carranza, caudillo con cuyos ideales no comulga. No se escuda, como Vasconcelos, detrás del antihuertismo y la necesidad de enfrentar a un enemigo común. Más bien, se trata nuevamente de manifestar su incapacidad para actuar como dicta su propia voluntad. Después de cavilar, termina por elegir la vía más prometedora, que es también la más fácil y segura.

Su capacidad para el disimulo alcanza una cumbre con el engaño final de Guzmán a Francisco Villa justo antes de abandonarlo: "...le relaté cuanto había pasado, aunque no según me constaba y lo sabía, sino como hubiera podido verse desde fuera, como si hubiese yo sido mero espectador de los hechos" (505). Sin embargo, el problema de la veracidad de Guzmán se había vuelto un problema de identidad desde el primer encuentro con Villa. Neftalí Amador, quien había sido cónsul en la frontera con los Estados Unidos, comienza a negociar la entrada de Guzmán y el ateneísta junto con quien había fundado la Universidad Popular, Alberto J. Pani, con el guardia de la puerta con un tono que, "queriendo ser afable, sólo resultó opaco":

—Somos amigos. Estos señores, revolucionarios también, llegan ahora de México y quieren ver al general. Los traigo yo: el licenciado Neftalí Amador... Uno de ellos fue ministro del señor Madero...

—Ministro, no —interrumpió Pani—: subsecretario...

—Eso es, subsecretario— corrigió Amador, y se enzarzó en mil explicaciones inútiles.

Habíamos venido a quedar frente a la puerta. Los soldados, sin moverse de su sitio, oían el parloteo de Amador con la solicitud del que no

entiende, aunque comunicando a su manera ese dejo de altanería humilde propio de nuestros revolucionarios victoriosos.

—Conque el licenciado Amador y dos ministros...

—Justamente. El subsecretario de Instrucción Pública en el gabinete del presidente Madero y director general...

—¡Ónde le digo yo todo eso!

—Bueno, pues sólo lo otro: el licenciado Amador y un ministro del señor Madero.

—¿Un ministro o dos ministros?

—Es igual, uno o dos...

Se entreabrió más la puerta, para que el soldado pasase, y luego se cerró por completo. Al minuto siguiente se abrió otra vez:

—Pos que pasen, si son los que dicen... (230-231)

Este diálogo chiflado —otra vez típico del “juego revolucionario” en Guzmán, puede interpretarse como una condena elitista de la incapacidad de un simple guardia para comprender los cargos del gobierno civil, un microcosmos de la barbarie que predomina sobre la civilización; sin embargo, esa conclusión dejaría afuera dos elementos notables. Primero, el entusiasmo expresado por Guzmán: lejos de ser inferiores, los soldados aquí son los “victoriosos”; además, en términos del poder, son ellos quienes controlan la situación, simbolizado por el control de la puerta. Como indica Horacio Legrás:

Lo jocoso del diálogo no debe confundirse con un recurso costumbrista. El episodio atestigua a través de un intercambio aparentemente intencional el vuelco que han dado las relaciones sociales en México.

un ministro o dos ministros —y realmente lo mismo da—piden audiencia con un hombre que era hasta hace poco un proscrito y negocian su autoridad con otro (el guardián) al que hasta hace unos días habrían apartado de su camino con poco más que la autoridad de su mirada. (434)

Guzmán y Pani, representantes de la esfera civil que se niega a militarizarse, son los que han fracasado ante el advenimiento del conflicto armado y que vienen a rendirles homenaje a y acatar sus órdenes. Segundo, hay que tomar en cuenta la ironía de la última frase: no es que Guzmán y Pani hayan intentado deliberadamente engañar al guardia —aunque son muchos los cargos políticos que inventan a lo largo del libro—, sino que en efecto, *no* son los que dicen.³⁰ Dentro del mundo quijotesco de la Revolución, las apariencias engañan.

La condena moralista de Guzmán a la contienda revolucionaria se puede aplicar también al propio autor:

En el fondo, todo se reducía a la disputa, eterna entre mexicanos, de grupos plurales dispuestos a alzarse con el poder, que es singular: predominio, en unos y otros, de las ambiciones inmediatas y egoístas sobre las grandes aspiraciones desinteresadas; equivocación que confunde el mediocre impulso a buscar el premio de una obra, con el impulso noble que ve el premio en la obra misma. (262)

Guzmán revela lo huecas que son sus propias ambiciones cuando Hay le ofrece un cargo militar de parte del general Iturbe:

³⁰ Cabe notar que al final del libro, siendo Guzmán auténtico ministro del gobierno de Eulalio Gutiérrez, la guardia de *dorados* fuera de la casa del presidente no lo permite pasar. De allí que señale José Emilio Pacheco que más bien actuaba como un subsecretario de Guerra, pero sin título formal.

Para proceder así, mis razones eran bien claras: no me resolvía a trocar por la dura disciplina del soldado mi preciosa independencia de palabra y acción; y no me resolvía a eso, entre otras cosas, porque no veía a mi alrededor nada que justificara semejante sacrificio. Respecto a mis aspiraciones, no alentaba el menor propósito político o guerrero; y en cuanto a los demás, los principales dirigentes de la Revolución estaban muy lejos de ser, a mis ojos, lo bastante desinteresados e idealistas para que quisiera yo atarme a ellos, indirectamente, con cadenas siempre peligrosas y no siempre rompibles. (286)

Lejos de encontrar mérito en actuar bajo un general que ha descrito como un revolucionario muy destacado y puro, Guzmán tácitamente se declara como uno de los interesados que él mismo ha condenado como lastres de la nación, no dispuestos a sacrificarse por una causa. Esta cobardía se subraya, por mucho que quiera disfrazar su conducta como la de un “agente libre” que privilegia el valor de la sinceridad.

La paradoja y el fracaso del criollo

Más allá de la cuestión del valor, comienza a establecerse en el texto la paradoja espinosista del intelectual: si es fiel a su pensamiento y al contexto histórico, Guzmán debe actuar a favor de su causa ideológica y lanzarse a la batalla, como Lord Byron o José Martí, muriéndose en el intento. Por otra parte, si actúa, aparte de arriesgarse físicamente, se arriesga como intelectual, porque pierde su distancia crítica al momento

en que comienza a tomar órdenes o, peor aún, cometer actos violentos. Guzmán está atormentado: no quiere ensuciarse las manos, pasar penurias o morir en la primera batalla; sin embargo, ostensiblemente quisiera vengar a Madero, vencer a los fantasmas del porfiriato, y participar en un nuevo gobierno democrático y progresista. La solución que encuentra —dedicarse a tareas civiles asociadas con la causa post-maderista— puede interpretarse en el mejor de los casos como una feliz medianía aristotélica o *eudemonía* y en el peor, como una postura insostenible. El hecho de que repetidamente fracase en sus misiones parece subrayar que la improductividad —la parálisis dentro de un proceso histórico que depende del movimiento— es el único saldo posible de este dilema.

En vez de hacerse soldado, Guzmán acepta un cargo alternativo, el de encargarse del hospital; sin embargo, su dedicación es nula: “no fue gran cosa, en verdad, lo que Hay y yo conseguimos hacer en favor del Hospital Militar culiacanense” (295). Curiosamente, el mismo Guzmán que rechazó el servicio militar permite que su asistente defienda los asientos más cómodos de un tren convirtiéndolo en “coronel”, rango que no desmiente (297-298). Una vez más, la afición por los lujos triunfa sobre los ideales, y no pretende ser otra cosa.

Este compromiso con cierto nivel de vida continua cuando vuelve a Nueva York en otra misión no especificada. Insinúa Guzmán que ninguno de los “Rebeldes en Yanquilandia” tiene función concreta alguna: “Todos se hallaban investidos de funciones más o menos diplomáticas o consulares, y cuando no, tenían a su cargo misiones comerciales o comisiones sencillamente ininteligibles y absurdas” (313). Se aloja en el Hotel MacAlpin, donde pasa “unos cuantos días de vida sibarítica —sibarítica a lo burgués, o mejor aún: a lo miembro del *Elk Club*—, a la cual me arrastraba el

sensualismo tranquilo de Alberto J. Pani” (315). No describe sus propias acciones para cumplir con las gestiones del general Iturbe en el extranjero, sino más bien su ocio:

Nosotros éramos revolucionarios convencidos —no cabía dudarlo—; pero ello no obstaba para que paladeásemos con delectación el vasito de jugo de naranja que el criado nos traía en una riquísima bandeja de plata sobre la que se irisaban las facetas del cristal cortado y la masa del hielo fundente. (315)

Lejos de justificarse por no apegarse a sus profesados ideales de dedicación abnegada a la Revolución, confirma que “la alegría, para ser genuina, ha de teñirse de cierto desorden o exceso dionisiacos” (316).

Inclusive la sinceridad tan aclamada por Guzmán resulta no ser un valor absoluto: “los hombres sinceros, los decididos a llamar a las cosas por su nombre, no tenían nada que hacer en el ámbito estrechamente carrancista, salvo que les incumbieran obligaciones de esas que, por muy altas, no deben abandonarse en ningún caso” (317). A pesar de eso, Guzmán acepta ir a Ciudad Juárez de parte de Carranza en otra “importante misión”: “¿No era aquello un acto tiránico, sin objeto ni excusa? Sí lo era; pero lo soporté sin chistar. Más aún, no conté a nadie, aparte de De la Huerta, el verdadero carácter de mi entrevista con Carranza” (318).

El águila y la serpiente, en contraste con la narración triunfalista de La tormenta, puede leerse como un recuento de todas las empresas revolucionarias en que fracasó Guzmán, ya sea por motivos exteriores ajenos a su control, ya sea por su propia indecisión o falta de compromiso. Un ejemplo es su decisión de no presentar al general

Iturbe, el general Diéguez y el gobernador Riveros las cartas que Carranza les había encomendado a él y a Miguel Alessio Robles:

No quise que fuéramos nosotros un nuevo motivo de disputa: no lo quise, entre otras cosas, porque —aparte valores individuales (como el de Iturbe, por ejemplo, que tenía ganada ya la aureola de uno de los mejores generales de la Revolución)— los dos grupos de Sinaloa me parecían igualmente revolucionarios e igualmente dignos de estima, aunque lo contrario dijese los unos hablando de los otros. (263)

La mensajería y la gerencia del hospital no son las únicas labores en que naufraga Guzmán. Después de llegar al Distrito Federal como representante de Villa, el general Cosío Robelo le propone en el Café Colón que lo ayude a “organizar la policía metropolitana” (354). Acepta, según él, no por voluntad propia sino porque Cosío Robelo insiste tanto, e inauguran las oficinas de Inspección General juntos.

La verdad es que aquello rebasaba los límites de lo meramente explicable por la circunstancia de que Cosío Robelo y yo nos hubiéramos encontrado en el Café Colón. Era público y notorio que yo no sabía ni jota de servicios policiales, ni tenía por qué saberlo. (355)

Llega eventualmente al extremo de fracasar en sus encargos antes de comenzarlos, rehusándose a aceptar la Subsecretaría de Guerra que le ofrece Robles durante la efímera presidencia de Gutiérrez. Su primera reacción a la oferta es reírse. Cuando Robles insiste que le hace falta precisamente porque es un civil, responde:

--Pues si es por eso, se arrepentirá usted a las veinticuatro horas...

(446)

Se considera afortunado cuando Robles escucha su consejo y elige a otro general, Eugenio Aguirre Benavides, como subsecretario. Se burla Guzmán nuevamente de su posible contribución a la contienda:

De todos modos, no quiso renunciar por completo a mis presuntos servicios, sino que insistió hasta convencerme de que lo acompañara, con calidad de consejero, en su aventura ministerial. Inventó para eso unas funciones oficiales *sui generis*, creadas expresamente para mí, y que ni eran las de secretario particular (éstas se las encomendaría al infortunado Bolaños), ni las de oficial mayor (que desempeñaría con gran prosopopeya y muy buen juicio, el general Serratos.) (446)

Nótese el término “presuntos servicios” y la invención de funciones. Se resalta nuevamente su propia inservibilidad. Aquí vemos otro aspecto paradójico de El águila y la serpiente: el continuo nombramiento de Guzmán a diferentes cargos, a pesar de que no ha tenido éxito en ninguno de ellos. Así nos indica el autor a través de su “yo” narrativo que la clase criolla, independientemente de su ineptitud, seguirá en el poder.

Cuando se enfrenta al dilema moral de las ejecuciones injustas, Guzmán se convierte en un narrador sujeto, más que a un destino, a una fortuna indescifrable: “Meses antes, en Sinaloa, el azar revolucionario me había convertido en reformador de hospitales de sangre; ahora, la misma fuerza, ciega e invisible, me lanzaba casi hasta el otro polo” (355). Cuando Obregón anuncia que habrá ejecución por robo, Cosío Robelo le pide su opinión. Desperdiciando otra oportunidad para declarar sus ideales abiertamente, Guzmán se queda callado, luego recuerda a Miguel Alessio Robles que no es más que un político. “El deber de usted es comportarse bien dentro de la norma

militar, que es la que ha aceptado para su conducta; el mío, proceder bien dentro de mi condición de civil” (357). Cuando por fin decide opinar en contra del pelotón de fusilamiento, no actúa para impedir la inminente ejecución de un soldado ladrón, sino que se lanza en busca de Cosío Robelo.

Iba a enterarlo de que el fusilamiento progresaba dentro de las más perfectas normas posibles; pero que, así y todo, me parecía un acto perverso y abominable... Pero al llegar a la Inspección me encontré con que Cosío Robelo había salido, y luego, por más esfuerzos que hice, no pude comunicarme con él sino dos horas después de consumada la sentencia. (362)

De igual manera, cuando visita a Villa junto con Llorente después de una batalla sangrienta contra Maclovio Herrera en Chihuahua y le da los buenos días, Villa responde:

--Buenos no, amiguitos, porque están sobrando muchos sombreros.

(432)

A continuación, la inacción de Guzmán se vuelve cómplice al “huracán” del villismo:

Yo no entendí bien el sentido de la frase, ni creo que Llorente tampoco. Pero mientras éste guardaba el silencio de la verdadera sabiduría, yo, con inoportunidad estúpida, casi incitadora del crimen, dije:

--¿Están sobrando qué, general? (432)

Villa le pregunta “¿De cuándo acá no entiende usted el lenguaje de los hombres?” (432).

Después de lo cual, Guzmán no tiene más remedio que callarse, ya que no puede defenderse. Conforme se aumenta la ira de Villa desatada por la pregunta inoportuna de Guzmán, se mantienen él y Llorente como estatuas inmóviles, impotentes. Cuando el

telegrafista le pregunta de parte del jefe de la columna qué hay que hacer con los ciento sesenta soldados de Maclovio Herrera que se habían entregado Villa vocifera que hay que fusilarlos. Luego se voltea hacia los “licenciados” para preguntarles qué les parece a ellos. “Pero Llorente y yo, mirándonos apenas, desviamos de él los ojos y los pusimos, sin chistar, en la vaguedad del infinito” (433). Palidecen cuando, después de dar la orden, Villa les pregunta nuevamente qué les parece. Llorente, más valiente que Guzmán, responde que no se debería de matar así a los presos. Entonces, viendo que ya se había calmado Villa y el peligro inminente había pasado, Guzmán, abrumado por “la vergüenza de mi silencio” (435), hace eco a su compañero y opina que Llorente tiene razón. Le explica el concepto de rendición a Villa, quien lo ignoraba por completo.

--El que se rinde, general, perdona por ese hecho la vida de otro, o de otros, puesto que renuncia a morir matando. Y siendo ello así, el que acepta la rendición queda obligado a no condenar a muerte. (435)

La rendición es, a fin de cuentas, una inacción. Se trata de dejar las armas, echarse para atrás, algo que Villa –presentado por Guzmán como una figura “de acción” quintesencial— sería totalmente incapaz de hacer, pero no de llegar a comprender. Reconoce Villa que se ha equivocado, y envía la contraorden. Aunque en esta ocasión Guzmán haya logrado corregir el masacre que estuvo a punto de desatar, no lo ha hecho con valor, sino con pavor. Demora tanto, de hecho, que cuando habla por fin es ya casi demasiado tarde --porque no declara su posición hasta saber, por la reacción de Villa ante las palabras de Llorente, que su rabia ya se había abatido. Una vez más, la relación de Guzmán con la violencia se maneja a larga distancia –aquí, vía el “tiqui-tic-tiqui” del telégrafo.

Más adelante, en “Un juicio sumarísimo”, es nuevamente incapaz de impedir la ejecución villista, esta vez de cinco falsificadores de dinero. Cuando le ruegan que interceda, Guzmán se queda atónito:

Sorprendido en medio de las reflexiones que yo venía haciéndome, al punto no supe qué contestar. Se apoderó de mí, durante unos instantes, la noción estúpida de que yo era un encubridor, un cómplice, un coautor del crimen que iba a perpetrarse, y, como criminal a quien se descubre *in fraganti*, sentía crecer en mi mano, hasta escocerme de modo horrible, los cinco paquetitos de a mil pesos que acababa de entregarme Luis Aguirre Benavides. Parecía que por un momento se personificaba en mí la conciencia de la Revolución, con todas sus incoherencias y sus excesos.

(455)

Hemos llegado aquí al meollo del asunto: la abierta *mea culpa* de Guzmán, quien se declara no solo culpable de las incoherencias y los excesos de la Revolución, sino como la prosopopeya de ellos. Se repiten las sensaciones de impotencia, de complicidad, de lo absurdo. Como sugiere Horacio Legras, “la revolución causa en Guzmán y en los intelectuales un vacío en sus discursos explicativos sobre el mundo” (428). Después de no poder convencer ni a Robles ni a Gutiérrez de que intervengan, Guzmán no se atreve a despertar a Villa. Estancado, mira mientras se alejan los cinco hombres, rodeados por soldados, hacia el cementerio.

A lo largo del texto, Guzmán profesa su admiración —mezclada con horror en el caso de Fierro y “La fiesta de las balas”— por los hombres de acción (como Villa) a pesar de sus barbaridades, porque éstos no son corruptos como los que buscan

únicamente el poder (como Carranza). Sin embargo, la acción que tanto admira Guzmán desde lejos no es su fuerte. Como Hamlet, Guzmán es virtualmente incapaz de actuar por miedo a cometer alguna tropelía o ponerse en peligro. No en balde se compara con los personajes escindidos de Dostoievski, “divorciada del acto la voluntad” (463).³¹ Espera inmóvil, paralizado, sin comprender bien por qué no puede reaccionar en los momentos clave, por ejemplo cuando Villa le entrega su arma, o cuando comprende que Alfredo Breceda los ha traicionado. Quiere matar a Fierro (cual Claudius) en venganza por el asesinato de Berlanga, pero después se pregunta, “—Y ¿por qué?” (473). Su terror, un constante rasgo de su ser revolucionario, va en contra de la cultura del machismo encarnado por Vasconcelos, porque muestra debilidad. Se agrega a otros rasgos considerados poco viriles en un mexicano, como el no saber manejar armas, o no saber echar lazos. Además, el miedo es la antítesis de la guerra, que requiere valor sobre todo lo demás. En cuanto a la falta de heroísmo, según concluyó el crítico inglés William Hazlitt —uno de los autores predilectos de Guzmán— todos somos Hamlet:

Hamlet is as little of the hero as a man can well be... He seems incapable of deliberate action, and is only hurried into extremities on the spur of the occasion, when he has no time to reflect... At other times, when he is more bound to act, he remains puzzled, undecided, and skeptical, dallies with his purposes, till the occasion is lost, and always finds some pretense to relapse into indolence and thoughtfulness again... He is the prince of philosophical speculators...” (104).

³¹ Recuerda Adela Pineda Franco que Guzmán señaló en su reseña “La vida de Dostoievski” la importancia que tiene para su prosa el haber pasado por “la casa de la muerte”.

No hay que olvidar que la inacción del príncipe melancólico de Shakespeare resulta en la aniquilación de su casa real —es el último de su estirpe y su muerte coincide con la invasión del ejército de Fortinbras. Guzmán describe en sus propios defectos la decadencia del criollo mexicano, tan despojado de virilidad, y sugiere la posibilidad de su pronta extinción. Aunque, paradójicamente y por azares de la Revolución, es el criollo mañoso el que, en últimas instancias, sobrevive.

Si la historia es un ámbito en que dominan las narrativas sobre las acciones, los inactivos se volverían incongruentes. ¿Cuál sería, entonces, el papel de Guzmán? Volviendo a nuestra primera pregunta: como personaje de sus memorias, ¿qué clase de revolucionario fue? Ésta es la misma pregunta que parece plantearse Guzmán en El águila y la serpiente. La respuesta: soy un revolucionario fracasado.

En un pasaje notable por su descripción francamente racista de la entrada de los zapatistas al Palacio Nacional —con el “tla-tla” de sus huaraches a sus espaldas— vale la pena notar también la manifestación de la conciencia de Guzmán no solo como testigo, sino en términos de lo que él mismo representa a través de sucesivas preguntas retóricas:

Pero entonces una duda tremenda me asaltó. ¿Y nosotros? ¿Qué impresión producirían en quien lo viera en ese mismo momento el pequeño grupo que detrás de Eufemio formábamos nosotros: Eulalio, Robles, y yo —Eulalio y Robles con sus sombreros tejanos, sus caras intensas y su inconfundible aspecto de hombres incultos; yo con el eterno aire de los civiles que a la hora de la violencia se meten en México a políticos: instrumentos adscritos, con ínfulas de asesores intelectuales, a

caudillos venturosos, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes, en el peor? (459)

Reconoce Guzmán que los zapatistas representan una verdad, “pero nosotros, ¿qué representábamos? ¿Representábamos algo fundamental, algo sincero, algo profundo, Eufemio, Eulalio, Robles y yo?” (460).

Es del todo coherente con la opinión expresada al final del ensayo “Bovarismo y crimen”, publicado en 1915:

Dotes para la democracia, como para cualquier gobierno que valga el nombre, es más que capacidad de entender y arte de leer y escribir y fuerza de obrar; es primordialmente, virtud: moderación, paciencia, acatamiento, lealtad, justicia. Claro que el indio no tiene esto —ni lo otro— pero ¿nosotros lo tenemos? La inteligencia acaso nos sobre. Lo que nos falta es la virtud. (20)

Compárese esta actitud elitista, pero en últimas instancias autocrítica, con los pasajes de Vasconcelos sobre los zapatistas:

La suerte de aztequismo que periódicamente renace es el elemento de crueldad que no han podido destruir cuatro siglos de predicación cristiano-hispánica. El *teocalli* de los sacrificios humanos es la única institución azteca que pervive. Los zapatistas la traían perfeccionada con el uso de la ametralladora y la pistola automática... (147)

Vasconcelos elabora a continuación esta equivalencia azteca-zapatista:

De todas maneras los que con algún destello de conciencia mirábamos aquellas hordas de salvajes, cumplimentadas y aduladas por la opinión y la

sumisión de los débiles de arriba, experimentábamos el efecto de pesadilla azteca, lo que hubiera sido México si triunfa la primera conspiración indígena... (147)

Y en cuanto a los planes de los zapatistas:

...lo que por lo pronto se busca es aniquilar el crollismo y emborrachar al mestizo con borrachera de fatuidad y de alcohol. Al indio no hace falta destruirlo; es el esclavo paciente que labra la tierra y entrega la cosecha al precio que señala el banquero. Todos estos planes fermentaban oscuramente dentro de la inconciencia zapatista. (147)

Vasconcelos ve la salvación en los zapatos de los norteros --como remedio para el huarache:

Y así, el calzado del Norte y el uniforme de caqui, que los carrancistas llevaban de Texas, salvó a la República de volver a vestir la manta cruda de los aztecas. Nos salvó del retorno indígena, el salvajismo de Fierro, que noche a noche fusilaba, por su cuenta y gusto, diez, veinte, coroneles zapatistas indígenas. (148)

Vemos en su tratamiento del tema una continuación de la simple dicotomía de civilización *versus* barbarie inaugurada en las letras latinoamericanas por Domingo Faustino Sarmiento en Facundo (1845). Es, a fin de cuentas, una visión decimonónica que ve la naturaleza indígena como bárbara en sí.

El escape final

El ataque frontal más directo de Vasconcelos sobre Guzmán tiene que ver con su huida a la hora de presentar al público la condenación oficial del presidente provisional, Eulalio Gutiérrez, de los “crímenes zapato-villistas” y destituyendo a Zapata y Villa, juntos con Carranza (La Tormenta, 163). El inspector de policía Carlos Domínguez, quien fue el encargado de llamar a Guzmán para que se uniera a ellos, le confirma a Vasconcelos que Guzmán no aparece en ningún lado. Nuevamente, el coraje de Vasconcelos se debe a lo que percibe como una falta de gratitud de parte de Martín Luis, y sobretodo su versión de que haya sido él alguna vez villista. Cuando critica a Guzmán, es para defender a sí mismo:

Conocía perfectamente nuestro plan y lo había aprobado. No volvimos a verlo, sin embargo, y sólo muchos años más tarde, al leer su relato de El águila y la serpiente, pude darme cuenta de que le flaqueaba la memoria, pues incurre, como ya dije, en inexactitudes y evita mencionar los motivos de aquel movimiento, que eran claros y se hicieron públicos en toda la ciudad y en la prensa, según los términos del manifiesto que circuló profusamente. Lo que entonces no sabía es lo que parece desprenderse de su propio relato, o sea: que él se consideraba obligado con Francisco Villa. Sin embargo, no le debía el puesto que ocupaba a Villa sino a mi recomendación. Y si después creyó oportuno exhibirse ante Villa como leal y aceptarle en seguida comisiones remuneradas, ese cambio de opinión no justifica que en su versión de los sucesos nos presente a todos como atolondrados ni que me ponga a mí en labios de Villa como traidor.

Villa no pudo llamar traidor a quien nunca le había servido, a quien nunca había prestado siquiera un servicio. Y no era Villa el tipo suelto de lengua que inculpa sin reflexión.

Me detengo en este incidente porque el falso relato del libro de Guzmán ha servido de base a muchos que me han proclamado, como lo hace sin mala fe Waldo Frank, “asociado de Villa en una época”. En ninguna época lo fui. Hubo, sí, un tiempo que admiré a Villa y le elogí su actividad bélica, cuando estaban cruzados de brazos y entregados a la intriga los otros jefes revolucionarios. Pero nunca estuve cerca siquiera de los que más tarde le formaron corte, ni habité en el territorio sujeto a su jurisdicción. Y si Villa me persiguió, lo hizo como a enemigo franco en la misma calidad con que persiguió a Eulalio [...] (164-165)

Entonces Vasconcelos lo acusa abiertamente de haber huido por cobarde: “...don Martín Luis Guzmán conoció nuestro manifiesto, lo aprobó, pero no estuvo listo para unirse con nosotros en la evacuación de la plaza, ni más tarde, cuando anduvimos por el monte, enfrentados a Villa y también a Zapata y a Carranza” (165-166).

Lejos de haber ocultado este comportamiento, Guzmán ya se había condenado con la publicación de El águila y la serpiente años antes. Define a Eulalio Gutiérrez como un héroe, “el ideal del revolucionario mexicano que piensa en todo, menos en salvarse” (444). Pero cuando el ímpetu de la Revolución como proceso histórico lo alcanza y Guzmán finalmente entra en acción, es para salvarse de la ira de Villa durante la desintegración del gobierno de Eulalio Gutiérrez.

Guzmán se incluye en la visión cínica de este breve periodo revolucionario:

Fue entonces cosa de ver, por nuestra parte, la precipitación con que se lanzaron por todas las vías férreas los interminables cordones de nuestros trenes militares y civiles, movidos de pronto no por urgencias guerreras o políticas, sino por nuestra ansia alborozada de ir a tomar posesión del magnífico despojo que los carrancistas nos abandonaban en su huida: la ciudad de México. Nosotros conjeturábamos (y aun sabíamos de fijo, por cálculos no muy aleatorios) que el gobierno de Eulalio fracasaría; pero sabíamos también que en el deporte mexicano de la guerra civil la ciudad de México —acaso por estar en el fondo de un valle maravilloso— hace el papel de las copas en los torneos atléticos: quien la tiene saborea el triunfo, se siente dueño del campeonato político, mantiene su *record* por encima del de los demás, así esté expuesto a perderlo a cada minuto en manos de los audaces que quieran y sepan arrebatarla. (448)

A la visión de la Revolución como teatro, como *proxy*, que Guzmán había planteado en la Convención de Aguascalientes, se agrega otra dimensión --la del deporte.

Así termina el juego revolucionario de Guzmán, con una súbita carrera hacia la meta final de salvar, no de la patria, sino su propio pellejo. Por un lado, este final, en que la única forma que encuentra el protagonista de tomar acción dentro de la Revolución es a través de la huida, es característico según Juan Bruce-Novoa del género literario al que pertenece:

En una tras otra, desde *Los de abajo* (1915) hasta *El resplandor* (1935), las novelas que mejor han definido el subgénero de la Revolución terminan en algún avatar de una imagen de enajenación cuyas características topológicas son las siguientes: la Revolución sigue adelante, casi incontenible, mientras el protagonista de la anécdota final queda aparte, enajenado y marginalizado. Dentro de este esquema hay dos modalidades fundamentales, la pasiva y la activa: el protagonista o ve la Revolución pasar ya desde una posición estática o se aparta del movimiento revolucionario para poder huir hacia otra dirección para escapar. De los dos modos, la Revolución, como acción política, queda alejado del ciudadano marginado. (“La novela de la Revolución Mexicana: La topología del final”, 39)

Sin embargo, mientras que Bruce-Novoa concluye que por lo mismo comparten los libros del género un rechazo de la Revolución que nos remite al porfirismo, en el caso de El águila y la serpiente el protagonista es el que ha fallado, el que no estuvo a la altura del proceso histórico. Ha confundido el comportamiento de Guzmán con una postura antirrevolucionaria. Reconoce Adela Pineda Franco, por otra parte, que “el desenlace abierto (su estampida hacia el norte a costillas de su engaño a Francisco Villa) no deja de sugerir la ausencia de gloria para el propio narrador-protagonista” (40). El final de la novela está claro en ese sentido.

Primero, va de parte de Gutiérrez para ofrecer a su antiguo profesor universitario, Valentín Gama, la cartera de Fomento. “Resueltamente: iba yo a cometer, en las regiones del espíritu, algo equivalente a una estafa” (463).

Espía el encuentro entre dos figuras políticas, roba a punto de pistola un coche y gasolina para escaparse de la ciudad, y logra engañar nuevamente a Villa mismo, quien le confía el tren en que huye del país para autoexiliarse. Guzmán nunca se perdonaría esta última brecha de lealtad.

A pesar de su falta de honra y calidad de expatriado,³² no ha perdido por completo su optimismo aunque sea por negación:

En México carecemos de una masa de opinión capaz de advertir que un fracaso político puede traer oculto un éxito brillante para los destinos finales de la patria, y, de modo contrario, que éxitos políticos aparentemente grandes pueden no ser sino obstáculos en la gran senda histórica... Pero, en cambio, glorificamos como adivinaciones o aciertos transcendentales las intrigas, los complotitos y las escaramucitas que se consumen a impulso de la politiquería mejor o peor encubierta. (484-485)

Guzmán se ensaña con la consolidación como vaticinio de los episodios de “grilla” en que él mismo participaba, describiéndolos en El águila y la serpiente no como anunciantes de una nueva patria, sino como productos de un azar revolucionario sin mérito ni gloria. Su propio papel en estas memorias revolucionarias es el que retrata de manera más implacable, a lo mejor porque creía que el crédito de la Revolución pertenecía no a su propia clase sociopolítica, sino a los verdaderos “hombres de acción”.

³² Cabe reiterar aquí que El águila y la serpiente se escribe durante el segundo autoexilio de Guzmán, del cual todo parece indicar que no esperaba volver. En ese sentido, se trata de un libro para despedirse de México. Como señala Perea, “...en momentos decisivos de la política española, encontraremos la prosa de superlujo gracias a la enorme calidad humana y estilística conseguida mediante dos factores complementarios: la participación directa en los acontecimientos y el ulterior alejamiento físico y temporal de los mismos” (12).

Power, in truth, is nothing but the expression of the greatest dependence in which we find ourselves with respect to others.

Nicola Chiaromonte, The Paradox of History: Stendhal, Tolstoy, Pasternak, and others (38)

“...un exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es propiamente el sentimiento de absurdo.”

Alberto Camus, El mito de Sísifo (15)

CAPÍTULO CINCO

La paradoja del intelectual frente al azar revolucionario

Para Guzmán, la Revolución fue un juego mortífero, una ruleta rusa de la que únicamente pudo escaparse con una combinación de astucia y suerte. Un juego del azar en que los intelectuales criollos se ataban las manos y únicamente los “hombres de acción” como Villa se movían con libertad. Es dentro de estos parámetros que la voluntad de Guzmán

se paralizó a pesar de la exigencia primordial de una revolución: que haya movimiento, que haya cambio. El narrador, como personaje actuante, se enreda en sucesivos episodios, paradójicamente volviéndose incapaz de actuar más allá de desenredarse. Pero en lugar de verse meramente como un víctima de las circunstancias, atormentado por su exilio y los recuerdos de la violencia que atestiguó, hemos visto cómo Guzmán se declara culpable de los excesos y la inmoralidad que acompañan la guerra. Nos relata que, aun estando consciente de que había una causa valiosa que debía defenderse, reaccionó de manera cobarde, acorralado por las traiciones internas entre diversas facciones y los juegos de poder. Pero lo que debemos rescatar es el hecho de que Guzmán tiene en El águila y la serpiente la valentía de plantearse así. Esta declaración de su propia incapacidad de tomar un papel protagónico, siendo protagonista, resulta única en la narrativa de la Revolución.

Más allá de sí mismo, Guzmán se define como miembro de una generación completa que fue truncada por el porfiriato, la de los criollos intelectuales. Descendientes de aquellos próceres que habían logrado la Independencia de México y la Reforma del siglo XIX, los criollos revolucionarios no supieron reinstaurar el liberalismo (juarista, no porfirista) y brindarle continuación a través de la Revolución de 1910.

La visión de Guzmán de este evento y sobretodo, de sí mismo como un engañador que traiciona la confianza que depositan en él, cabe perfectamente dentro de lo que es una mirada episódica o de poca duración de la historia. Las revoluciones contadas en primera persona solo pueden ser vistos a corto plazo, hasta que terminen y permitan una visión más global. Las escenas transcurren velozmente, y la realidad se trastorna en un abrir y cerrar de ojos. No hay tiempo para reflexionar, lo cual opera en contra de la función

básica del intelectual, quien se dedica precisamente a pensar más allá de la inmediatez. La Revolución es una vorágine a la cual Guzmán se arroja con la esperanza quijotesca de realizar hazañas, deshacer entuertos e impartir justicia. También es, obviamente, un momento histórico peligroso, pero nunca más así —de nuevo paradójicamente— que en “la hora del triunfo” que se narra en la segunda parte del libro. A pesar de sus buenas intenciones, apenas logra salvarse a sí mismo después de verse desenmascarado como un frívolo, un inútil en términos de las necesidades inmediatas de un país maltrecho. De allí que podemos concluir que se describe como un revolucionario fracasado, mas a fin de cuentas, la manera en que este autor elige retratarse para la posteridad también representa una enorme valentía.

La realidad irracional

Su parálisis se debe en parte a que como intelectual, Guzmán forma parte de la larga tradición de Parménides, quien estipulaba la racionalidad intrínseca del ser. ¿Qué se hace, entonces, cuando la realidad se vuelve irracional, imposibilitando la adecuación o integración del mundo por el pensamiento letrado? ¿Qué pasa cuando las balas y el poder se imponen sobre las letras?

Volviendo sobre la dicotomía civilización *versus* barbarie, me permito parafrasear el enigma expresado por Nicola Chiaromonte sobre la extrema violencia de la primera guerra mundial que se juzgaba necesario como medio para lograr el fin ideal del socialismo: un dilema, a fin de cuentas, semejante al que enfrentaba Guzmán en la

Revolución de 1910 en México. ¿Cómo puede ser que un evento derrote a una idea?, Chiaromonte nos pregunta. Después, en su exploración de las paradojas de la historia a través de novelas como La cartuja de Parma, este crítico escribe algo que nos remite a la médula del planteamiento del narrador en El águila y la serpiente, y que nos sugiere que tal vez la Revolución en sí es meramente una escenografía que amplifica una batalla interior:

The chasm between the impulses of the soul and common 'reality' is just as deep in ordinary life as in a battle. For 'real life,' filled as it is with the deadly dregs of personal profit, utilitarian calculation... and tinselled philistinism is the enemy of spontaneous action. Yet the world would be an insubstantial fairy tale without them. Stendhal's double-edged irony is engendered by a vivid, vigilant and unromantic awareness of this fact. He spares neither youthful impulsiveness nor worldly wisdom. The former is doomed to destruction at its first collision with 'real life'; the latter can only be achieved at the expense of natural feeling and free action, that is by selling one's soul. (17)

La Revolución serviría, entonces, para exacerbar una condición humana ya existente en que los impulsos juveniles se malograrán, la sabiduría no se alcanzará y no serán posibles las acciones libres. No poder actuar de manera acorde con la ética de uno mismo dentro de la contienda es equivalente de vender el alma. Es ésta la paradoja de encontrarse, siendo humanista, dentro de un proceso histórico —la Revolución— en que la vida humana vale muy poco. Ese sería, entonces, el balance moral de la Revolución Mexicana desde la perspectiva de Guzmán, más allá de un juicio entablado contra los de arriba o los

de abajo, dicotomía en que suele caer el género literario al que pertenece El águila y la serpiente. Aun tomando en cuenta que su visión está compuesta, en efecto, por líderes corruptos hacia arriba y soldados ignorantes hacia abajo, resulta más devastador el juicio de sí mismo, atorado entre el cielo del poder político y la tierra del movimiento social. Incluso la solución que encuentra Guzmán a esta situación intolerable se asemeja a la que describe Chiaromonte:

The wisdom of Stendhal lies elsewhere – in the ability to sustain with spirit and detachment the situation in which life places one and to play a game in which one knows that the dice are loaded, as Nietzsche put it. (22)

De allí el “determinismo indeterminado” que es, según Chiaromonte, la paradoja esencial de la historia. La única respuesta posible a este callejón sin salida consiste en ejercer la memoria:

Confronted with a world that appears bare and senseless, the individual is naturally led to cling to his old beliefs: to the world of yesterday. It is, however, precisely because the world is no longer what it was yesterday that he clings to the last strip of what was once credible. (88)

Guzmán se describe como un joven que se aferra a esos pedazos de credibilidad del mundo anterior—desde gozar una comida lujosa en Nueva York mientras hay gente muriéndose, hasta buscar una solución burocrática mientras hay gente muriéndose—exponiéndolos cómicamente como poco loables por un lado, cuando se trata de los privilegios gozados por la clase criolla, y trágicamente como poco útiles por otro, dado que la circunstancia exigía tomar acciones vanguardistas con tal de conformar un México moderno. Aquí el saldo entremezclado entre la comedia como parodia de la élite –las

acciones frívolas de Guzmán-- y la tragedia como retrato de una lucha social --donde Guzmán es incapaz de actuar-- nos transmite una sensación de lo absurdo, además de un remordimiento único en la narrativa de la Revolución, el de haber perdido una oportunidad histórica de cambiar el rumbo del país.

Dos revoluciones

Como señala el crítico Horacio Legrás en su ensayo sobre El águila y la serpiente, el dilema entre “la civilización y la barbarie” no es nada nuevo. Legrás sugiere que en efecto, Martín Luis Guzmán representa una Revolución política --la civilización-- que se ha quedado paralizado porque no sabe cómo actuar dentro de la Revolución social --que abarca toda la barbarie. Su único recurso consiste, luego, en intentar interpretarla como intelectual y como autor. Pero Legrás cree que Guzmán ha querido interiorizar y, de alguna manera, domesticar esa barbarie, concluyendo que el libro se reduce a un intento fallido (452). Es un buen punto de partida. Pero no creo que Guzmán realmente haya querido digerir la Revolución social, o que haya pensado jamás que fuera controlable, o ni siquiera asible, desde la perspectiva criolla. Más bien, El águila y la serpiente es una crítica acérrima de la Revolución política y su incapacidad, precisamente, de reconocer o comprender esa otra Revolución social. Lo que esta tesis doctoral ha sostenido es que mientras autores contemporáneos como Vasconcelos están convencidos de la superioridad de una Revolución política, viéndola como un proceso saboteado por esa Revolución de “los de abajo”, Guzmán permanece en duda: ¿cuál de las dos

Revoluciones será la auténtica? Parece concluir que a fin de cuentas no es la suya, y que ha sido así porque la clase criolla no ha sido capaz de llevarla a cabo con la autenticidad que hacía falta. Como señala Raquel Velasco, en diversas escenas de El águila y la serpiente se desenmascaran la hipocresía, el servilismo, y la sed del poder de los intelectuales (131, 135, 137). Yo he mostrado en esta tesis como Guzmán incluye a sí mismo en esta canasta de defectos, agregando el elemento de la frivolidad. La ética que ha heredado no le dio las herramientas necesarias para enfrentar el dilema, o si se prefiere, la mecánica, de un levantamiento social, más que escabulléndose de ella. Luego, es la otra Revolución, la social, la que corresponde a la realidad mexicana, y la única solución ética para los criollos consiste en ausentarse del mando y dejar que los hombres de acción como Villa abran paso al México moderno.

Volviendo a la violencia como una amplificadora de las mediocridades humanas, convirtiéndolas en atrocidades, me pregunto si los liberales humanistas o juaristas como Guzmán no se habrán paralizado también ante el reconocimiento de que ellos se habían equivocado al abordar como una afrenta política —el fraude electoral, el golpe de estado de Huerta— algo que era en el fondo una lucha social. Eso ayudaría a explicar el fenómeno del rebasamiento. A Guzmán le horroriza Fierro, le horroriza Villa, le horrorizan los zapatistas —sobretudo le hacen temer por su vida— pero sabe en el fondo que su causa es justa. Y sabe que a diferencia de ellos, que lo han arriesgado todo, ante la paradoja ética de la guerra él y los suyos elegirán siempre la salida más fácil. Claro está, exponerse de esa manera es la única forma de convertir esa cobardía en valentía. Es como si Guzmán compensara a través de la literatura sus faltas políticas, o históricas.

Eso dista mucho de asumir la indiferencia de un observador lejano, como diversos

críticos le atribuyen a Guzmán. Hemos visto que, al contrario, el está sumamente involucrado, algo que resulta indispensable para llegar a ser un autor comprometido con la Revolución. Como indica Ricoeur en Finitud y culpabilidad:

Si, en un afán de escapar a esa contingencia de los contactos históricos, pretendiéramos situarnos al margen de las corrientes de la historia a título de “pensadores objetivos”, desligados de toda situación llegaríamos a conocerlo todo, pero sin comprender nada; en realidad, nada buscaríamos, pues no nos sentiríamos impulsados por el estímulo ni la preocupación de ningún problema. (187)

Confesar que uno ha sido débil y pasivo en un momento que exigía fuerza y acción es ofrecer al público lector una *mea culpa* con tal de comprender mejor la Revolución, para buscar su sentido: algo muy diferente a declarar que la Revolución de 1910 haya sido un fracaso. Como señala Adela Pineda Franco con perspicacia acerca de una carta a Alfonso Reyes en que Guzmán se compara a sí mismo con Parménides, la afinidad va más allá de la postura racional, o de su incapacidad de pelear una guerra:

Habría que precisar que no se trataba únicamente de mostrar la contradicción entre Parménides y Heráclito, sino de testar la atribulada incursión del “incongruente” y “holgazán” Parménides en el fuego revolucionario. El águila y la serpiente, el primer libro “revelador de Guzmán”, narra esta incursión no sin decepción. Aclaro que no se trata únicamente de la decepción ante una revolución fracasada, como tanto se ha dicho sobre el mensaje de la novelística de la Revolución Mexicana, sino de la que produce el protagonismo del intelectual mismo en la

revolución. No habría mejor condición de que la del exilio para contar este desengaño. (35)

Es este aspecto autocrítico, la capacidad de reconocer su propia culpabilidad y su propio fracaso, que hace de Guzmán un autor único dentro de su narrativa. Su fracaso histórico se vuelve una victoria literaria.

Paradojas abiertas

Todas estas paradojas nos seducen, nos atrapan en sus vericuetos, pero carecen de contundencia: no nos ofrecen respuestas definitivas y finales. Afortunadamente, nos encontramos en un momento crítico que no exige ese tipo de respuestas determinantes, en que podemos examinar la ambigüedad. Y sobretodo, en que no temamos que valorar a un autor que se volvió antidemocrático al final de su vida nos haga a nosotros menos democráticos. En contraste con su propia visión autocrítica, sabemos que Guzmán fue visto por la crítica como alguien que exageraba su propio protagonismo dentro de la Revolución de 1910, o que echaba mano de la figura casi mitológica de Villa para engrandecerse como su albacea. La siguiente caricatura de Rogelio Naranjo, por ejemplo, lo muestra elaborando una estatua ecuestre que parecería ser de Francisco Villa a primera vista, pero en realidad es de sí mismo.

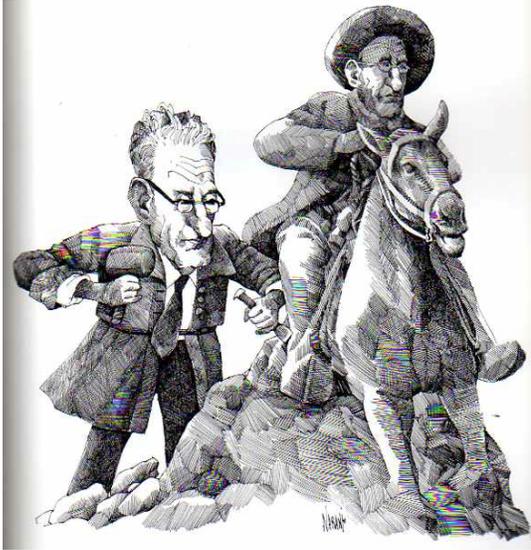


FIGURA 4. Rogelio Naranjo. *Martín Luis Guzmán. La insurrección de las semejanzas.* (México, D.F.: UNAM, 2005) 43.

Esa ha sido la visión dominante de Guzmán a lo largo de la última mitad del siglo XX. Mas en esta tesis, hemos comprobado que Guzmán no se construye literariamente como un hombre temerario de acción, mucho menos como un héroe revolucionario. La caricatura de Naranjo resulta aun más irónica, tomando en cuenta que Guzmán no logró inmortalizarse en gran escala. Recordemos, por ejemplo, que no existen estatuas suyas en México. ¿Es éste el precio justo que tuvo que pagar por su *hubris*? Tal vez, si los dioses fueran griegos, su ignominia actual brindaría cierta simetría.

Pero hemos visto que El águila y la serpiente nos ofrece no solo retratos del poder, sino una *mea culpa* única sobre el papel del criollo como intelectual liberal dentro de la Revolución. Yo sostengo que este hallazgo le brinda al libro una calidad de clásico, y que por lo tanto no amerita el olvido que ha sufrido dentro del género de la narrativa de la Revolución y del canon de las letras latinoamericanas. Sostengo que hay cierta valentía,

cierta autenticidad y cierta coherencia en declararse un cobarde, después de todo.

Alguna vez, señaló Ángel Rama cuán poderosa es la crítica en términos no solo de la recepción de una obra, sino de su conformación:

...la crítica comienza por ser la que confiere existencia puesto que es a través de un discurso interpretativo que la composición original o primera se integra al campo específico de la cultura y por lo mismo es la crítica la que sitúa la obra tanto entre las demás obras literarias como, simultáneamente, dentro de la pluralidad de significados culturales que se origina en otras disciplinas --filosofía, antropología, sociología, etc. -- transformándola en un material integrado indisolublemente a la totalidad cultural... (6)

Si es así, entonces el propósito de mi nueva lectura de El águila y la serpiente sería reintegrar la obra al campo cultural de un nuevo siglo, uno que está más dispuesto a darle la bienvenida. Ya poco a poco ha comenzado a renacer el interés crítico en la academia por este libro y por su narrador, como hemos visto. Veremos si todas nuestras aportaciones logren cambiar la marea y rescatar a Guzmán como un gran prócer cultural del siglo XX mexicano.

La Revolución fue un proceso histórico que exigía una redefinición del país completo, la conformación de una nueva identidad. Guzmán ha señalado con su mirada irónica en El águila y la serpiente que a diferencia de los criollos intelectuales durante la Revolución de 1810, que dieron sus vidas por la causa de la Independencia, los de 1910 resultaron ser cuando mucho, tragicómicos, y cuando menos, negligentes. No estuvieron a la altura del momento histórico. A fin de cuentas, en un momento que exigía que

actuaran desinteresadamente por su patria, solo fueron capaces lograr su propia supervivencia. Y este es un mensaje que resuena ahora en el México de 2010, cuando una nueva violencia y un hondo pesimismo azotan al país. Un clásico, como señaló Calvino, es una obra que no termina de decir nunca lo que nos tiene que decir. A nosotros nos toca, si es que nos place hacerlo, escucharla.

Bibliografía General

Obras citadas

- Abreu Gómez, Ermilo. “Martín Luis Guzmán.” *Diálogo del buen decir y otros ensayos*. San Salvador, El Salvador: Editorial Universitaria, 1960. 157-202. Impreso.
- . *La expresión literaria de Marín L. Guzmán*. México, D.F.: Cuadernos de Lectura Popular, Secretaría de Educación Pública, 1968. Impreso.
- Aguilar Mora, Jorge. “El fantasma de Martín Luis Guzmán.” *Fractal* 20.6 (Enero-marzo, 2001): 47-76. Internet. 2 julio 2007.
- Aristóteles. *De Sensu and De Memoria*. Trad. G. R. T. Ross. Nueva York: Arno Press, 1973. Impreso.
- Aub, Max. *Guía de narradores de la revolución mexicana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1969. Impreso.
- Azaña, Manuel. *Diarios, 1932-1933*. Ed. Santos Juliá. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997. Impreso.
- “Beneficiencia pública y privada: Del virreinato al triunfo de la República.” *Boletín Informativo: De la Dirección General del Archivo Histórico y Memoria Legislativa* 4.31 (mayo-junio 2004). México, D.F.: Senado de la República. Impreso.

- Bruce-Novoa, Juan. "La novela de la Revolución Mexicana: la topología del final."
Hispania 74.1 (1991): 36-44. Impreso.
- Brushwood, John S. *Mexico in Its Novel: A nation's search for identity*. Austin:
University of Texas Press, 1966. Impreso.
- Calvino, Italo. *Por qué leer los clásicos*. Madrid: Siruela, 2009. Impreso.
- Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Trad. Luis Echávarri. Buenos Aires: Losada, 1953.
Impreso.
- Cano, Gabriela. *Se llamaba Elena Arizmendi*. México, D.F.: Tusquets, 2010. Impreso.
- Carballo, Emmanuel. *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*.
México, D.F.: Empresas Editoriales, 1956. Impreso.
- Castellanos, Rosario. "La novela mexicana contemporánea." *Juicios sumarios*. Tomo I.
México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984. 79-109. Impreso.
- Castro Leal, Antonio, ed. *La novela de la revolución mexicana*. México, D.F.: Aguilar,
1960. Impreso.
- Chariomonte, Nicola. *The Paradox of History: Stendhal, Tolstoy, Pasternak, and Others*.
Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1985. Impreso.
- Conn, Robert T. *The Politics of Philology: Alfonso Reyes and the Invention of the Latin
American Literary Tradition*. Lewisburg: Bucknell University Press; Londres:
Associated University Press, 2002. Impreso.
- Cosío Villegas, Daniel. *Historia general de México*. México, D.F.: El Colegio de
México, 2009. Impreso.
- Curiel, Fernando. *La querrela de Martín Luis Guzmán*. México, D.F.: Oasis, 1987.
Impreso.

- , ed. "Los remitentes." *Medias palabras: Correspondencia (1913-1959)*. México, DF: UNAM, 1991. 15-29. Impreso.
- . *La revuelta: Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998. Impreso.
- . "Vivir en Madrid (Ateneístas mexicanos)." *Cuadernos Hispanoamericanos* 549-550 (marzo-abril 1996): 262-274. Impreso.
- De Man, Paul. "Autobiography as De-facement". *MLN* 94.5 (diciembre 1979): 919-930. Impreso.
- Delgado González, Arturo. *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública, 1975. Impreso.
- . *Martín Luis Guzmán y su sentido de la mexicanidad*. Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974. Impreso.
- Enrique, Álvaro. "El quemador de un territorio en llamas: La ciudad de México en la novela de la Revolución." 2005. Manuscrito.
- Favela, Ramón. *Diego Rivera: The Cubist Years*. Phoenix: Phoenix Art Museum, 1984. Impreso.
- Foster, David William. "Escrutando el texto de la revolución; "El águila" y "La serpiente" de Martín Luis Guzmán." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 15.30 (1989): 79-90. Impreso.
- Garcíadiego, Javier. *Cultura y política en el México posrevolucionario*. México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), 2006. Impreso.

- Giménez Siles, Rafael. *Testamento Profesional: Comentarios, ilustraciones y sugerencias al finalizar la tarea editorial, librera e impresora*. México, D.F.: Edición privada, 1980. Impreso.
- Glantz, Margo. “La novela de la Revolución Mexicana y *La sombra del caudillo*.” *Revista Iberoamericana* 59.148-149 (julio – diciembre 1989): 869-78. Impreso.
- González, Manuel Pedro. *Trayectoria de la novela en México*. México, D.F.: Ediciones Botas, 1951. Impreso.
- González de la Mora, Carlos Javier. *Estructura, mito y política en La sombra del caudillo*. México, D.F.: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1995. Impreso.
- El gráfico. Nueva York, 1916-1918. Impreso.
- Grimes, Larry. *The Revolutionary Cycle in the Literary Production of Martín Luis Guzmán*. Cuernavaca, México: Centro Intercultural de Documentación, Cuaderno No. 26, 1969. Impreso.
- Guzmán, Martín Luis. *Academia: Tradición, independencia, libertad*. México, D.F.: Compañía General de Ediciones. 1959. Impreso.
- . *El águila y la serpiente*. (1928). Publicada en Obras Completas, Tomo I. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1998. Impreso.
- . *El águila y la serpiente*. M. Aguilar, Editor: Madrid, 1928. Impreso.
- . *Apunte sobre una personalidad*. México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación, 1954. Impreso.
- . “Diálogo con Martín Luis Guzmán.” Entrevista con Emmanuel Carballo. *Recopilación de textos sobre la Revolución Mexicana*. Ed. Rogelio Rodríguez Coronel. La Habana: Casa de las Américas, 1979. 233-245. Impreso.

- Guzmán, Martín Luis & Alfonso Reyes. *Medias palabras: Correspondencia 1913-1959*. Ed. Fernando Curiel. México, D.F.: UNAM, 1991. Impreso.
- Hart, John Mason. *Revolutionary Mexico: The coming and process of the Mexican revolution*. Berkeley, Los Ángeles, Londres: University of California Press, 1997. Impreso.
- Hazlitt, William. *Selected Essays of William Hazlitt 1778 to 1830*. Ed. Geoffrey Keynes. Nueva York: Random House, 1930. Impreso.
- . *Characters of Shakespeare's Plays*. Charleston, Carolina del Sur: BiblioBazaar, 2006. Impreso.
- Kant, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1928. Impreso.
- Katz, Friedrich. *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*. Chicago, Londres: The University of Chicago Press, 1981. Impreso.
- Knight, Alan. *The Mexican Revolution*. Lincoln, Londres: University of Nebraska Press, 1990. Impreso.
- Krauze, Enrique. *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. México, D.F.: Siglo XXI, 1976. Impreso.
- . "Prólogo." *La Tormenta*. De José Vasconcelos. México, D.F.: Trillas, 1998. 5-8. Impreso.
- Legras, Horacio. "Martín Luis Guzmán: El viaje de la revolución." *MLN* 118.2 (marzo 2003): 427-454. Impreso.
- Lorente Medina, Antonio. "Introducción." *La sombra del caudillo*. De Martín Luis Guzmán. Madrid: Editorial Castalia, 2002. 7-66. Impreso.

- Lukacs, Georg. *El alma y las formas/Teoría de la novela*. Trad. Manuel Sacristán. México, Barcelona, Buenos Aires: Grijalbo, 1985. Impreso.
- Luna, Andrés de. "Introducción." *Martín Luis Guzmán*. Ed. Andrés de Luna. México, D.F.: Senado de la República, 1987. 9-28. Impreso.
- Megenney, William W. "Foreword." *Five Essays on Martín Luis Guzmán*. Ed. William W. Megenney. Commemorative Series, No. 2. (diciembre, 1978). Riverside, CA: Latin American Studies Program, University of California, Riverside. s/n. Impreso.
- . "Martín Luis Guzmán como Cuentista en *El águila y la serpiente*." *Five Essays on Martín Luis Guzmán*. Ed. William W. Megenney. Commemorative Series, No. 2. (diciembre, 1978). Riverside, CA: Latin American Studies Program, University of California, Riverside. 83-120. Impreso.
- Menton, Seymour. "Martín Luis Guzmán y Rafael Muñoz: Un estudio contrastivo," *Mexican Studies / Estudios Mexicanos* 6.1 (invierno, 1990): 1-9. Impreso.
- Mora, Pablo. "El sueño criollo: Optimismo y desengaño en la poesía de la primera mitad del siglo XIX." *Actas XII*. Asociación Internacional de Hispanistas. Birmingham, Reino Unido: Dept. of Hispanic Studies, The University of Birmingham, Doelphin Books, 1998. Impreso.
- Morábito, Fabio. *México en letras: Encuentro de escritores mexicanos*. Casa de América, Madrid. 25 Abril 2006. Conferencia.
- Onis, Federico de. "Introduction." *The Eagle and the Serpent*. De Martín Luis Guzmán. Trad. Harriet de Onis. Gloucester, Massachussets: Peter Smith, 1969. Impreso.

- Pacheco, José Emilio. "Martín Luis Guzmán, 1887-1976." *Martín Luis Guzmán*. Ed. Andrés de Luna. México, D.F.: Senado de la República, 1987. 76-80. Impreso.
- Patán, Federico. *El espejo y la nada*. México, D.F.: UNAM, 1998. Impreso.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. (1950). México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1973. Impreso.
- Perea, Héctor. "Luis Guzmán en la tertulia y la prensa de España." *Homenaje a Martín Luis Guzmán en su centenario*. Madrid: Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, 1987. Impreso.
- . "Prólogo." *Martín Luis Guzmán: Iconografía*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, s/f. 9-14. Impreso.
- Pineda Franco, Adela. "Entre el exilio y el fuego revolucionario: La narrativa de Martín Luis Guzmán de 1925 a 1929." *Revista de crítica literaria latinoamericana* 66 (2007): 29-51. Impreso.
- Plutarco. *Vidas paralelas*. Trad. y Prol. Andrés Pérez Jiménez. Madrid: Gredos, 1996. Impreso.
- Portal, Marta. *Proceso narrativo de la revolución mexicana*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1977. Impreso.
- Quintanilla, Susana. *A salto de mata*. México, D.F.: Tusquets, 2010. Impreso.
- Rama, Ángel. "Crítica y literatura." *Sin nombre* 1.3 (1971): 6-11. Impreso.
- Reyes, Alfonso, Martín Luis Guzmán y Federico de Onis. *Frente a la pantalla*. Cuadernos de Cine No. 6. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1963. Impreso.

- Reyes Nevares, Salvador. "La novela de la revolución mexicana." *Mundo Nuevo* 32 (1969): 4-9. Impreso.
- Ricoeur, Paul. *Finitud y culpabilidad*. 1960. Trad. Cecilio Sánchez Gil. Madrid: Taurus, 1991. Impreso.
- . *Tiempo y narración: Configuración del tiempo en el relato histórico*. 1985. Tres Tomos. Trad. Agustín Neira. México, D.F., Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003. Impreso.
- Rodríguez Coronel, Rogelio, ed. *Recopilación de textos sobre la novela de la revolución mexicana*. La Habana: Casa de las Américas, 1976. Impreso.
- Sánchez Barbudo, Antonio. "Introducción." *Romance: Revista popular hispanoamericana*. Glashütten im Taunus: Verlag Detlev Auvermann KG, 1974. s/n. Impreso.
- Shaw, D. L. "El águila y la serpiente: Arielismo and narrative method." *Five Essays on Martín Luis Guzmán*. Ed. William W. Megenney. Commemorative Series, No. 2. (diciembre, 1978). Riverside, CA: Latin American Studies Program, University of California, Riverside. 1-18. Impreso.
- Stanton, Ruth. "Martín Luis Guzmán's Place in Modern Mexican Literature." *Hispania* 26 (1943): 136-138. Impreso.
- Tenorio Trillo, Mauricio. "On the Brown Atlantis and Mexican Intellectuals / De la Atlántida morena y los intelectuales mexicanos." *Literal: Latin American Voices* (2006): 18-26. Impreso.
- Tiempo: Semanario de la vida y la verdad*. Ed. Martín Luis Guzmán. México, D.F.: EDIAPSA, 1942-1976. Impreso.

- Torres Bodet, Jaime. *La tierra prometida (Memorias)*. México, D.F.: Editorial Porrúa, 1972. Impreso.
- Uribe-Echevarría, Juan. *La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual*. Santiago, Chile: Prensas de la Universidad de Chile, 1936. Impreso.
- Vasconcelos, José. *La tormenta*. 1948. México, D.F.: Trillas, 1998. Impreso.
- Velasco, Raquel. “El águila y la serpiente: Imágenes contemporáneas de un México revolucionario.” *La narrativa de la Revolución mexicana: Primer periodo*. Coord. Renato Prada Oropeza. México: Universidad Iberoamericana Puebla/Universidad Veracruzana, 2007. Impreso.
- Velasco Moreno, Juan. *Las diferentes ediciones de La sombra del caudillo: Historia, Revolución y Literatura Chicana*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, 1992. Impreso.
- White, Hayden. *Tropics of Discourse*. Baltimore, Maryland: The Johns Hopkins University Press, 1978. Impreso.
- Zaid, Gabriel. *Cómo leer en bicicleta*. México, D.F.: Joaquín Mortiz, 1986. Impreso.

Bibliografía consultada

- Aguilar Camín, Héctor. *Saldos de la revolución*. México, D.F.: Océano, 1985. Impreso.
- Aguilar Mora, Jorge. *Un día en la vida del general Obregón*. México, D.F.: Martin Cassilas Editores/Cultura SEP, 1982. Impreso.
- . *Una muerte sencilla, justa, eterna: Cultura y guerra durante la revolución mexicana*. México, D.F.: Era, 1990. Impreso.
- Bergson, Henri. *Matière et mémoire: essai sur la relation du corps à l'esprit*. París: Quadrige (Presses universitaires de France), 1982.
- Bulnes, Francisco. *Los grandes problemas de México*. México, D.F.: Editora Nacional, 1956. Impreso.
- Castro Leal, Antonio, ed. *La novela de la revolución mexicana*. Tomo I. 1960. México, D.F.: Aguilar, 1981. Impreso.
- Cicerón. *Cartas*. Trad. Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez. Madrid: Gredos, 1996. Impreso.
- . *Discursos*. Trad. José María Requejo Prieto. Madrid: Gredos, 1990. Impreso.
- Córdova, Arnaldo. *La ideología de la revolución mexicana*. México, D.F.: Era, 1974. Impreso.
- Dessau, Adalbert. *La novela de la revolución mexicana*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1973. Impreso.
- Hale, Charles A. *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989. Impreso.

- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1974. Impreso.
- Henríquez Ureña, Pedro. “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México.” 1925. *Universidad y educación*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1969. Impreso.
- Hernández Luna, Juan, ed. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1962. Impreso.
- Iduarte, Andrés. *Tres escritores mexicanos*. México, D.F.: Editorial Caltena, 1967. Impreso.
- Katz, Friedrich. *The Life & Times of Pancho Villa*. Stanford: Stanford University Press, 1998. Impreso.
- Magaña Esquivel, Antonio. *La novela de la revolución*. México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1964. Impreso.
- Martínez, José Luis. *Literatura mexicana. Siglo XX*. México, D.F.: Antigua Librería Robredo, 1949. Impreso.
- Miliani, Domingo. *La realidad mexicana en su novela de hoy*. Caracas: Monte Ávila, 1968. Impreso.
- Molina Enríquez, Andrés. *Los grandes problemas nacionales*. 1909. México, D.F.: Era, 1999. Impreso.
- Mora, José María Luis. *México y sus revoluciones*. México, D.F.: Porrúa, 1977. Impreso.
- Naranjo, Rogelio. *La insurrección de las semejanzas: Retratos de Rogelio Naranjo*. México, D.F.: UNAM, 2005. Impreso.

- Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *Beyond Good and Evil: Prelude to a philosophy of the future*. Trad. Judith Norman. Nueva York: Cambridge University Press, 2002. Impreso.
- Ortega y Gasset, José. *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1946-1969. Impreso.
- Pani, Alberto J. *Mi contribución al Nuevo Régimen (1910-1933)*. México, D.F.: Editorial Cultura, 1936. Impreso.
- Pogolotti, Marcelo. *La clase media y la cultura*. México, D.F.: B. Costa-Amic, 1971. Impreso.
- Revueltas, José. *Ensayos sobre México*. México, D.F.: Era, 1985. Impreso.
- Reyes Heróles, Jesús. *El liberalismo mexicano*. 3 tomos. México, D.F.: Universidad Nacional de México, Facultad de derecho, 1957. Impreso.
- Rojas Garcidueñas, José. *El Ateneo de la Juventud y la Revolución Mexicana*. México, D.F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. Impreso.
- Sánchez, Luis Alberto. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid: Gredos, 1953. Impreso.
- Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la revolución mexicana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1969. Impreso.
- Soriano, Elena. "Tres escritores de un mundo." *Índice* 196 (1965): 22-24.
- Suetonio. *Vidas de los doce césares*. Trad. Rosa María Agudo Cubas. Madrid: Gredos, 1992. Impreso.
- Tácito, Cornelio. *Anales*. Trad. José L. Moralejo. Madrid: Gredos, 1991. Impreso.

Valadés, José C. *Historia general de la revolución mexicana*. México, D.F.: Ediciones Gernika / SEP, 1985. Impreso.

Zapata Olivella, Manuel. “La novela de la revolución mexicana.” *Cuadernos Hispanoamericanos*. 268 (octubre, 1972): 117-125. Impreso.

Zea, Leopoldo. *Conciencia y posibilidad del mexicano*. México, D.F.: Porrúa, Obregón, 1952. Impreso.

---. *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*. 1943. México, D.F.: Fondo de Cultural Económica, 1968. Impreso.